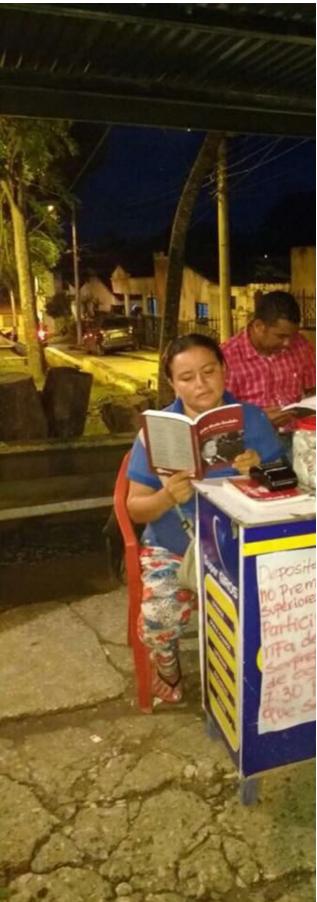
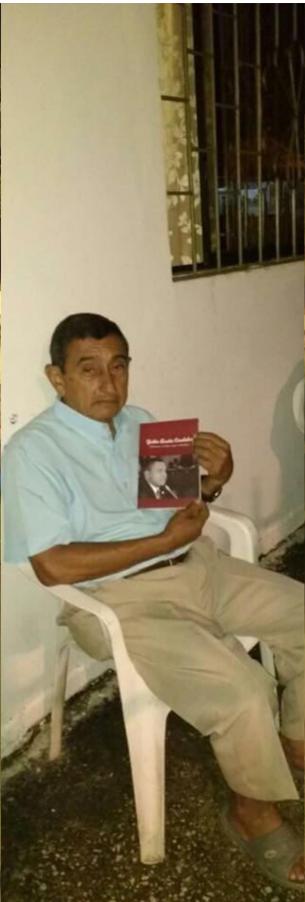
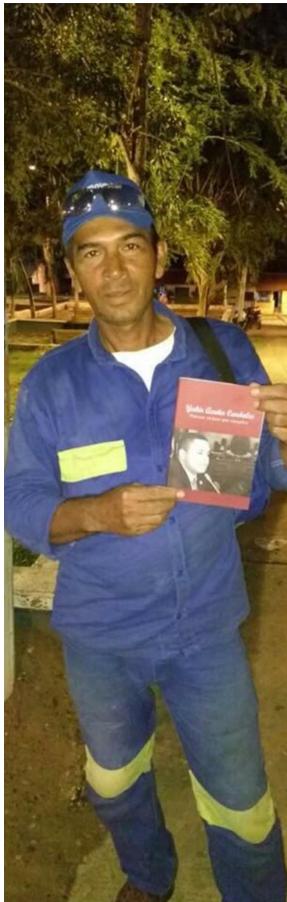


Yahir Acuña Cardales

Primero víctima que cómplice





Primero víctima que cómplice

YAHIR FERNANDO ACUÑA CARDALES

Derechos de autor.

- “Se garantizan la propiedad privada y los demás derechos adquiridos con arreglo a las leyes civiles, los cuales no pueden ser desconocidos ni vulnerados por leyes posteriores” (...) (Art. 58 Constitución Política de Colombia)
- “El Estado protegerá la propiedad intelectual por el tiempo y mediante las formalidades que establezca la ley.” (Art. 61 Constitución Política de Colombia).
- “Es permitido a todos reproducir la Constitución, leyes, decretos, ordenanzas, acuerdos, reglamentos, demás actos administrativos y decisiones judiciales, bajo la obligación de conformarse puntualmente con la edición oficial, siempre y cuando no esté prohibido”. (Art. 41 Ley 23 de 1982)
- “Es permitido citar a un autor transcribiendo los pasajes necesarios, siempre que éstos no sean tantos y seguidos que razonadamente puedan considerarse como una reproducción simulada y sustancial, que redunde en perjuicio del autor de la obra de donde se toman. En cada cita deberá mencionarse el nombre del autor de la obra citada y el título de dicha obra”. (Art. 31, inc. 1, ley 23 de 1982)
- Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por medio de cualquier proceso, sistema y/o forma electrónica, mecánica o manual, extensivas a fotocopias, fotografías, microfilme, offset, mimeógrafo o grabación fónica; sin el previo permiso escrito de la autora.
- Depósito legal advertido, según Ley 44 de 1993, Decreto Reglamentario 460 de 1995, Decreto ley 2150 de 1995, art. 72 y Decreto Reglamentario 358 de 2000.

© Yahir Fernando Acuña Cardeales
© Editorial Oveja Negra Ltda, 2015
Avenida Caracas No. 47-39 Of. 205 Bogotá

ISBN: 978-958-46-6868-4 / Asignado por Cámara Colombiana del Libro
Dirección Nacional de Derechos de Autor - Radicación de entrada: 1-2015-48032
Registro: Libro 10 Tomo 525 Partida 277
Autor: Yahir Fernando Acuña Cardales

Impreso en Colombia (Printed in Colombia) por:
EDITORIAL LA OVEJA NEGRA
Bogotá D.C. - Colombia - 2015

PRÓLOGO

A la vista de algunos puede resultar sorprendente la presente propuesta narrativa de Yahir Acuña Cardales, cuya sola exposición resulta casi un desafío leer, meditar y actuar dentro de la misma lectura, y no permanecer en lo tradicional.

A través de su recorrido se percibe que la crónica, transformada al estilo novelístico, conduce a incursionar de manera contundente en una alternativa de novela urbana. Faceta interesante; más llana, más práctica. Aborda el tema de que la mentira y la intriga tienden siempre a imitar a la verdad, cosa que en algunas ocasiones la sociedad jamás admitirá como cierta.

En lo cotidiano y en esta materia, nadie en Colombia parece estar exento de peligros y daños, dada la idea de una nación donde, en múltiples ocasiones, la calumnia es el plato fuerte de todos los días, y es frecuente a causa de perturbación de motivos personales, sociales, religiosos, políticos o de cualquier índole. Opuesta a la marcha de la sociedad moderna, conviene hacer un estudio de esta situación de ámbito general, y colocarlo frente a las leyes y las instituciones jurídicas. Así, poco a poco, lograremos construir escenarios veraces que

permitan observar cómo se van esclareciendo los hechos y la realidad surge por sí misma.

En un interesante estilo narrativo, vivo e hilvanado, el presente texto rememora los albores de la existencia de Yahir Acuña Cardales —signada por la precariedad— ubicándonos sin mayores apremios en los inicios de su vida política, o sea, a la época universitaria. Allí, inspirado en el esfuerzo por fomentar un mejor bienestar estudiantil que contribuyera a optimizar las condiciones académicas de los alumnos de la Universidad de Sucre, surgen manifestaciones de su potencial de líder popular. Podremos advertir la íntima relación entre el estudiante y el político, pues, conviene ante todo analizar su origen humilde, testimonio diligente de la inseparable correspondencia entre la idea de superación personal y el Estado democrático, donde es factible concretar sueños difíciles de alcanzar. No obstante, se advierte en “los elegidos” un amor desenfrenado por la riqueza, que se antepone a todo. El deseo infinito de aumentar su fortuna, rebosando odios, rencores, envidia, negando oportunidades a las personas de extracción popular.

No siendo el resultado de la casualidad, ni de la fuerza de los cambios que periódicamente aparecen en la formación de sociedades, si el objetivo del sujeto se concreta, tenemos un hombre ajustado a las circunstancias; resultando la inteligencia, que está en movimiento, en constante evolución, la causa de los cambios sometidos a la avidez de los hombres.

Por fortuna, el pasado no muere del todo para el hombre, máxime, en el hombre de pueblo. Quizás pueda olvidarlo, pero lo guarda en sí mismo porque, según los vestigios de ese pasado, el protagonista del texto recrea cada situación para saborearla cruda y condimentada como los mejores manjares. Así, el relato nos brinda los pormenores de una enconada lucha de superación personal, tomando de ella sus principios, sus reglas, sus usos y beneficios. La disputa por revelar los límites entre la calumnia y la verdad, lo absurdo y lo racional, la libertad y la sumisión.

En fin, ¿por qué disimular los defectos del autor más que los otros? Puesto que hay que decir la verdad, dando oídos a la sana razón que inspiró este libro, al refutar de modo claro tantos señalamientos, muy convencido su autor de tomar esta resolución tan decisiva, sus aspiraciones están siempre fijas en la próxima meta, sin reprocharse lo que algunos califican de fantasía, como si fuera un verdadero error.

A pesar de su temprana edad, teniendo que precaverse de enconados adversarios, por lo demás, se muestra sencillo, evita los donaires, el lucimiento, las réplicas vivaces. Esto, añadido a su innegable fuerza de carácter, descubre en este joven político una obra en permanente construcción.

Despertado así el espíritu del escritor, el presente texto está complementado por el tratamiento de la palabra que atrapa al lector, basado en imágenes literarias, intrigas, lucha de poderes, colocando la verdad por encima de todo.

La invitación consiste, pues, en sumergirse en el protagonista, la acción, el suspenso, más los conflictos que constituyen esta sencilla obra, a la vez profunda. Adelante, el lector descubrirá cómo el objeto del deseo motiva la existencia día a día; convierte virtudes en felicidad o amargura. Enmascarado de dudas, el autor se observa en el espejo que le espía a lo largo de toda su vida. No tema verse a sí mismo reflejado en el protagonista y disfrutar esta interesante narrativa.

Leonarda Cardales de Acuña

La palabra escrita tiene sus límites de difusión, igual que la palabra de viva voz. Las páginas que siguen son confidenciales, dirigidas a más de medio país y dictadas por motivos propios. No es arriesgado pensar que las apreciaciones venideras levantarán ronchas en un sinnúmero de individuos. Parto de la verdad. Mis ideas constituyen el íntimo entramado del consciente; conllevan la polarización de los sentimientos. Pese a que la política abarca la mayoría de las situaciones que nos rodean, para bien o para mal del pueblo, a falta de datos precisos, algunos políticos actúan en función de la experiencia personal que deviene sobre ellos.

A fuerza de análisis, sugiere que por motivos diferentes, sus pasiones desbordan los márgenes de la ambición, vulneran el control de sus respectivas vidas. Todos los actos siempre son normales, cedidos a los ámbitos lucrativos, nunca les importa arriesgar a sangre fría e, incluso, perder a sangre fría todo lo que tienen, incluida su reputación de ciudadanos ejemplares. ¿No es cierto? Tiene esto, por lo menos de interesante, el examen de los ciudadanos al alcanzar esas altas posiciones a través del voto popular. A medida que pasan las lunas se nota la transformación muy acelerada de estos personajes, cambian

de forma el ropaje de los hechos cuando revisten y presentan incompletas las diversas fases de nuestra historia nacional.

En contraste, lo que parece una noche eterna en Bogotá, más rodeado de sombras que de luz, a lo lejos, el Palacio de Nariño no pierde ese aire faraónico de mausoleo abandonado que le infunde la madrugada. Encima del edificio, el helipuerto presidencial está custodiado por guardias armados hasta los dientes. A la derecha, una trilogía de gatos hambrientos lanza maullidos a la luna que deja de alumbrarlos. Y gracias a otro truco mágico del *realismo vivo*,* avanza otra madrugada de enero de fuertes vientos, llevan de una parte a otra avisos exequiales y exhiben fotos de políticos o empresarios reconocidos. Torciendo la esquina, vuelven a pasar por aquella iglesia del barrio Egipto hasta desaparecer. La metrópolis extingue su condición de armario arquitectónico y se va haciendo en los cerros orientales una tenue línea de luces titilantes. Los pliegues de periódicos inician una especie de viaje hacia el olvido, o hacia el infierno, con parientes que lloran su partida, llenos de pésames y lamentos hipócritas.

Esta vez no tengo la menor duda. A la vista de muchos, tengo fama de buen conversador, de provinciano alegre, y con la palabra apropiada o chistosa para toda ocasión. Bueno, esto ayuda en algo a sobrevivir en la política; sí, la política. De todas maneras, presente y estrechando manos, dando palmas en

* El *realismo vivo*, es una novedosa propuesta literaria que busca contemporanizar la literatura, cuyo exponente es Miguel Gómez Osorio, escritor de Majagual (SUCRE). www.realismo_vivo.com

los hombros y escuchando a los electores en cualquier lugar, siempre ha sido uno de los caminos que conduce a diferentes partes, el camino que me condujo hasta aquí.

¿Acaso esa actitud de simpatía no nos hará perder más adeptos de los que podamos ganar con ella? En realidad, el ejercicio de la política no es más que un trampolín interminable de nuevos comienzos. Pone a prueba el carácter y el desarrollo personal. Ese es el motivo por el cual hay que seguir adelante hasta el final, pese a las dificultades, dado que las dificultades sí son importantes, basadas en la lógica y no sólo en el sentido de las necesidades.

A la postre, por el efecto general que suele tener la política sobre la comunidad, se puede construir un mundo completamente nuevo a partir de un poder justo, un poder de gran bondad para hacer el bien, para elevar a los más vulnerados a nuevas alturas, a despecho de la terquedad e inercia de las tendencias neoliberales.

Algunas veces, aparentemente, propietario de una asertiva atención, cuando el pueblo considera que ya lo han engañado al máximo, poco a poco se aleja. Significa la dudosa recompensa que le reserva a quien precisa merecer el olvido, obtiene apropiadamente una jubilación anticipada. El dirigente es incapaz de soportar esa sensación de encontrarse vacante. Esa sensación le dice que la vida queda postergada hasta las próximas elecciones; entonces podría volver a experimentar la resurrección pública, o pensar que el episodio que vive resulta ser el mejor, y no permitir que nada estropee lo que guarda el futuro.

¿Y qué culpa tengo yo? Por cualquier motivo, sin traspasar la franja de la locura, hay raras manías que aquejan el espíritu humano en épocas dadas. Son curiosidades del pensamiento; vienen sin saber por qué. Pareciera que en los hechos presentes estuviese indicado el imperio de satisfacerlos. Sea lo que fuese, el apartamento está dispuesto para una particular confesión conmigo mismo, sin música, sin licor, tampoco testigos, ni invitados especiales. Sólo los secretos que deseo compartir, poco a poco se iban encriptando en la base de datos del cerebro.

Tras vivir una suerte de aquí a la eternidad, y preso de mil emociones encontradas, recordaré sin reserva, uno a uno, cada evento del pasado, tendiente a preservar acaso en la conciencia, infinidad de cosas que vi y oí, que uno tropieza en determinada profesión, en este caso, la política. Mis amigos se enteran de sucesos que evitan divulgar en público; no obstante, a veces los escucho con demasiada tolerancia. Si dichos rumores tienen relación con cierta situación personal, pienso que están hablando de otro sujeto, jamás de mí...

... Y esto no es lo único que me importa. Mientras lo haga bien, no tengo motivos para avergonzarme de tal oficio. Escogidos muchos ejemplos particulares resulta fácil imaginar, existen políticos que nunca hacen el menor esfuerzo por resolver problemas de la comunidad, o de perfeccionar proyectos en pos de su bienestar. Representan, tan solo, el papel de abogado del diablo, de tábano que hostiga para desplegar todo su ingenio evasivo. Más tarde, solventadas

las dificultades sociales, sólo así, aportan alternativas que en algunos casos ni siquiera son propias.

¿Ha hecho alguna vez la cuenta de la cantidad de leyes que se crean cada año en nuestro país? Y tan en vano. ¿Y qué? ¿Qué significa eso? Sólo la constancia histórica de contadas voces disonantes. En conclusión, dentro de un par de cuatrienios, no quedarán rastros de ellas. Ignoro si sabe que el Congreso tiene la intención de continuar legislando por saecula saeculorum, compuesto por curules que han resistido muchas décadas de guerras internas. Ayer eran asientos de madera sin nudos, hoy, son tapizadas en cuero. Convertidas en confortables sillas, llevan no sé cuántos lustros al servicio de los traseros de tantos parlamentarios que esperan algo frente a lo único nuevo: la posesión del presidente de Colombia.

¿No es así? El pueblo, bien atrapado, realmente bien atrapado, no puede juzgar la importancia de tantas y complicadas leyes aprobadas. No dejan en paz el futuro, sin saber qué aspecto revela el tiempo cuando es presente. ¿Cómo no se nos ocurrió nunca la inquietud de llevar esta estadística? Esto denota la aprobación del examen del parvulario legislativo, cuyos integrantes del Congreso de la República, a fin de año, tan bien intencionados, reflejan sonrisas de oreja a oreja por haber asumido el deber cumplido. ¿Más resolutivo lo encuentra exagerado? Pues permítame decirle que la verdad es siempre una exageración. Sin tachar el carácter individual que todos tenemos, entienda bien, que si un gran número de políticos se descuadernan unos a otros, se matan, hacen

añicos la nación y la mandan al infierno a consecuencia de este testimonio literario, no es culpa mía, pese a que me harán pedazos junto al país.

Entonces, no habrá de qué preocuparme, pues nada tendrá importancia. Contra la adversidad de algunas versiones difamantes, sabe Dios por qué, no estaba seguro de realizar este ejercicio de retrospección personal, ¿o sí? ¿Y qué me impide decir la verdad? ¿Sabe? La verdad está tejida de falsedades parciales. A modo de exploración, tampoco podría negarme a escuchar y, mucho menos, a no expresar, deseando que existiese otra forma, algún argumento que me permitiese no decirlo. En realidad, mi conciencia no logró convencerme que no lo hiciera. Cuando yo tenía ganas de que ella me persuadiera de no hacerlo, nunca pude; simplemente, no sé callar. Eso es todo, y crea usted que aprecio lo que voy a realizar. Por lo menos, esa es una de las cosas en que voy a efectuar sin arrepentirme, viviendo en una nación polarizada y haciéndose pedazos a la velocidad en que gira el planeta, con tanta rapidez como pueden hacerlo más de cuarenta y ocho millones de habitantes.

En una democracia así, uno puede hacer lo que puede, no lo que quiere, a saber: todo ello será suyo, sin embargo no es suyo. En su monotonía, tiene que competir con el frío aburrimiento que pronto le envolverá, entonces, trabajar duramente contra eso, para eso, y ello de algún modo le dará la recompensa. Es lo único que merece la pena. Sin ataduras de nada, sólo vería su ley violada sin el principio de libertad que él se tomará en su momento oportuno.

Para tomar el hilo de otros hechos, remontémonos a mis primeras observaciones: el 30 de septiembre de 1980 nacieron junto a mí, mil dificultades, al elevarse el telón de una vida nueva que venía a este mundo. Lloré, ¿por qué lloraba? ¿Qué sería de mí, en este universo lleno de peligros? Tal vez me lo pregunté ansiosamente el primer día en el preescolar de la escuela Bethel. Sería inútil negar, acababa de secar aquellos lagrimones porque mi madre, *La seño Leonarda*, me dejaba solo. Sepa usted, siempre hay y siempre habrá puntuales desprendimientos, temporales o definitivos. Y en cierto sentido, el desprendimiento momentáneo era real.

Mi madre, Leonarda Cardales Correa, proviene de Cartagena; mi padre, Óscar Alfonso Acuña Pabuena, de Magangué, Bolívar, donde ejerció el oficio de comerciante informal, descendiente de una familia de pescadores de la región de La Mojana. Abrumados por las carencias y tantos inconvenientes materiales, y en busca de mejores oportunidades, emigraron a la ciudad de Sincelejo. Allí, en el marco de otros aprietos, soportamos escasez y privaciones, rodeados de vecinos que padecían también estas insuficiencias. Igual que yo, veían cara a cara las muecas de la pobreza.

El entorno me servía de imaginación deprimida, hasta explicativa, de tantas y tantas cosas tan atragantadoras que, en realidad, hay que vivir aferrado a algo del presente; algo que de alguna manera simboliza el pasado, sin encontrar alivio en el ahora. Por consiguiente, no sé si al fin la pasamos bien o mal; sí, claro, la pasamos mal. Si sobrevino la alegría que yo

soñaba, recuerdo que nunca la atrapé. Esto, por ser más real y más mía, significa la intuición de mi realismo puro y duro, de la forma tan increíble que memoricé los buses destortalados de servicio público de la ciudad, transportando a sus casas corazones constreñidos, almas adoloridas, hasta aquel barrio donde la austeridad es necesidad. Es lo único que los residentes emplean como perfume. Los retratos de nuestros antepasados campesinos están empolvados, colgados por años en la pared del comedor.

A la claridad del día, mi entrada en escena sucede al descender del bus deteriorado. Cogido de la mano por mi madre, cruzamos la calle sucia hasta entrar a la vivienda. De inmediato, esas fotos en la sala se convierten siempre en cuadros vivientes y el viento de medio día refresca sus semblantes amarillentos. El espejo roto del ropero refleja un plato de comida, tal vez fermentada, encima de la estufa apagada. Irradia nítidamente la arrogancia del pobre, de seguro del agrado de Dios... gozando inmensamente de ello... Yo esperaba en vano unos juguetes que pudiera compartir con los vecinos. Me sentía vacío y solo, triste, incapaz de entusiasmo, y no comprendía el porqué.

Jamás reflexioné acerca de ello. Pensaba en mi ropa remendada; olía a detergente barato o el conocido jabón de bola que seguía usando a diario. Mi mamá, deseosa de prosperidad, se dedicaba a planchar. Le gustan las cortinas bonitas, y por las noches se empeñaba en remendar nuestros uniformes escolares, antes de irse a descansar. Todo parecía

inútil. En vano pasaban las vacaciones; en vano caía la lluvia; en vano florecían los árboles y se desprendían las flores. Seguíamos comiendo, contadas veces, plátanos fritos con huevo. Otras, sólo arroz con vinagre. Nunca hubo multiplicación de panes, ni multiplicación de peces para los habitantes de aquel polvorín social al que sigo llamando hogar.

A primera vista no era extraño que entre las decenas de los que muchos denominaban invasores se mezclaran todas las necesidades. Esta rara tendencia, quizá no admite análisis, se inclinaba a la ofensa social. Había campesinos desplazados por la violencia generada por la guerrilla y grupos paramilitares y, pronto, también se confundirían con estos, matrimonios despojados de sus viviendas por los bancos. No había más que mirar las improvisadas casuchas recién levantadas, sin servicios de agua y luz. Desde el inicio, esto era numeroso. Según todas las apariencias, pertenecía más el individuo a la miseria que a la ciudad, por tanto, una comunidad sin oportunidad laboral, constituía una confederación de pobreza y privaciones.

No entra en mi propósito afirmar que el gobierno municipal de ese entonces no mostró el interés de ayudar a esta población abandonada, que así se fue acostumbrando a soportar la marginación urbana, viendo en la metrópoli por excelencia el franqueable refugio contra los grupos armados y, ante todo, gozar de las ventajas que la capital del departamento les otorgaba, y saber aprovechar las circunstancias favorables que iban surgiendo, puesto que los ánimos del gobierno no admitían tan pronto una redención absoluta.

En aquella época de escollos económicos, y a una edad de la vida en que se soportan las incomodidades de la pobreza y hasta la carencia de un espacio vital muy propicio para subsistir, ahí nació. Allí vivía mi familia antes de llegar el futuro; todo eso cuenta. Estoy feliz de recordar de dónde provengo. Así las experiencias tienen más sentido. Los dolores de la ciudad, de la miseria y la indiferencia del prójimo, configuraron otra alternativa que constituye una misma razón de rebeldía, la regla de la protesta que está dentro de nosotros.

De veras, obedeciendo al espíritu de la temporada, el hogar empezó a echar raíces en esas calles polvorrientas del barrio de Sincelejo llamado Rafael Uribe Uribe, nombre adoptado del primer caudillo sacrificado del Partido Liberal. El aspecto grave de este político y militar, abogado, escritor y gramático, revelaba el de un maestro que siempre quiere enseñar lo mejor a sus alumnos. Muchas personas creían que nunca se reía, estaba dulcificado por maneras fáciles que seducían y tranquilizaban al que se le acercaba, encontrándolo más tratable de lo que se había imaginado. Hablaba poco y, cuando lo hacía, se expresaba en términos que mostraban una clara percepción de los conceptos que emitía.

Los dos asesinos, Leovigildo Galarza y Jesús Carvajal, siguieron las pisadas al congresista liberal, desde su casa y, al llegar al Capitolio Nacional, lo atacaron. Ellos, carentes de tolerancia, más allá donde el caudillo lastimaba a los adversarios por sus discursos socialistas, aferrados a sus propios principios criminales, negaron hasta la existencia los

ideales adversos. Sin enfrentarse a las hojas del calendario y el reloj, cortaron las riendas de su imaginación al asesinarlo en la Plaza de Bolívar, la mañana del 15 de octubre de 1914. Unido al destino de la patria, sus verdugos utilizaron hachuelas para cercnar su cuello y desmembrar sus extremidades.

Frente a este lamentable asesinato, intervinieron políticos zalameros a favor de salvar las instituciones. Alguien pronunció la terrible frase: *Alta traición a la patria*, empero, ninguno supo argumentar con tanta precisión, tanto dolor, como el pueblo que, con palabras sueltas, sugirió la necesidad de acabar a la clase política, incinerar el edificio del Congreso de la República y el Palacio Presidencial de San Carlos. Y aunque no fuera más que para dar una prueba de que las masas son quienes determinan su destino, este magnicidio tan repudiable haría comprender a la aristocracia y a los soldados, que el pueblo sigue siendo el poder absoluto: ¡hay que quemarlo todo!, ¡manos a la obra!, ¡surgirá otro líder y será asesinado!, ¿quién lo matará?... Gritaba enardecida la multitud.

Esa valentía fue infundada; el homicidio se convirtió sólo en emoción, siguió siendo estrategia de propaganda política. No se desintegró en beatitud por el dolor que enturbió la serenidad de la masa que estuvo en la Plaza de Bolívar.

A la luz del amanecer, donde ahora se ve el montón de piedras amarillas bien pegadas del Congreso de la República, la Catedral Primada de Bogotá y el Palacio de Justicia se alzan como poderes inconsuetos frente al recuerdo de este y otros asesinatos. Un periódico de circulación nacional publicó

en primera página: “¡Dios nos guarde de los mártires vivientes, ahora y en el futuro!”.

La ocasión, las nuevas ideas, los hechos, no se azotan en vano sobre la conciencia del pueblo, faltándole la única decisión que debiera darle complemento y objetivo: *la ambición decidida de cambio, sin la cual la voluntad popular no funciona*. La falsa moral sólo le ha hecho mal a las instituciones establecidas. Unas veces a causa de uno, otras veces a causa de otro, constituye una desviación de fuerzas que se alejan del punto céntrico, donde son llamadas, y establecen un contrapeso que puede causar perturbación al Estado, igual que aquellos planetas que se desvían de sus órbitas, haciéndoles caer en aberraciones injustificables. ¡Salud, República! ¡Por el fruto se conoce el árbol!

Semejantes hechos explican bien cómo el gobierno de turno, sin realizar grandes esfuerzos, obtuvo la resignación del pueblo. El espíritu inconforme desaparecía poco a poco; el anhelo de cambio se convertía en un sentimiento no muy común, y los corazones estaban entregados del todo a los intereses y pasiones de los partidos Liberal y Conservador. Insensiblemente se les iba olvidando el magnicidio de Uribe Uribe, haciendo de ellos mundos paralelos cuyo devenir se limitaba a la burocracia y a los pensamientos de los caudillos, cayendo uno tras otro.

No obstante, la discordia se extendió a los campos. La violencia comenzó a tomar fuerza hasta el gobierno de Alfonso

López Pumarejo, en el que se aprobó la ley 200 de 1936. En su mandato se emprendió la primera reforma agraria del país. Esto, cuando en sí apareció la colonización de tierras en el territorio nacional y, por otra parte, esa confrontación no tuvo en Bogotá la violencia de las demás regiones. El pueblo se resistió a creer que este transformador trabajase en su favor aquel programa revolucionario de repartir los latifundios entre millones de campesinos, y lo abandonó en el momento decisivo. Las leyes agrarias, vistas en esa oportunidad por los terratenientes como amenaza de transformación social, hallaron siempre a la población bastante indiferente. Sin agitarle más que en su superficie, abandonaron el propósito de despojar a los ricos de sus propiedades ociosas, mediante una ejemplar reforma agraria.

Al rememorar tristes episodios conviene tener presente que en la actualidad, el sector Uribe Uribe es una maraña de viviendas a medio construir. Dentro del patriotismo de la fe y la piedad, al otro lado del parque, más acá de los portales vacíos de casas sin jardín, bordeando la variante que conduce de Sincelejo al municipio de Santiago de Tolú, al fondo, se observa el barrio Uribe Uribe. Primero se llega al sitio llamado El Maizal, sector popular del sur de la ciudad, y en medio de un paisaje desolador, el montón de basura llegaba hasta nuestras moradas.

Quiero, antes de entrar en detalles, echar una mirada a los juegos de mi infancia, ellos revelan hábitos tradicionales que todavía estimulan mi juventud: aprendí acrobacias al hacer

bailar el trompo, jugué descalzo con pelotas de trapo, y béisbol con un garrote y una pelota de caucho y a mano pelada.

A duras penas, mi padre me enseñó a hacer cometas y encumbrarlas, también, a elaborar faroles de papel. De tanto ver caballos en los potreros aledaños, cansado de esos pasatiempos, a fe de divisar los procederes divinos, yo cabalgando, tenía dos caras, una hacia el pasado y la otra hacia el futuro, viendo un horizonte de hojas empolvadas de robles. Montaba un caballito de palo en esas calles sin nombres y sin números. A veces allí renacía la esperanza porque, por lo menos, ahí corría y corría para estar en el mismo lugar.

A todo galope, cuando la tarde empezaba a desmayarse en la noche, volvía a casa. En desmesurada repetición escuchaba en la tiendecita *La Seño*, propiedad de mi señora madre, cuentos de brujos de un tal Cefe Morales, moreno de tez, quien comercializaba un brebaje a base de alcohol para curar todas las enfermedades, llamado El Curalotodo, del que heredó su apodo. Lucía una barba patriarcal, y su porte era de un guerrero africano. Personaje borracho, de aspecto cadavérico, de arrugas alrededor de los ojos, donde se agolpan las grietas de la edad, e incorporaba a sus rasgos faciales una nariz aberenjenada. Su voz emitía un timbre de suspenso, esparciéndose por estrechos y polvorrientos callejones en los que todavía azota fuerte el viento.

A menudo refería a una vasta audiencia sus conjuros, ya sin poder maléfico, intangibles, insoldables, desafiando las descripciones complicadas. Convencido que el paso de las

estaciones modifica todo, desmentía a la religión católica, simple, completa, sin decir nada más, sin acortar nada menos, en palabras que no decían nada y, sin embargo, exponían todo lo que él quería decir. Quizá el cuentista había equivocado la naturaleza de su profesión; quizá le hubiese compensado más afirmar que él servía aquí en la tierra de intermediario del cielo o del infierno, en especial, de sicarios arrepentidos que deseaban derogar algún asesinato de su pasado y desprenderse de la culpa homicida, o de delincuentes nómadas que querían dejar en depósito el arma asesina de su oficio, o el pago de una misa por el alma de su víctima.

Impregnado de las creencias de otras vidas del más allá, tenía instintos para la desgracia. Trayendo consigo la constante presencia del tiempo, pronosticó el desastre de las corralejas de Sincelejo, referente tradicional de la región Caribe, cuando una tarde, casi al anochecer, en plena locura de corralejas, murieron más de cuatrocientas personas y quedaron más de dos mil heridos. Ocurrió el 20 de enero de 1980, víspera de mi puesta en escena en este mundo. ¿Cómo expresarlo? ¿Cómo decirlo? La vida es bastante en sí. Hay que considerar que la vida es todo, porque existe, está aquí, estaba allí; ha sido puesta con algún propósito. Eso no es suficiente. El hombre, en esta fiesta, arriando delante a sus víctimas y entonando porros, procede a derramar en la arena más sangre humana que de toros. Bajo el yugo de la costumbre, tal jolgorio sabanero soporta fuertes oposiciones negándose a desaparecer, hasta que en una fecha muy lejana se desvanecerá en el tiempo.

Dado el motivo de la festividad, los pulmones se convierten en fábricas de olé, olé... ¡olé!

Dirigido por la voluntad de la naturaleza, parece extraño que a la gran mayoría de los hombres les gusta hacer todo lo que considera malo, cuanto más malo, mejor, más le gusta. Tal vez sea porque de ese modo puede demostrarse a sí mismo cuánto de malo puede llegar a ser.

No he dicho que la ciudad está bajo incontrolable lluvia de proporciones bíblicas, tempestad imprevista para esa época del año en este paisaje de bosques y colinas, donde se desencadenaban ráfagas de vientos desde el golfo de Morrosquillo que sobre los árboles luchaban conectados a los rayos y los truenos, no excluidas tampoco las centellas. Caía una lluvia furiosa y unánime en todo Sincelejo.

Al caer la neblina traída por el tornado, pintó la desagradable impresión de un cuadro apocalíptico que abría las puertas de otros mundos. De extremo a extremo, el terreno fangoso del redondel permanecía poblado de manteros, borrachos y garrocheros montados en caballos bien aperados. Arriba, en los palcos de dos y tres niveles, se amontonó la multitud, con sus cachuchas, sombreros vueltiaos y botella de ron en la mano; consternados, veían el desfile vertical de la lluvia. Sus ojos esmaltados de miedo, reflejaban la mansedumbre y la ira. Hasta ese minuto se divertían libando licor, preparados para observar la barbarie, agrupando en ellos los cinco sentidos. Tenían toda su atención en esa mirada, fascinados por la vista

de sangre y, también, sentían el temor y el pánico que afligen la percepción, el espejismo y la obsesión.

Muy lejos estaban de accionar el detector psíquico que les ayudara a olfatear en toda su magnitud la mortal calamidad que se avecinaba a pasos de tempestad, la que sin lugar a dudas les estropearía dichas festividades. Los techos de zinc reciclado no daban abasto para desaguar tanta agua embravecida que rompía las láminas. Agua que acribillaba a otra agua y a los fiesteros empolvados de maicena, percutía con furia y anulaba el sonido de las bandas papayeras. Esta fue la tarde en que el bramido de los toros difería sarcásticamente del estallido de la tragedia.

Pasados unos minutos, la enorme estructura de madera empezó a ceder y, por desgracia, la supervivencia en ese instante sólo dependía de un milagro. Entre las nubes surgían cascadas de chispas que subían por el parabrisas del firmamento. El público departía animadamente, convencido que esto no era peligroso y, aunque lo estuviera, estaba demasiado ebrio para detectar el riesgo. Así, en forma de destino, al cabo de unos segundos, el redondel cedió acrecentado por el efecto dominó. Enseguida, a la par, entre el estruendo de tablas y postes de madera, caían los músicos que amenizaban el jolgorio, interpretando el porro La Butaca; mientras una neblina densa, a manera de tumba o de mortaja, envolvía la plaza de toros.

Sí señor, los palcos cayeron lentamente, como empujados por la mano del aguacero. Algunos individuos iban sobre cuerpos humanos que gritaban sin parar y, tras quitarse

varios listones y latas de la masa de cabellos desordenados, corrían hasta el cansancio, sin sentir ningún dolor, dentro de una estampida de espanto colectivo. El techo, el techo tempestuoso del cielo, fue testigo de que cuatro toros media casta permanecieron paralizados en el centro de la plaza; el pavoroso desastre ocupó un momento su atención interrogante. Impávidos miraban el cataclismo, incapaces de embestir, rodeados de fantasmas vivos que suplicaban a la entrada del infierno de Dante. Tropical grabado goyesco.

El pánico tenía anestesiada la multitud que buscaba afanosamente dónde protegerse. A raíz del caos revelaba sonambulismo, y sólo volvió a la realidad cuando en tropel muchos, desprendidos del alma, llegaron al hospital donde tuvieron que caminar sobre numerosos cadáveres tendidos en los pasillos y envueltos en lodo, para encontrar a sus parientes. Rodeados de esas paredes manchadas de sangre, pasaron tan rápido por delante del cartel, que no se dieron cuenta del enorme aviso que anunciaba la sala de maternidad, y los voluntarios de la Cruz Roja empezaron a atiborrar de heridos y despojos el recinto, intentando protegerlos de las ráfagas de viento y el fuerte aguacero.

Sólo entonces, las complicaciones del cataclismo fiestero apenas comenzaban. Inicialmente, tantas angustias llenaban toda la ciudad, convertida en una siniestra funeraria urbana. Las calles se transformaron en velorios colectivos. Por supuesto, sobresalían los gritos de los moribundos. A estas alturas del relato, muy digno de mencionar, incorporado al servicio de salud local, el profesional Gino Corcione, descendiente de

italianos y oriundo de Magangué, Bolívar, recién graduado de médico, días atrás había empezado sus prácticas en el hospital regional; es uno de los testigos de la tragedia trasladada a ese centro de salud.

Después de tantos años del fatal acontecimiento, los relatos saltan en cualquier esquina de la urbe, con más énfasis en algunos barrios donde la cifra de víctimas fue mayor; por ejemplo, en El Cortijo, un populoso sector de Sincelejo, al que la caída de los palcos le quitó al menos quince vecinos, y dejó más de un centenar de personas lisiadas. Allí, la alcaldía municipal construyó el Parque de Las Viudas, símbolo de duelo. Alrededor viven las mujeres que perdieron a sus compañeros.

Aquella tarde de enero 20 de 1980, de repente, un nubarrón ensombreció y arropó a toda la ciudad y descargó un aguacero que terminó sólo cuando el hospital regional reventaba saturado de muertos y de heridos. ¡Qué horror! Había solamente una forma de llegar a sus almas: las oraciones e ir a la iglesia más cercana y rezar por ellos. ¡Qué golpe súbito!

El doctor Hermes Darío Pérez (q. e. p. d.), mandatario de la época, rodeado de periodistas y agentes de policías, se estremeció al ver tantos cadáveres apilonados en los pasillos, momento en que la multitud meditaba un linchamiento contra él. En ese entonces, el joven reportero Juan Gossaín, corresponsal de *Radio Caracol*, le preguntó:

—Señor gobernador, ¿usted sabe por qué se cayó la corraleja?

Temprano en esa mañana, el calor rechinaba agobiante. El grupo de corresponsales comprendía a la perfección que lo que le sacaba el sudor al funcionario era el miedo. A la vez, el pulso le latía en las sienes de manera embrutecedora, situación que lo llevó a sentenciar, secándose la frente:

—¡La corraleja se cayó porque Dios quiso!

No había nada que considerar. En la Plaza Hermógenes Cumplido del barrio Mochila, la alegría, el jolgorio y el bullicio, propios de las corralejas, se habían convertido en llanto, dolor e incertidumbre.

Al promediar el mediodía de aquella jornada se agotaron todos los ataúdes en Sincelejo y los municipios circunvecinos. El gobernador, envuelto en los hedores de la muerte, culpó de la tragedia a Dios, mientras que el alcalde Reyes Montes Pacheco y el ganadero Salim Guerra Tulena atribuyeron el motivo de la caída de los palcos, al sobre peso de la gente que se corrió hacia atrás para evitar ser empapados por el diluvio. Ninguna investigación ha establecido cuál fue la causa real, sólo se sabe que más de cuatrocientas personas murieron y al menos dos mil quedaron lisiadas.

En esas, junto a la hediondez, llegaron los primeros gallinazos. Eran unos cuantos, no más, que revoleteaban elevados sobre el hospital. Al rato, empezaron a amontonarse, venían de todos lados y, poco a poco, fueron tejiendo una nube negra que volaba muy bajo, que ya casi se posaba sobre los techos aledaños. A la una de la tarde, o sea a la hora mala, fueron bajando despacio, abriendo las alas, haciendo con el

pico el ruido de un escupitazo y deslizando las garras sobre los techos de zinc.

¿Para qué recordar esas largas horas?, las interminables horas de horror durante las cuales el caos fue total. Metro a metro, pasillo a pasillo, aparecían muertos apilonados. Efectuando su trabajo al unísono, estaban el ángel de las tinieblas y el del cielo. Y cada vez más, cada vez morían más; seguían su paso para conducir a esos viajeros hasta la patria celestial o la patria infernal. Entre esas instalaciones hospitalarias, tenía la morgue improvisada las dimensiones de veinticinco metros cuadrados, forrada de baldosas blancas en cuyas junturas se alineaban la sangre y la mugre, atestada de cadáveres tumbados boca arriba sobre camillas, con los brazos desparramándose, colgados a girones de carne reventada, por cuyo destino apenas nadie se interesaba. Ropas y carnes se veían desgarradas por igual.

El calor pesaba sobre el techo del edificio. No había sábanas que abrigasen sus heridas, tampoco un sacerdote para dar la extremaunción a los agonizantes. Pasaron días, tal vez muchos días, antes de establecer qué había de común entre la esperanza y los sobrevivientes de esta tragedia. Trataban de encontrar un pensamiento de alegría, de confianza que había muerto al final de aquella tarde. Se esforzaban en complementarlas, en recobrarlas. Todo indicaba que el sufrimiento había aniquilado casi por completo las cotidianas facultades de sus espíritus.

A pesar de algunos alegres pretextos, su intuición no lo engañaba jamás. El Curalotodo también anticipó el incendio del

bus del siniestro de Ovejas, municipio de Sucre, la mortandad de peces por la contaminación de petróleo derramado en el golfo de Morrosquillo y las inundaciones de la región de La Mojana. No se mostraba turbado cuando describió estas catástrofes, aunque en el momento de suceder, incluso los más escépticos, siempre se mostraban inquietos, pero él no era escéptico. Simplemente, no parecía estar allí. Hasta que cierta mañana despertó con un fuerte cólico renal que jamás se autoprónosticó. En la ambulancia que lo condució rumbo al hospital regional, poseído de una malicia tropical, el enfermero que lo asistía, manifestó:

—¿Dónde tiene su maletín, para sacar un curalotodo y que usted beba ese brebaje y de inmediato se alivie?

El yerbatero, muy agresivo, amagó ocultar esa perturbación que lo sorprendía, arrojando la valija a la carretera sin separarse de su turbación y, tampoco, de la expresión granítica del enfermero, que en ese instante estaba dichoso, igual que un conspirador aficionado, al extraer aquel brebaje y hacer un amague para entregarle el frasco oscuro que contenía la bebida. Y hay silencio. El paciente, débil y fatigado al intentar levantar la cabeza, exclamó:

—¡Métete ese jarabe manchatripas por donde sabemos, a ver si te cabe! Mejor, dile al conductor que acelere para que me examine el doctor... ¡Ay mi madre!

... Ja, ja, ja, muy poco le entendió el enfermero, aunque el entorno le hizo comprender al yerbatero que estaba muy grave,

y el médico alópata significaba su única tabla de salvación. Una cosa queda clara tras la sugerencia del practicante: el bebedizo no servía para aliviar su dolor. Y dando la impresión de que el cólico empezaba a hacerse crónico, sin lograr predecir para él mismo que el vaticinio es espantoso, pero más espantoso es el destino.

Era fácil concebir el respeto que inspiraba ese patriarca del ocultismo, carente de lazo religioso que lo ligara a adorar a los santos católicos. Él, no hace pocos años, permaneció en el barrio Uribe Uribe, narrando sus hechizos sobre las cabezas de los curiosos y los muchachos de las escuelas. Se limitaban a comprenderlo y, a su modo, incluso, lo respetaban como se respeta a un loco simpático de provincia. Aquí, hoy, y ahora, nunca lo vi llorar o reír; pues, no sabía hacer lo uno ni lo otro.

Usted tal vez piense que no quería vivir en Colombia, al opinar que aquí son reducidas las oportunidades políticas. No obstante, estimo que en nuestro país sí existen esas posibilidades, y sigue interesándome la política, siempre que la causa exista para ser objeto de mi lealtad hacia ella. No son los supuestos oligarcas de allá arriba los que me asustan. Sí, lo sé todo perfectamente, los veo. No les tengo miedo porque ellos estén allí, sino por los que no están. ¿Cuáles? Aquellos que a veces piensan en la real redención de los menos favorecidos. Vaya cosa estupenda para especular, al tener presente que en los asuntos de pobreza el Congreso de la República está obligado a contemporizar con el pueblo.

En lo que concierne a la política social, con absoluta sensatez, tal vez se necesita cambiar la matriz económica para generar más empleos sostenibles, siendo esto para la mayoría de la población, más que una cuestión latente, es entre la oligarquía y las clases populares, la lucha dialéctica. Créalo, para los de allá arriba, la luna les es más familiar que el pueblo, por más que quieran aparentar lo contrario.

Por nada del mundo quiero borrar estos recuerdos de aquel barrio de invasión. No es ni tan largo, tampoco corto, pero mi madre, por más de veinte años, fue directora de la escuela del sector. Puesto que nada es sí ni no del todo en esta vida, a los tres años, ella me dejaba recorrer el barrio montado en el burro del vendedor de yuca. Yo me encargaba de pregonar el producto, lo que para mí consistía una diversión.

—¡Yuca, llegó la yuca harinosa!

En la severa desolación de las calles polvorrientas, emanaba desde el suelo un calor abrasador. Las margaritas permanecían cubiertas de polvo terroso. Las viviendas destartaladas eran menos sólidas; se enjuagaban en agua turbia y opaca de lluvia que evaporaba el sudor del obrero. Allí, todavía la vida se desenvuelve según pautas menos triviales; allí todavía existe la pobreza, allí todavía se roba, allí todavía se atraca, similar a cualquiera sector marginado del mundo. Permítame que le diga... perdón que exponga mi opinión personal: ¡Cuidado! ¡Mucho cuidado! Tenga miedo, mucho más miedo que el mío entonces. Cuando la necesidad invade los corazones,

mezclándose con la violencia del dios Marte, no es fácil renunciar al delito. Todo ello puede responder a una carencia de principios morales, enconadas veces conducidos por los ingredientes de misteriosos vicios, cuya fatal asociación resulta dura reconocerla. En sus imperturbables conciencias, ni el diablo podrá defenderlos ante Dios y salvarlos de sus respectivos castigos. Al menos, hasta la fecha, ha mermado, sin dejar de lado sus manifestaciones más espontáneas, del mismo modo, su espíritu de conservación les recomienda a los hampones no infringir la ley.

Pasando por alto simples sucesos, no evitaré revivir la trascendencia de sentimientos infantiles en un alma de persona mayor enterneциda. Al enterarme de la proximidad de las tan anheladas vacaciones escolares, comenzaba a hablar más. Hablaba de las cometas... Allá arriba, bien elevadas, dejaban vestigios de la realidad de mis ideales. A su alrededor, al contrastar las nubes negras sobre las blancas, el tiempo no fulguraba ordenado en los colores del papagayo, donde el futuro se me antojaba presente, y lo presente revelaba tener varios siglos de antigüedad que se convertían en futuro: así transcurrían las vacaciones. No por insolencia evoco estas imágenes que se trasladan de una generación a otra, y nos permiten asentar las fijaciones. Igual a la pincelada poética de un compositor musical, permiten fijar la autoría de una canción: Los sabanales, del maestro Calixto Ochoa. La inquietud de superación personal, hasta entonces la empecé a incubar.

Y por lo tanto, incluido en la sociedad de los niños, a diario me dedicaba horas enteras a contemplar los Montes de María

que circundan a Sincelejo. Los camperos Willys iban lentamente entre campos en los que gruesas yucas y ñames trataban de salir de la tierra, empujando las enormes piedras rojas. Rastrojos, pastos, tras los cuales se veía uno de esos cerros que bajan en cadencia azul de los Montes de María. Sólo unas pocas líneas se destacaban de la monotonía de las montañas, azules o verdes. Las líneas de las montañas están todas unidas al horizonte, sometidas a la ley de la gravedad. Todo obedece a la madre tierra. Por circunstancias muy especiales, esos cerros no son eternas, son elementos fluctuantes que se borran con la voracidad de las compañías cementeras.

Pero bueno, no voy a pegarme otro tremendo salto al futuro, como Nostradamus, aunque en ese futuro, a veces, algunas perspectivas complejas socialmente vuelvan a presentarse ante los ojos, como escribió Martin Luther King, a quien cito por ser verdadera autoridad en materia de segregación racial: congregó a la gente en torno a los derechos que no se declaran, sino que resulta necesaria su realización.

Apesar de la profución de obstáculos, el ejercicio de observar el ambiente calcaba una fuga precisa y excitante. Junto a mis hermanos Osnardy Isabel y Osnar Carlos, sin motivo para ello, jugábamos a develar en fracciones de segundos a nuestro enemigo clandestino: la pobreza. Quizá, si permanecíamos sentados, tomados de las manos, completamente quietos, y sólo moviéndonos para respirar, manteniendo los ojos cerrados, cuando los abriéramos, nuestro rival sería una sombra o un doble oculto poseyendo la capacidad de vagar.

En medio de tontas suposiciones, en ese instante sentía una curiosa sensación de irrealidad en relación con lo que me rodeaba; origen del poder del pensamiento, y todo partía de una idea inocente.

A menudo quería develar un futuro que se convertía en pasado, y este inevitablemente en ironía, llevaba el presente consigo. Sin embargo, había horas de aburrimiento. Cuatro o cinco cuadras bastaban para acortar la distancia del hogar. Mientras avanzamos, madres histéricas pronosticaban en plena calle destinos amargos a sus desobedientes hijos; conjuraban un devenir lúgubre. Sin abandonar las reglas invariables de nuestra suerte, detrás de la cual se encendía la voracidad del hambre, por mucho que domináramos las reglas del hambre y *los juegos del hambre*, en tales circunstancias, había que esperar el mañana. En este sentido, ese aplazamiento simbolizaba la última trinchera de nuestras esperanzas. ¡Qué Dios nos ayude, supliqué; qué Dios realmente nos ayude!

En consecuencia, miré desde el andén sitiado por la polvareda, metiéndome las manos en los bolsillos en busca de alguna golosina. Al ser una copia en miniatura de mi padre a los diez años, llevé en el rostro la limpia alegría que se encuentra en las caras de tantos descendientes bien conformados y, gracias a la imaginación, veía a mi mamá que tanto amo, adentro de la casa, a cual más presente, llegada la tarde estaba ahí; que no importaba cuánta necesidad soportamos. Planchando, cocinando, gracias a la reverencia del Creador; mayor, igual o menor, separado de su matriz la noche que me

trajo a la luz, sobretodo y contratodo, rendido a la esclavitud de amarla la llevo dentro de mi alma. Son más que sobradadas razones para tenerla presente en los pensamientos.

Ella tenía serios motivos para luchar. Creía en la idea de que en Colombia se debe tener en cuenta el esfuerzo con que las personas consiguen y retienen lo conseguido, y éstas han de aprender a obrar comprometidas. La manera más empleada es la política. Traba amistad con alguien que tiene el poder que se necesita; a la larga, si ello es posible, se recurre a dicha influencia. Mi madre, tal vez, así logró el traslado de Magangué, Bolívar, al magisterio del departamento de Sucre.

Desde ese instante, el nombre de ella Leonarda Cardales, egresada de la Normal de Señoritas de Cartagena, fue pasando de boca en boca, pronunciado en voz queda por agudas gargantas infantiles, como un santo y seña que daba la entrada a la escuela, bien porque creían ser liberados de la ignorancia.

Todo aquello constituía un resplandor de sus conocimientos, y renovándose a diario anímicamente, se disponía a erradicar el analfabetismo en la zona.

Espoleados por el viento y la inquietud, volvíamos más adelante al lado de mi madre, profesora de escuela de primaria, sobreviviente de un infarto de miocardio, a promover conversación sobre el pasado familiar. A leer juntos un cuento y preparar las lecciones del día siguiente. Dándonos un poco más de instrucción, hacía énfasis en que los muchachos del barrio no podían matar los pájaros, porque es un acto de

crueldad sobre criaturas inofensivas. En el sostenido suspenso de las necesidades económicas, aún a costa de recluirnos en la austeridad llevadera, por no decir, fuimos criados inmersos en una situación vecina a la pobreza.

De ahí para adelante, no tanto gracias a la perspicacia, sino al simple cuidado; en esos años donde las familias humildes estaban marginadas de costosos televisores a color, quizá por culpa de esto y de mi curiosidad, escondido detrás de taburetes y apto para asimilar cualquier tipo de historias, durante un par de horas a la semana, desde la infancia tuve el interés de escuchar noches y noches, en esas largas noches de cuentos sabaneros, la voz y el pensamiento de los ancestros sucreños. Iban más allá de cualquier emoción que yo hubiese experimentado.

Propenso a las reflexiones, tenía bastante con mirar alrededor y, más bien, hubiera deseado hacer preguntas acerca del mar y los piratas. Respecto a los visitantes que tomaron parte de las tertulias, relataban largas epopeyas hilvanadas en mil desafíos por el Partido Liberal y el Partido Conservador, incluidas crónicas de muertes. A lo sumo, todas las víctimas revelaban la ejecución veloz de su verdugo, en cuyas bocas los difuntos enmarcaban que se había congelado una rabia con el frío de la muerte: guerrillas, narcotráfico, sangre en que se ha revolcado el país de años atrás a esta parte. Y el sectarismo político dejó a lo largo de mi existencia el máspreciado reto: la ambición de protagonizar mis propias vivencias, únicas, llenas de arrojo y osadía.

Tal es el espíritu que precedía esas ambiciones que hoy superaron las expectativas. Susceptible por el cambio en las pautas diarias, antes de abordar este reto de gran magnitud, apareció, sólo para entorpecer los sueños, el conformismo. Amenaza formal que hace cruda oposición a la superación individual. Dando vueltas múltiples interrogantes en mi cabeza, a fuerza de compartir con encopetados políticos, y bien despierta la esperanza fundada, fui adquiriendo una creciente ambición y aspirando a una posición política más alta.

A partir de ese instante, sufro los golpes más rudos que provienen de mis adversarios sociales. Apresurados a crearlas, algunos me cubren de calumnias. Vienen ejerciendo el poder político en el departamento de Sucre desde hace décadas. Pues, todo esto, son restos de un pasado que cuesta trabajo borrar, y por medio de los cuales se ha perpetuado el patronato electoral; o lo que es lo mismo, paralelo al dualismo radical, el poder de reconocidas familias adineradas, cristalizan el poco talante democrático.

Esto debe entenderse en el sentido de que no termina de modo definitivo esta hegemonía. Más bien, mi nombre anda envilecido en boca de mis contradictores. Así lo manifiestan a vox populi; así se estampan los pensamientos en sus lenguas. Y si alguien todavía quiere dudar de la oportunidad de hacer política en nuestro sistema democrático, no sabe que alejarse de sí mismo es una excusa, pues no es reconocido, ni tiene antecedente alguno que le favorezca. Realmente, no referido a un panorama de lo más excitante, el deseo de todo hombre

de no ser desestimado, y el anhelo de un político de conservar la estimación de sus conciudadanos, han motivado estas líneas que abandono a la suerte, sin otra atenuación que lo disculpable del intento.

Resulta una ardua tarea, sin duda, hablar de sí mismo y hacer valer sus buenos lados, sin suscitar sentimientos de desdén, sin atraer sobre ello la crítica, a veces bien fundamentada. En tales escenarios, es más duro consentir la deshonra, tragarse injurias y dejar que la molestia conspire en nuestro daño. Yo, al fin, encontré una excusa para escoger entre tan opuestos extremos. A más de esto, evidencio estrechas afinidades de carácter con puntuales congresistas; han debido cimentar nuestras simpatías confirmadas por diferencias esenciales de opinión. Sirven las suyas de peso opuesto a la impaciencia de mis propósitos, no sin que alguna vez estimulé y ensanché la fuerza de su voluntad en adopción de beneficio de importantes leyes tramitadas en el Congreso. El hecho no es raro que un parlamentario, al tocar temas cruciales de origen común, caliente todas las cuestiones, da fuerza a los sucesos y necesidad a las inquietudes que están en la cabeza de todos, como desiderátum, como realidades posibles, razón por la cual no son obviamente verdaderas.

Sobre el soporte de este razonamiento, para comenzar de nuevo, toco el difícil paso de la infancia a la adolescencia, cuando se recrudeció la guerra interna ya mencionada. Fue un período de crueldad por parte de grupos armados al margen

de la ley, actuaron contra los campesinos en las veredas. Repercutió en mi carácter aún moldeable.

A la espera de encontrar en ella la respuesta de tantas supersticiones, traté de analizar por qué recluté una cantidad de amigos contemporáneos para asistir a la iglesia evangélica del sector La Selva, populoso sector de condiciones menos extremas que las del barrio Uribe Uribe. Allí, contra el deseo del destino, establecimos nuestra nueva residencia. Además y a la vez, bajo la influencia del texto sagrado, demanda decir la verdad: gracias a mi perseverancia, resulté predicando la palabra de Dios. A partir de la más alta fe memoricé Efesios 6-10:

Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y el poder de su fuerza. Vestido con toda la armadura de Dios para poder estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernantes de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldades en las regiones celestiales. Por tanto, tomo toda la armadura de Dios para poder resistir el día malo, y habiendo acabado todo estar firme. Sobre todo tomo el escudo de la fe, con que puedo apagar todos los dardos de fuego del maligno, y tomo el yelmo de la salvación y la del espíritu, que es la palabra Dios.

Aquel pastor de apellido Bejarano, individuo de color, procedente del Chocó, dotado de enorme paciencia, me inculcó practicar esta oración a diario, con la convicción de

que años más adelante afrontaría demasiadas dificultades. En el fondo, razón no le faltaba. Aparte de guiarme en la mística, sabía discernir el futuro. Todo seguía más o menos igual, diría yo, convencido que mi lugar estaba en el culto evangélico, culpa de un enamoramiento que no me dejaba en paz, no se trataba de una obsesión sino de la desesperación del alma. Al cabo, a la expresión: amor emotivo, cuya vasta latitud atrincherá nuestra ignorancia de diferenciar lo espiritual de lo pasional, renuncié de modo parcial a lo espiritual, e inspirado en la terquedad, una noche de verano abandoné la vocación pastoral en comunidad, manteniéndome temeroso de Dios, pero no tan constantemente congregado como en aquellas épocas.

Declarada la independencia de los apegos, hubo unos años largos, largos, donde recorrió vastos y retorcidos desvíos. Por más que en lo más hondo del alma se despertaron las oscuras intuiciones, retomé el sendero, dentro de la firme intención de seguirlo hasta el final, salvo, claro está, que mucho, muchísimo, me costó adaptarme a la nueva condición de parlamentario.

En pocas semanas, después de elegido, se cruzaron la cultura cachaca y el mundo actualizado de la moda, al que mejor gusto tengo de todas... prefiero ver para creer, y por una combinación provinciana conservo el agrado por la ropa sencilla. Cada mañana, cada tarde y cada noche, empecé a usar indumentarias propias de las ocasiones. Y yo creía estar exento del consumismo. En la capital, por eso de la percepción del buen vestir, esta madrugada estreno un traje de paño que

apesta a inmejorable calidad. Propenso a las alegorías, puedo establecer que existe un mundo de diferencia entre el ayer y el hoy. Sin duda, en un abrir y cerrar de ojos, cambiaron bastante las cosas.

Donde estoy esta noche, el *collage* de fotografías colgadas en la pared del poniente recoge instantes de mis campañas electorales. Estos elementos son todos de aprovechar. Siento que debo cultivar este lujo pasajero del siglo, aquí sobre la madre tierra. Ahora lo derrocho de forma insignificante. Piezas de tela que no son otra cosa que sofismas de entretenición y, de una entretenición, paso a otra, menos cautivante. Una vez percibidos los objetos por los cinco sentidos, cada cual se debate como puede en su terreno. Las dificultades personales no son fáciles de superar. No hay que preocuparse, no son años fáciles. Tras de eludir una cosa y otra, los enemigos no se quitan con agua y jabón, e imaginará también, con el esfuerzo político en mis manos, escucho mis zapatos raspar el mármol fenicio del apartamento. Preso de las más inquietantes cavilaciones porque no era destacado, porque no me conocían, porque no tenía acceso a los altos mandos del Estado, bregué encontrar la llave que me condujera hasta ellos.

Así sea por este instante, más imaginativo, retomo la frase de Shakespeare: el hombre está hecho de la misma materia de los sueños. Muchas veces lo que uno sueña despierto, sucede; mejor dicho, a los sueños hay que despertarlos y, al despertarlos, tener la certeza opresiva de su realización. Si uno piensa que ese sueño está por suceder, acontece

activado al máximo. Si entra al sueño que se llama el vivir, todos los conceptos mentales que se mantienen toman forma. Por supuesto, en mi caso sucedió, igual que siempre, hay algo que se logra y algo que falla. Mi encuentro con la notoriedad, excelente. Y en una simple deducción general de la ley causa y efecto, varios de mis más entrañables amigos de la infancia, con el pasar de los acontecimientos se fueron alejando sin querer.

A fin de que el destino siguiera su curso automático, y que la suerte tuviera unas posibilidades equivalentes, sólo sé que conservo ese viejo hábito de dudar. Eso no es todo, me pregunté reiteradas veces sobre las promesas de aquellos barones electorales de mi natal región. ¿Quién sabe por qué dudé de ellas? Tan por encima de lo convencional, recelé que no fuere así. ¿Y qué pasa si sigo en igual tónica? ¡Nada! Y el corazón de pronto dio un brinco de advertencia, con algo más de miedo, con algo más de temor, ante la evidente revelación de la incredulidad que suscitaban semejantes promesas de tantos políticos. Esto es bastante viejo para el pueblo —pensé—, pareciera estar acostumbrado a ello.

Entre estas apreciaciones y la síntesis presente, el instinto de la política me indujo a que tomase la defensa de los intereses de los desfavorecidos, pues, es de pocos perseguir ávidamente una quimera que se convierte en ideales. Los ideales, en medio de todas las creencias, representan el resultado más alto de la función de pensar. Y para asegurar un verdadero aprendizaje, antes de ingresar a la Universidad de Sucre, solía observar el clan de los dirigentes en la región.

Sin grandes quebraderos de cabezas, roto el condicionamiento social, político y religioso, adquirí experiencia. Es similar a lo demás de esta existencia: tienes que pagar la novatada. Puedes solventarla haciéndole proselitismo al político de turno, o puedes restituirla con experiencia. Una vez que has aprendido, puedes restablecerla con amistad y los atributos de poder, prestancia y simpatía electoral. Eso sí, tienes que pagar de cualquier forma. Esa es la filosofía de la política, lo escuché de boca de un sabio campesino de Majagual, Sucre, tal vez con razón o sin ella.

Una inquietud me ha asaltado el espíritu varias veces: qué rumbo tomará el movimiento político Cien por Ciento por Colombia, después del triunfo alcanzado en las elecciones del 2014, que la prensa nacional esparció a los cuatro puntos cardinales. A riesgo de caer en los halagos, resulta perdonable e incluso reconfortante. Queda un recuerdo endurecido y resquebrajado que se pulveriza bajo otra ambición. El triunfo siempre es parcial, suficiente para combatir los cargos de conciencia e, incluso, lograr la ilusión que todo vuelva a ser igual que antes. Y a saber, a la par existen otros políticos de perfiles osados, de tal actividad de espíritu de acción que por sus cualidades detonan el conato de ambición y la sed de poder que corren parejas.

La alusión que la prensa hizo de dicha victoria: tres Representantes a la Cámara avalados por el movimiento Cien por Ciento por Colombia y varios Senadores de la República a quienes también ayudó a elegir en diferentes regiones, son

pormenores tan curiosos que no puedo prescindir de referirlos. Al fin y al cabo, hacía lustros, la política había entrado a formar parte de mi carne y de mi sangre. Esto es digno de destacarse. Créalo o no, en escasos años de participar en el debate político, aquella ambición infantil no fue un sarampión pasajero, puesto que mis inquietudes están cimentadas conforme a los principios inmutables de la civilización y de la justicia social, tan más alta e indispensable que yo, que tal vez, por haber nacido en el seno de una familia rodeada de estrecheces económicas, fomentó en mí una disposición de solidaridad para ayudar a los más necesitados.

Muy a mi modo, con la razón formada a los quince años, la inteligencia me amoldó a ver la realidad. No sentirme importante. Ahí tiene a los españoles, si no me cree; allí están los romanos, y creo que eso es dulcemente irónico. O sea, había llegado la ocasión de ser insolente ante los caciques de siempre: caballeresco y osado; recargado de millar de cosas, de hechos, de recuerdos y de la historia pasada y presente. Me sentí dispuesto a tomar con facilidad el hilo y el espíritu de los acontecimientos, apasionándome por lo bueno, detestando lo malo, al sufrir una especie de transmutación del alma que, en un aumento de certeza, me reclama el despilfarro de ideas en pro de las clases marginadas.

A pesar de un sinfín de adversidades, de haber nacido y ser criado en un barrio popular de Sincelejo, muy precisamente esto, me indujo a analizar la ley de probabilidades, donde existe la constancia y por lo tanto, la finalidad de las pasiones personales.

Más allá de cualquier emoción, ¿qué hay que lamentar? ¡Nada! Echando una ojeada general, todos los días, a cada hora, por todo pretexto, el debate se renueva en las emisoras, en diferentes medios de comunicación. ¿Qué mal les he causado a mis críticos de oficios? De hecho, esos continuos embates habituaron al reproche mis oídos; la resistencia se tornaba más débil cada amanecer y, por caridad cristiana, sería más adecuado esperar que el tiempo dijera la última palabra. En fin, preparado para el efecto, a veces permanezco de mal humor y quejumbroso toda la jornada; triste la subsiguiente mañana, más resignado el otro día; hasta que al fin, el presente y el hábito trajeron el bálsamo que me hace tolerante frente a los más infames ataques.

Muy puntual y muy simétrico, aquí en el apartamento, un espejo vigila cada uno de mis movimientos. A partir del primer instante, estuvo seguro, terminaría por conocerme, y al estar pensando sobre el futuro ante ese cristal, él me observa dar vueltas alrededor de la mesa del comedor. Descubre el rasgo de la personalidad de un político a quien el espejo sí le devuelve la mirada, en cualquier momento y en cualquier lugar, o en mitad de este salón donde medito. Regidos por la permisividad y el sosiego, ya nunca más tendremos que fingir ni vernos a escondidas.

Y bueno... digamos, ahora camino al balcón que ve pasar el tiempo que todo lo desparrama. También el viento termina por dispersar todo, poco a poco, pero con firmeza se van acumulando años, y uno ni siquiera sabe en qué lugar anidan

las horas. El mirador del alojamiento ubicado en el centro de esta Bogotá llena de arte y mártires, sirve para contemplar una noche de luna, o de lo que sea. Agito la cabeza rítmicamente arriba y abajo, divisando la metrópoli. Uno por uno, la acción de este movimiento vuelve a despertar en mi conciencia palabras, colores, imágenes y estados de ánimo.

Mi educación formal se inicia en un hogar tradicional del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. Continué la primaria en el colegio público Simón Araujo de Sincelejo. Con el estímulo de los sentidos, recuerdo el aspecto de mi padre, Óscar Alfonso Acuña Pabuena, comerciante informal oriundo de Magangué, Bolívar, andando las plazas de mercado. Sobre su rostro se lee la lista de precios de los productos que comercializa: cinco mil, dos mil, mil, admite el regateo; la competencia consiente el tira y afloja. Lo siento papá, no puede ser todo tan casual y estoy contando la verdad, entrañablemente, enchapado en otra época, corresponde a una situación de una vida nueva que él engendró, un distribuidor de mercancías en barrios populares y plazas de mercado.

Yo había perdido la inocencia infantil; había decidido no desechar la compasión, y sabía a la perfección que no llegaría nunca a consumir el alma de tanto llorar viendo tantas injusticias. Sólo tenía quince años; la sabiduría de mi corazón todavía no la sospechaba. A veces notaba a mi padre hinchido de júbilo por salir bien los negocios. Puesto que había perdido el factor sorpresa, en las comidas me interpelaba con un mal contenido enojo, indignado por la interrupción abrupta de sus

adultas conversaciones nocturnas. Esto lograba infundirme un sentimiento de culpa. Sin aludir a mi falta, don Óscar, Oscarillo o simplemente papi, mostraba su molestia interponiendo entre nosotros una distancia infranqueable de palabras que no se pronunciaban. Él conocía mis secretos, del mismo modo que yo conocía los suyos. Ambos preferíamos anular esa complicidad con una dosis alta de comprensión muy propia de quienes son expertos en mantener un trato enrarecido con las personas que los rodean, llegando en avalanchas las desazones y los cargos de conciencia, y todo ello convocababa en mí, fantasías, retazos de una teoría que llegaría a concretarse. Mi padre, ceñudo esta vez, a eso de las cinco de la tarde y divorciado momentáneamente del viejo ritual del conformismo, recalaba:

—¡La persona que rechaza las injusticias, tarde o temprano termina en la política!

Tenía un gran enojo con algunos de los políticos que lo hacía huir de ellos. Por esa fobia, no asistía a las plazas públicas donde se concentraban manifestaciones políticas, sino a las de mercado, dando fin cabal a sus opiniones de aquello que no sabía nada, y a la vez mucho, por la militancia en su juventud, en la izquierda democrática.

Trigueño, de pelo quieto, viste ropa casual. Es más, sé mejor que nadie cómo ha sido su perseverancia en el trabajo, lo cual motivó en nosotros, sus hijos, no tener miedo del futuro, del presente, ni del pasado que parece un suelo lleno de baches.

Al levantar la vista hacia el cerro de Monserrate, diviso, más acá, la avenida Circunvalar iluminada. En sus faldas habita una oscuridad, una oscuridad casi tenebrosa. De pronto, el ambiente desolado cambia; la niebla se levanta entre los eucaliptos y, avanzando, envuelve como una capa de algodón el santuario. Ahí, a esas horas rezan los clérigos.

A diferencia de otros lugares de peregrinación, en esa escalerota que conduce al templo no eché de menos el penoso ascenso a pie. Encima de los peldaños se conservan sollozos de los últimos arrepentidos y las penitencias de tantos desahuciados que claman un milagro. Sobre esas escalinatas la bruma semeja un tejido que absorbe sus lágrimas barridas por las lluvias de invierno... A fuerza de fe, al mismo tiempo, tengo la impresión de haber estado ahí, y que seguiría escalando esa senda, convirtiéndose la fe en un elemento: un océano de oraciones, amplio, lleno de susurros.

El conjunto de luces está electrónicamente ajustado al paisaje nocturno. El aspecto utilitario del cuadro de edificios contrasta con la severidad de la oscuridad del firmamento.

En materia de política regional, la elocuencia es inútil arma, aún en las grandes ciudades y en hombres toscos de corazón y duros de cerebro. Cuando el dirigente endereza la voluntad de romper paradigmas se impulsa a desandar los vericuetos de la política tradicional y persigue exterminar las huellas de un pasado poco edificante; los efluvios de sus promesas fenecen sin pena ni gloria en los oídos de tantos sufragantes.

Y en lo que respecta a mi discurso, jamás se apoya en las mentiras, sólo en verdades. Paso semanas enteras entre allegados, discutiendo sobre fórmulas para combatir las injusticias sociales, navegando por nebulosas de solidaridad, bogando incluso sobre los problemas sociales difíciles de solucionar. A la vez, con el rótulo de escándalos, llegué a ocupar portadas de revistas, periódicos y titulares de noticieros de televisión. Susceptible a no sufrir cambios la maledicencia corrosiva, ruedan por las calles comentarios de mis supuestas y confusas amistades.

En nuestro sistema judicial, a veces se quiere establecer una nueva categoría de delito penal: *la conocencia*; sin vacilar, un puñado de confabuladores anhela despedazarme en vida, difundiendo falsedades para desacreditarme. El remanente, ese inútil y embarazoso desecho de comentarios, llega a los rincones de la comarca con extrañas conjeturas y absurdos señalamientos. El resto de la verdad surgirá a través de este libro, dispuesto a narrar lo superfluo y lo cotidiano, sin complicaciones. Por eso, cuando regreso a la sala que esconde cierto grado de buen gusto en la decoración, finaliza aquel muy prolongado silencio.

—¡Y en mi vida nadie me ha regalado nada, sólo Dios y el pueblo! —emití la visible presencia de la luna.

Ahora que los circunstanciales deseos de poder pertenecen al presente, diríase que todo salió a pedir de boca. ¿Qué significa esto? Un montón de enemigos políticos al asecho.

Inconscientemente me fui convirtiendo en una de las posibles piezas máspreciadas de esa partida del ajedrez político nacional que el oficialismo y la oposición juegan. Objeto que justifica sus estrategias de fuerza. El oficialismo a la defensiva, intenta conservarme a toda costa, y la oposición, algunas veces al ataque, pretenden abrir brecha en la llamada Unidad Nacional, o mejor dicho, la coalición de gobierno.

¿Cuántas veces se ha presentado una que otra oferta de carácter “lentejista” en el Congreso de la República? A la final, puesta a prueba la alianza estratégica, y faltando escasos votos para ser mayoría, la coalición de gobierno protagoniza, previo a la votación para elegir altos dignatarios, la siguiente acción: repiquetean los celulares; emisarios sudorosos corren llevando notas urgentes entre congresistas, en que les dicen: ¡escuche a la experiencia! Bueno, como hay que votar, pues vote. ¡De prisa! ¡De prisa! ¡Informe! ¡Informe! Dentro del salón hay demasiados mechones blancos flotando al viento. Bueno, bueno, circulan rumores a favor de la coalición. ¡Ya somos mayoría! ¿Quiénes hicieron la diferencia? ¡Qué bueno, a última hora decidieron acompañarnos!

Ejerciendo el don de la mimetización, distinguidos congresistas, enemistados a muerte, se olvidan de sus diferencias ideológicas por conveniencias personales. Se preguntan mutuamente por licitaciones de años atrás; lo que significaba para ellos en términos económicos. No sé quién la ejecutó —comenta el uno al otro— de tal modo, un voto puede decidir el triunfo de la coalición de gobierno. Al pasar

el período legislativo, la imaginación produce una verdad que es más grande aún que cualquier hecho. Se aprueban controvertidas leyes que, traídas de los cabellos, demuestran adónde va a parar nuestra sensatez política. ¡Diablos! Así pasamos de Guatemala a Guatepeor. Nada de esto agrada a los dioses de la cordura y la sensatez.

¿Acaso quieren robarme la sensatez política? Ni más ni menos, aquel peaje que pagamos a la entrada de la vida, a algunos, nos conduce a la función pública, sometidos a la regla invariable de la voluntad popular. De esto resulta, en efecto, el mismísimo presidente de la República. Dentro de esa arca de Noé llamada Congreso, todos en ocasiones hacemos el ridículo. Los piadosos y no piadosos, los que cuentan chistes y los que se los dejan contar, los que llevan proyectos de leyes, los que se los hacen aprobar. A altas hora de la madrugada, los porteros, los policías y los escoltas, esperan el momento de concluir la sesión para cerrar el salón elíptico, eso sí, desde la visión que podrían traernos esas nuevas leyes. A diferencia de otras personas, me gusta ver las expresiones de ellos, pagan con serenidad su tributo a la caducidad.

El semáforo de la avenida no vuelve a cambiar de color, sólo titila el bombillo amarillo. A esa hora, por esa misma esquina, los autos cruzan raudos en ambos sentidos. Revelan la impresión de ser absorbidos a la distancia por una densa esponja negra.

Transcurre el verano. Caramba, cómo pasaron los meses, incluidas unas elecciones parlamentarias bastante reñidas. Y

tras buscar la aplicación de esos resultados electorales a la situación actual, sabe Dios por qué, adopté el espíritu citadino, como que sí y como que no. En fin, ¡qué se le va a hacer! Ese es problema mío, de amoldar la personalidad al vaivén que la política requiere. En cuanto entendí de qué se trataba, no reniego de ellos; víctima de su presión, jamás los menciono.

¿Sabe usted cuán afortunado se es cuando la imaginación se anticipa a la experiencia, volando más allá de lo real, y así activar el dispositivo misterioso de un ideal? En retribución, o justa correspondencia, todo entra a formar parte de la trama del diario vivir, más o menos, cuya premisa, un poco falsa, tiene algo de verdadero.

Conseguido el objetivo de llegar al Congreso, discurso entre el enrarecido aire de la política, con las dificultades que sólo puede un provinciano afrontar sin los abolengos de la denominada “oligarquía nacional”, puesto que, siendo el primer acto y el más necesario, cultivo por lo demás, la creencia de varios ideales posibles que, combinados en diferentes proporciones, representan lo que se considera digno para la población. A veces resulta paradójico que avancen los años, y uno siempre a la espera de que alguien tome la iniciativa y haga el cambio, posición cómoda para nuestro señor ego.

El resplandor de la avenida se desliza hacia adentro por el cristal del gran ventanal del balcón como una emoción retardada, y choca contra la boca oscura de la chimenea apagada, y el agradable olor a loción francesa impregna el

ambiente. Abajo, sin que yo tuviera culpa de nada, siguen la amplia plazoleta empedrada en adoquines rojos, la soledad, sus macetas, sus bancas, sus enredaderas y, nuevamente, el pasillo recto que conduce hasta el portal y la calle. Sí, por ahí transita el pueblo, capaz de hacer elevar grandes aspiraciones o enterrarlas. El solo hecho de pensarlo me remueve la sangre. Este no es el único factor que juega en la contienda electoral; sumados otros, personifica mi testarudez por la subsistencia política. El triunfo ha enriquecido la mezcla de mi sangre que, al ingresar a la universidad, me impuso un voto de inconformismo y, tenidos en cuenta los asuntos que me ocupan, lo puse en actividad.

A poco, sin temer a nada ni a nadie, no admitiendo el complejo de proceder de un barrio subnormal, me adentré en las componendas del poder. La reputación deja un muy mal olor en el concepto de algunos. ¡Qué sabe el hombre del común, de pactos políticos tan escondidos!

¡Qué va! No me costará trabajo remontarme años atrás, recibiendo cada minuto el aliento de la política a través de los compañeros de estudio, acto de la cotidianidad que tiene relación con la invencible tentación a la buena administración del poder.

Yo, entendido y ansioso de saber, acogía las explicaciones de la teoría leninista por parte del profesor William Núñez, adicto a controlar, me decía con orgullo indignado:

—¡Usted es un líder! Estudie este libro: *El Estado y la revolución*. Es la obra principal de Vladímir Lenin.

Una vez en este terreno, no podía mostrarme ligero ni indiferente por temor a equivocarme. No siendo esto suficiente, por allí, en la ocasión menos pensada, la comezón socialista que recibía por las tardes solía ser barrunto de la próxima entrevista con el profesor Núñez, al interior del colegio Antonio Lenis. Casi carente de árboles y, rodeado de ventanas cuadriculadas, la mayor parte sin vidrios, constituía un escenario algo realista. Imaginando sus mensajes, a gusto apreciaba el revoletear de hojas de cuadernos sobre la Plaza de Majagual, que abarca toda el área del sector. A más de una hora, a buen paso, se encuentra mi antigua vivienda en el barrio La Selva. Que quede clarísimo: allí inicié esta tendencia de inconformismo. Nunca me escondí de la policía, cuando irrumpía en diferentes jornadas de protestas, ya fuera por nuestra institución educativa, o por la reivindicación salarial de los docentes.

A los alumnos del colegio Antonio Lenis nos apodaron “Los Tirapiedras”. Si hay algo que te enseña este remoquete, en dichas manifestaciones estudiantiles y empapados de miedo, pero más potente el coraje de reclamar, es de entender por qué la prensa nos tildó de inadaptados y subversivos. Rodeados de versiones de amenazas, nos veíamos en la forzosa situación de ataviarnos con tapabocas para proteger nuestra identidad. Por lo tanto, francamente, cada año estas manifestaciones de inconformismo fueron mermando, y están a punto de desaparecer por la apatía acomodaticia de la población estudiantil y las embestidas de fuerzas oscuras que obligaron a muchos líderes a exiliarse del presente en aquella época. El

perseguido se refugiaba en esa tierra de amigos, que son sus viviendas. El planeta rueda de forma automática; el carro de las amenazas iba siendo reemplazado por otras presiones más agresivas y despiadadas.

El estrépito de la moto de alto cilindraje envolvía la cuadra en el suspiro menos pensado. A sabiendas de que no había otra opción, el líder estudiantil se veía obligado a saltar tapias para preservar su integridad personal. Lejos del alcance de sus posibles victimarios, se las ingeniaba para comunicarse y tranquilizar a la familia. El perseguido sufría la violencia; padecía el insopportable exilio dentro de la ciudad y la culpa, la maldita culpa del destino que vino a destruirlo. Y nada sale bien, y todo es terror; puras intimidaciones. Todos exponíamos. La mayoría se escondía, menos yo. No les temía, no les tengo miedo. ¿Dónde estamos? ¿A qué extremo de violencia hemos llegado? ¿Qué diablos hacía la policía o el ejército para proteger a los amenazados de muerte...?

—¡Es de temer lo peor!

Así lo destacaba la prensa regional. Anunciaba la verdad, por más cruel que pudiera ser para la población indefensa. Los asesinatos selectivos se iniciaron en la zona rural, extendiéndose hasta el área urbana. No acostumbrados a mirar la muerte a los ojos, acorde con sus miedos, campesinos del municipio de San Onofre, cuentan que en la vereda Macayepo, una camada de jóvenes cultivadores de pancoger, entre los cuales unos limpiaban el plantío, otros partían leña y el resto llenaba de

agua los calabazos en el arroyo, apenas finalizadas sus labores, el sábado por la noche, llegado el instante de dormir, irrumpió la tranquilidad del lugar un grupo armado de autodefensas.

Más densa o más fuerte, se respiraba en el aire la fatalidad del exterminio masivo, pues más importaban los comentarios sigilosos que corrían de boca en boca, sindicándolos de colaboradores de los grupos guerrilleros operantes en los Montes de María. Tal como había sucedido en otras regiones, fueron acusados y sentenciados sin piedad y sin consideración cristiana.

A fe de Dios, ni siquiera fueron escuchadas las súplicas. Alegando inocencia, pedían piedad por sus vidas y por sus hijos. Estas sentencias vulneraron de manera cruel los derechos humanos de estos humildes campesinos, y se ejecutaron hasta el amanecer de aquel día, en sus propias cabañas. Ellos estaban lejos de comprender las poderosas motivaciones para merecer tan repudiables actos de inhumanas proporciones.

La nación se sintió invadida por una oleada de desconcierto frente a estos ajusticiamientos cargados de tanta sevicia y desprecio por la vida. Cuantos más cadáveres aparecían en el territorio nacional, más impredecibles se convertían apológicas las matanzas. Y a su favor, lograron en determinados sectores el consenso de que así nos protegían de los guerrilleros, restando fuerzas a la realidad que se vivía en nuestro país.

Existen pormenores tan curiosos de mi vida personal que, intoxicado de recuerdos, no puedo prescindir de referirlos, e

intento adoptar un tono neutro, como si estuviera refiriendo la experiencia de otro. Empiezo a descubrir universos a kilómetros de la capital. Al menos, voy viajando a esos lugares para mencionar personas cuya existencia usted ni siquiera sospecha... Diablos, tengo que mencionar mi nombre.

Soy Yahir Acuña Cardales, Representante a la Cámara por el departamento de Sucre. A medida que pienso mis intenciones ceden el paso a lo que surge dentro de mí. A lo largo de esta madrugada, sin mojar nunca nada, sólo mis labios; sin desprenderme del vaso de agua de siempre, no perderé la compostura cuando trate temas espinosos. Estoy de ánimo para narrar, entrar en detalles, donde se mezcla la provincia y la metrópoli, la luz y la oscuridad, el perro y el gato, el ángel y el demonio, lo blanco y lo negro. En este lapso, ando de un lado a otro, y no menor a las suposiciones, tengo que seguir, mientras llego al final del relato.

En estas condiciones, el siglo continúa su marcha, y echando una mirada general al entorno, abordo ese viaje retrospectivo. Espacio en el cual empecé a creer en mí mismo, sin ninguna clase de complejos, listo y contento por cumplir el último propósito electoral, acontecimiento capaz de marcar para siempre el modo de pensar de un hombre. En más de una ocasión, en contacto estrecho con las personas menos favorecidas, camino a cualquier sitio, hago renacer la esperanza de muchos desposeídos.

Dada la franja que separa la riqueza de la pobreza, por lo menos, sienten cerca una mano amiga dejando en la del

necesitado una migaja propia. Casi siempre revueltos, pero casi nunca juntos, el devenir convencional de los mortales tiene un principio menor que le permita hablar de un final, de ningún tipo, desde el cual inicio este relato, bastante antes del comienzo.

A menos que las reflexiones hayan sido un desperdicio, empezaba el interés por los líderes políticos del departamento de Sucre y las figuras públicas de la política nacional. Todavía no descifraba con claridad los sucesos que agobian al país. Trataba de obtener una información tangencial mediante el diálogo con mi tío Carlos Cardales, beisbolista profesional, discreto y muy serio, oriundo de Cartagena. Había tomado la viva afición al estudio de los horrores del desarraigo en el campo. Tiene un alma demasiado altiva para querer representar con cierta seriedad el papel de tutor político. Se puede decir, conoce el horror de la violencia, por lo cual se le considera una enciclopedia en este tema. Eso sí, abrumado por tanta crueldad, se dedicó a estudiar la *Sagrada Biblia*.

Pasé por alto su carrera de beisbolista profesional en el equipo Drogas Curi. A mi tío lo alcanzaba la ruina económica de varias generaciones de la familia y, para colmo de mala suerte, partidario de tendencias izquierdistas, no dudó en explicarme en qué consistían. No por ello dejaba de ser muy respetado entre sus compañeros de equipo. Una simbiosis extraña para un deportista demasiado vertical en sus posiciones religiosas. A la par, los días le fueron enseñando a ser prudente. Además, su carisma de excelente deportista lo llevó a ganarse el respeto de la afición beisbolera.

Tras un cuidadoso análisis, mi tío es uno de esos atormentados por su imaginación. Abunda ese defecto entre las personas de talento en el departamento de Sucre. Su popularidad empezó a darse a conocer y aprendió a ser un ágil conciliador. En sus relaciones con militantes de los partidos tradicionales, era más importante ganar elogios que enrolarse en una discusión ideológica.

Pasadas continuas lunas, aquel conjunto de tristes circunstancias que parecía la desgracia completa, me llevaría a la posición de algo que me convertiría en un político de metas altas. Al menos, eso consideré, esperando que pasaran hechos extraordinarios en el panorama electoral.

Nuestra vivienda en el barrio La Selva permanecía sin ninguna clase de refacción, hasta la mañana en que aparecieron políticos ofreciendo bultos de cemento y láminas de zinc. En el sector hubo una aglomeración sin precedentes, de personas de escasos recursos económicos, alrededor de los camiones. No costó ningún debate entre la población aceptar estas dádivas a cambio de apoyar al político “benefactor”, pero a mi madre, sí gruesas lágrimas le corrieron al ver cómo la gente se dejaba vencer por un mundo diferente al que conocía, en definitiva, de hábitos electorales antidemocráticos. Ellos articulan el último y más desgastado estilo de hacer política.

No comprendía nada de lo que estaba pasando. Resuelto el enigma dadivoso, deduje que en este asunto se movía una intención engañosa. A punto de esfumarse su dignidad

y dueño de un insensato entusiasmo, el barrio disponía de abundante material de construcción. Al ser un segmento del psiquismo colectivo, que en sectores del pueblo predomina, por todos los rincones se generalizó la práctica de apoyar a los barones electorales a cambio de prebendas materiales. No de otra manera, y con las mismas costumbres, una generación nueva de políticos veneraría este estilo utilitario. Aceptado hoy el vilipendio, por uno de esos errores vertiginosos que se apoderan de las comunidades, brota la degradación con la injuria de las dádivas y de la injusticia que se derivan en razón de este sofisma pasajero. En todo caso, no cuestiono la caridad, pero sí el dar para recibir.

Un día, un día lejano, fue el intercambio, para mí, un episodio de duelo y de impotencia. Este método de realizar proselitismo le otorgó nuevos bríos a mi inconformidad para incursionar en la política tradicional de mi departamento, cayéndole la mala hora a una docena de politiqueros que no son ni chicha ni limoná; perdieron el concepto de servir a la comunidad, si algunas vez lo tuvieron. A medida que asistía a las convocatorias de tal cacique, sentía que comenzaba a invadirme la madurez en todas sus ramificaciones. Detectado el sonido de mis prematuros pasos en el campo del debate; y para colmo de males, yo sabía que era un diamante en bruto y que no perdería nada si alguien me llegara a pulir. Ubicado en la línea de aprender y recordar, mi inteligencia me amoldó a permanecer callado y a escuchar. A ella debo los instintos por la vida pública, el amor por mis iguales y los desposeídos, y la consagración al estudio de los asuntos sociales.

Una vez conocí de qué se trataba el asunto, hace escasos años, muy constantemente asistía a los planteamientos de dicho senador, en reuniones políticas del barrio, puesto que mi madre atendía el llamado a escuchar. Ella, revelando su propia emoción, aseguró que yo había nacido bajo una estrella de líder, igual que el parlamentario de marras, y que, el día menos pensado resultaría aliado, en algún sentido, a cualquiera de los congresistas de Sucre.

Las exposiciones del legislador se celebraban principalmente en horas nocturnas, en una cancha de microfútbol, improvisada como salón de Junta de Acción Comunal. Referidos allí, se congregaban los oyentes, unos de pie, otros sentados. Poseía una cabeza cundida de canas, la tez blanca, de esas que aparte de las patas de gallina revelaban sus años, contribuía a plantar la postal de un maestro de escuela que exponía a los desempleados la doctrina sagrada del toma y apoya mi reelección, sólo que en el círculo delineado alrededor del político, se veían expresiones ansiosas y caras fatigadas. Me parece estar viendo la escena. La mente de este congresista, de aspecto obeso, giraba y salía disparada en todas direcciones. No revelaba inmutarse de su discurso genérico, y adoptaba en el rostro esa rugosidad inerte que precede a la corrupción, capaz de embolatar al mismísimo diablo. Fuese ambición o fuese marrullería, no ignoraba los tortuosos métodos para obtener simpatizantes a su favor. Está claro que no se trata de una actividad que pudiera ejecutarse públicamente; no era tan tonto como para refrendarla delante de todos. Sabía referenciar amenas las cifras del presupuesto

nacional destinado para el departamento, lo cual, conduce a ser una preocupación primordial de quienes representan a sus regiones. En consideración a las necesidades sociales y de infraestructura, conllevan a deducir que la mayoría de las gestiones del legislador terminan convertidas en un asunto de semántica.

Mas que nada, según el barón electoral, y de acuerdo a las partidas de inversión, nuestra provincia dejaba de ser la ceniciente del presupuesto nacional, dispuestas de tal manera que otro cuento es sobre el papel. Comprendiendo el centralismo absoluto en nuestro país, de una u otra forma, es el primer elemento de ordenamiento que trajo la crisis social en todo el territorio nacional. El polo de desarrollo de los departamentos resulta contenido por la camisa de fuerza del centralismo; origina la excesiva concentración de decisiones económicas en Bogotá.

Y a mi memoria llegan sus descripciones detalladas, verdaderamente cautivadoras, de cómo se podía derrotar la pobreza, de cómo podíamos pavimentar las calles del sector, atestadas de cráteres. Exponía de un modo plástico los trámites para crear cooperativas de trabajo. Todas estas cuestiones las explicaba de forma tangencial, efectivamente, sin dar mayor importancia a la problemática social. Así, también se marchaba. Esa noche me convenía escuchar su discurso, que, indudablemente, despertaría el instinto político que aún dormitaba en mí, pues, con asombro, me di cuenta que los políticos encuadernan su doble moral, no se creen peores que

los demás, y dentro de su conciencia existe la premisa de ser los personajes que mencionan en vallenatos reencauchados, soportando sobre las cabezas el huracán de sus mentiras.

Tras esta prueba de la charlatana manera de actuar del visitante, al menos puede hacérsele, como a tantos políticos célebres, el reproche de que nunca llevó sus teorías a la práctica.

A continuación, retomo el hilo de la narración. Conforme a los variados acontecimientos y nuevas perspectivas, no podía hacerme largo el instante de la espera, pero hasta entonces aún quedaba tiempo. El valor que le daba a esto, y a partir de una lógica incontrovertible, es preciso entender que ni de palabra ni de obra di el brazo a torcer.

A la larga, ingresé a la Universidad de Sucre a estudiar Ingeniería Civil, primera promoción del año de 1997. En cuanto pisé el aula de clases, no imaginaba una institución con tantas presiones ideológicas y no me agradaba la idea de estar rodeado de voluntades subjetivas. Al ser la primera promoción, funcionaba una especie de cuerpo colegiado, en el cual actuaba un representante de los estudiantes, elegido por los alumnos de la facultad que apenas iniciaba. No por eso, el estudiante escogido del programa, dejaba de tener el perfil de un político a escala universitaria; una persona con simpatía, con discurso compensado para que los compañeros votasen por él. Digamos que despliega un proceso político democrático. Independiente de cualquier injerencia externa, no sobra aclarar, cada programa académico tiene un comité

curricular. En vista que la carrera de Ingeniería Civil apenas comenzaba, sólo disponía de un curso, el cual debía elegir un delegado que adquiría el derecho a representar a los estudiantes en el comité curricular de Ingeniería Civil. Aparentemente, una elección fácil, a sabiendas que tampoco referenciaba de bola a bola.

Tal figura se encuentra en otras universidades públicas. Usted que conoce tan bien ya la naturaleza de mi carácter, no llegará a suponer que pronunciara la palabra renuncia frente a mi propósito. Este simbolizaba una meta establecida definitivamente. Tenía origen en mí, el objetivo de escalar en la política. Y cuando logré ingresar a la universidad, seguía estancado en el mismo punto sin dar un paso adelante.

Como quien no quiere la cosa, me acercaba a los dieciocho años. Pensaba en tantas cosas, que deduje, todo depende de pensar poco, de no comparar un día con otro y ver la diferencia, como requiere el análisis particular. En una palabra, existen metas que nunca salen perfectas, mejor dicho, nunca las hago bien a pesar que buena voluntad me sobra y, por ello, recuerdo la frase de Martin Luther King: ***Si ayudo a una persona a tener esperanzas, no habré vivido en vano.***

Y a falta de determinación, comencé aquella época de reacción, a la caza de nuevas inquietudes que expertos llaman innovadoras o de avanzada. Ensimismado en alegres imaginaciones, dispongo de sobrado talento para no sentir a veces el aburrimiento que causa no encontrar interlocutor para

las propias ideas. Y esto, muy precisamente esto, es lo que yo entiendo llevar en el alma un objetivo preciso. Consiste, para empezar, en sentirme verdaderamente querido por lo que valgo; rico de preocupaciones y realizaciones atrasadas hasta ese semestre. De cara a tal reflexión, en una cadena de largos eslabones, el infierno está lleno de buenas voluntades; por lo menos, en esa afirmación sé que no estoy equivocado.

A veces tomaba la enciclopedia del estante de la biblioteca de la universidad y buscaba los nombres de grandes maestros, en especial de filosofía, en procura de indicios que facilitara la pesquisa académica, cerciorándome de su existencia años atrás: Aristóteles, Platón y Carlos Marx. A medida que profundizaba sobre ellos, estos tres personajes seguían siendo inimaginables. Pese a que leía sus biografías, seguían siendo irreales para mí. Eso no me preocupó gran cosa. Todo ello proviene de que, en aquella época, advertía una acentuada inclinación a la política, tal vez heredada de un pariente lejano o de mis padres.

A la altura de mi convivencia en la universidad, la lección más importante que aprendí fue el trabajo en grupo y el valorar todas las opiniones e iniciativas de nuestra base estudiantil. Los conceptos eran analizados y merecían el mayor respeto por parte del estudiantado. Obviamente, los temas afines con la paz, los minifundios, la violencia desatada en los Montes de María —zona muy agitada por la barbarie paramilitar— suscitaban nuestra mayor atención. Esta subregión del departamento de Sucre está poblada por nativos, sin clase

media ni alta, sólo campesinos. Sin clase dirigente, además, carente de servicios públicos, refleja el abandono al que la ha sometido el Estado.

Ya descritos los genes embrionarios de la violencia, grupos al margen de la ley perseguían apoderarse de la inmensa riqueza representada en esas fértiles tierras. En la institución, poco o mucho había que discutir sobre el tema, todo es cierto, y lo peor solía ser que no podíamos hacer nada para cambiar este terrible panorama. Dando por sentadas indiscriminadas masacres, el clamor no sólo procedía de las universidades, sino también, de la sociedad en general, para rescatar las funciones del Estado de derecho y generar un orden social estable, consolidado y aceptado.

A menos de seis kilómetros de mi residencia se alzan los edificios del centro académico, a la altura del barrio El Bosque. El aire matutino envolvía a la urbe sabanera. Una ducha rápida y el afeitado, me dejaban más o menos presentable, pero no me lograban borrar la angustia de llegar tarde a la primera clase de la mañana. Afuera, la ciudad se iba replegado lentamente: vendedores callejeros empujaban carritos de guarapos, de hortalizas y legumbres, pregonando los productos. Escobitas barrían las calles llenas de huecos, elevando una nube de polvo rojiza. Por ser nada menos de nuestra cultura tropical, los moto-taxistas esquivaban ágilmente los controles de las autoridades de tránsito. No, pues, no disponía de más minutos para darle los buenos días al vecino. Y es que hay despertares sumamente inesperados

que, a veces en aquel afán, tomamos cualquier medio de transporte, inclusive, nuestros propios pies.

Desechada la torpeza de una taza de café, abordé una moto-taxi rumbo al feudo universitario. Tan pronto me acomodé, la moto giró a la izquierda, enfilando hacia el sur por la troncal que conduce a la ciudad de Cartagena. Luego de bordear la plaza de mercado, el conductor tomó la congestionada avenida Luis Carlos Galán y cruzó el monumento de las vacas. A prueba de esquivar tantos huecos, al pasar el Parque Santander, en contra de la dirección de la marcha, volteé para ver las caras de los eternos madrugadores que llegan a tal sitio, dispuestos a pontificar sobre los vericuetos de la política regional y a enterarse de los chismes burocráticos derivados de la gobernación o de las alcaldías, vigilados, o algo así, encima de su pedestal, por la estatua de Antonio de la Torre y Miranda, a quien se le atribuye la fundación de Sincelejo, el 21 de noviembre de 1776.

Aquí, en Sincelejo, nada funciona con tanta diligencia como el servicio de infamia y chismorreos. En vista de que aquellos individuos atraían a otros contertulios, sin darles la espalda, la motocicleta derrapó con gran estrépito y dejó una larga marca sobre el pavimento y tomamos la calle Ford. Después de un breve rodeo, fuimos a dar a la portada de ingreso del claustro universitario, enmarcada por un enorme arco de ladrillos rojos y, a varios metros, los compañeros se movían captados por una idea fija: estudiar, estudiar, estudiar.

Yo vestía, íntegramente, pantalón y camisa del mismo tono, azul índigo; diría, casi que por dentro y por fuera. Al pagar el valor de la carrera noté en mí una emoción que me era familiar cuando intentaba abarcar de una mirada todo el conjunto universitario. Al fondo, la entrada a la rectoría; más acá, la cafetería atestada de estudiantes. Entre sí comparaban notas del último parcial, hablando de ello. Sí, allí entré mostrando la misma actitud de conquistador: besos de mejillas para las compañeras. No podía hacer caso omiso de ellas, y menos, cuando uno está rodeado de tanta belleza de mujeres sucreñas. Ese amanecer sí parecían caídas del cielo, pensaba, mientras las contemplaba. Translucían en sus caderas la comba de tobogán, la pequeña y necesaria comba de sensualidad que las vírgenes y las jovencitas tienen. Por eso siempre llaman la atención al caminar.

Y más adelante, el profesor de metodología conservaba el aspecto de haber bebido hiel pura para desayunar. Embutido en pantalón blanco y guayabera del mismo color. Su aparición en el salón de clases emanaba repugnancia, y había supersticiosos entre los alumnos, que callaban al verlo aparecer. Él, en cuanto se pillaba esta situación, comentaba:

—Ni la más optimista de las personas escapa de la tristeza, angustia, locura, desconcierto, que es el pan de cada día entre humanos.

En sustancia, tal apreciación sonó más explícita y acusatoria.

Respecto a la parte académica, no exponía nada distinto a lo que pone en práctica la tendencia neoliberal. En todo caso,

esta alternativa económica es excluyente. La gran mayoría de los gobiernos salen mal librados al aplicarla. Dicha fórmula conlleva a que el rico siga siendo más rico, y el pobre, más pobre. No hay la más mínima duda que esos gobernantes no tienen sitio en el cielo; nunca asumen la responsabilidad absoluta sobre los resultados adversos. El Fondo Monetario Internacional les da palmadas de ánimo y después les volteá la espalda cuando llega el desprestigio del método. Al ser desproporcionado que específicos países sirven de ejemplo, incluido el nuestro. Ahí está el caso del UPAC, sistema de financiamiento de vivienda que dejó a cantidades de familias en la calle. Al entrar en crisis el sistema, el Estado protegió a los bancos como lo sugiere el modelo neoliberal, más no a los deudores que lo perdieron todo. Entonces, ¿dónde quedó la equidad que pregonan los gobiernos de turno? Quizá, a todo esto, no demostrada la efectividad de dichas teorías, aquello que sería un propósito para reducir los niveles de pobreza, termina en contra de los hogares de bajos ingresos, creando una bomba de tiempo que nadie sabe cuándo irá a explotar.

La actividad académica en esa época, y creo que también ahora, no era ajena a los acontecimientos diarios del trasegar nacional. En lo que a mí respecta, dentro del salón de clases, el análisis de los eventos políticos se debatía con profundidad, y la mayoría de los profesores estaban pendientes de ellos. Los que poseían alguna simpatía o inclinación partidista, militaban en la izquierda, casi sin excepción y, la gran mayoría de catedráticos, más que apolíticos, eran antipolíticos. Pasaban por alto que la política consiste en el arte de contradecir las

ideas del opositor. No sólo sirve para comprender el fenómeno social, sino también, para afrontarlo a través de acciones focalizadas en los problemas reales, convertidos en monstruos de mil cabezas, peores que los de orden público, jugando el juego del gato y el ratón. Al interior de esta enmarañada democracia, en la que todo parece indicar que dependemos de cualquiera, menos de nosotros mismos, realmente, esto es la pura realidad, de la que nadie, sino el pasar de los años y ella misma, nos ayudarán a escapar el día menos pensado.

Este singular razonamiento conduce a la interpretación de que la política patentiza el lenguaje de Ser o no Ser ¿Por qué? Mirada por este lado la cuestión, la política en esta época de multiplicidad de partidos, se desarrolla bajo el urgente impulso de la necesidad y el desengaño, repitiéndose en todas las provincias de la nación. Así surgen las secuelas de la ignorancia. La razón es muy sencilla: el nivel de desinterés del gobierno nacional por el bienestar de sus gobernados, sus encumbrados funcionarios lo pasean a la altura de sus intereses personales. A tal extremo de insensibilidad que, así como van las cosas, en un futuro no muy lejano, hasta desaparecerá el acceso a la educación pública, sin saber a dónde y cuándo se fue este derecho fundamental consagrado en nuestra carta magna.

Y dada la fuerza de estas manipulaciones particulares, está por suceder, carente de justificaciones, en la nación no es raro que un mandatario pueda imprimir a nuestra sociedad sus intereses propios, mediante leyes que van en detrimento de los menos favorecidos. Resulta una obligación de los medios de comunicación alertar a la población sobre las decisiones que

están en germinación, próximas a ser inoculadas, convertidas en universo institucional. El Congreso de la República es el primero en allanar el camino para que marchen en beneficio de selecto grupo de personas enquistadas en las altas esferas del gobierno. Lastimado el ciudadano de a pie, ningún burócrata asume el atropello que causan tales leyes. ¿Qué es eso? Es la exageración de la aplicación de los intereses particulares o de un conjunto de principios neoliberales, basados en las nociones de la globalización.

El capitalismo, en la larga historia de su existencia, da por sentado el alto sentido de la riqueza, por mala apreciación, o más bien, por su deseo de atesoramiento. Considera que sus geniales principios económicos salvarán del colapso a la economía mundial. Jamás tienen la razón en todo, pues, sus propios intereses son una fiel representación de Ser o no Ser, lo cual genera la desigualdad social y política. Y la última verdad: cuando equis república se resiste a aplicar esas recetas de desarrollo que quieren imponerle, afronta represalias de naciones poderosas y de calificados organismos internacionales. Eso, habitualmente acontece en América Latina, aplicado con el mismo tenor del pensamiento que inspiró a tan reconocido economista, galardonado con el premio Nobel de Economía. No por eso deja de pertenecer al Ser o no Ser.

Teniendo el corazón donde se debe tener, cada vez que veía un compañero de facultad, preguntaba si me gustaría que pusieran en sus manos mis proyectos. Y sé que muy pocos se

atreverían a decir que sí. A las primeras de cambio, el instinto natural me llevó desde el bachillerato a recorrer un camino contrario, en el cual inicié una de las fases más activas del trasegar académico, más agitada y más fructuosa para mí y quizá para otros. Paso a paso fui levantando preocupaciones, enconos, celos, odios, no sé si envidias; hasta que aquel volcán de pasiones que había humeado entre la comunidad estudiantil, por mis aspiraciones de alcanzar la representación del Consejo Superior de la Universidad, estalló en un ruidoso acontecimiento del que todavía hoy llueven las cenizas.

Esto dio lugar a que, apenas llegué al Congreso colombiano, hace cinco años, alcanzada una resonancia de primera magnitud, el término paramilitarismo me asedia por todas partes. Los nombres de Enilce López Romero, empresaria del chance, apodada La Gata; Salvador Arana Sus, exgobernador de Sucre, y Álvaro García Romero, ex parlamentario sucreño, más bien llamado por todos, El Gordo García, nombres cuestionados, se mencionan por intrigantes periodistas de un modo hipócrita y solapado. Se trata de un tema que me sobresalta, y puedo sentirlo en carne propia. Los contradictores utilizan una maldad más que cancerígena. Alimentada por la envidia, hacen el mal por el mal mismo. Al igual que Judas Iscariote, elaboraron de ello un arma para intentar herirme en lo más íntimo que el hombre tiene: el alma, que nadie tiene derecho a tocar. Esto me ratifica más y más en mi propósito de ser siempre veraz; propósito que ha entrado a condensar el fondo de mi carácter, da testimonio de todos los actos de mi existencia.

Ya despierto el espíritu del contragolpe, en este párrafo me resulta posible recordar las controversias ideológicas que dejaron tantos derrotados y resentidos por mi habilidad para llegar a la base del alumnado y alcanzar la representación en el Consejo Superior de la Universidad de Sucre.

No conviene enunciar las estrategias de mi ascenso, convertir secretos en palabras, traducir recuerdos en sentimientos capaces de mover el alma, incluso, cosas tan buenas y severas como el amor y el odio. Y dichas estas palabras, comprendo que en un pecho tan grande como el mío reina una pasión incontrolable. Exactamente, en la derrota medí toda la fuerza de su efecto. ¿Cómo había merecido yo la bendición de semejante virtud? Bueno, considero que son dones misteriosamente asignados a los hombres, sin ser repartidos al azar.

Amoldado a las peticiones de mi mente, no puedo soportar el extenderme sobre este punto. Sólo diré que en la derrota de pública aspiración en el estamento estudiantil, ¡ay, inmerecida!, otorgada por el destino sin ser digno de ella, reconocí el principio de la revancha, y que en juego largo hay desquite. Qué bueno haber sentido el ardiente deseo de seguir en la lucha, una lucha que se agigantaba velozmente dentro del pecho. En virtud de esa correspondencia entre el alma y el cuerpo, soy incapaz de describir tal emoción. No tengo palabras para expresar esa ansiedad de triunfo, esa anhelante vehemencia de triunfar, sólo triunfar.

Y un atardecer, reciente y preciso, se me veía en la cara, se me oía en la voz, se me olía en el aliento, no sólo aquella derrota, además, la repercusión que tal evento produjo en mi estado de ánimo, cuando aspiré por primera vez integrar el Comité Curricular en representación de los estudiantes de Ingeniería Civil. Tras esta prueba, y ante inocultables aprietos económicos que atravesaban mis padres, tuve la tentación de desistir. Carecía de voluntad para organizar tan pronto otra aspiración, sin embargo, Vicente Vergara, estudiante de Ingeniería Agrícola, de contextura gruesa, ojos vivaces, algo alopéxico y sonrisa espontánea, junto a otros compañeros de ideales, me enseñaron a consolarme con los recuerdos y saber aguardar mejores vientos, seguros de una próxima victoria a pesar de la agresividad de nuestros adversarios. En fin, esos mejores vientos llegaron.

De acuerdo con el esquema del zodíaco, semestre tras semestre, cualquier mañana corrió por los pasillos de la universidad, como un reguero de pólvora, la noticia de mi postulación al Comité del Consejo Académico. A pesar de las dudas que tenía sobre el sendero a seguir, logré conquistar en franca lid esta representación. A los pocos meses, preocupado por el temor de haber esperado demasiado, renuncié al período para el cual fui elegido y aspiré al Consejo Superior de la Universidad, máxima autoridad universitaria, posee la autonomía de elegir cada tres años el nuevo rector.

A mi amigo Vicente Vergara, le gustaba que los actos sucedieran siempre del mismo modo. Convertido el asunto,

para mí, en una especie de necesidad, ya no sólo podía ponderar, sino también actuar; entonces, en varias ocasiones, mis otros compañeros de causa no lograron resistir a mis súplicas constantes de emprender otra campaña entre la población universitaria, dispuesto a pagar caro por la probabilidad de sufrir otro fracaso. Yo reunía los requisitos indispensables para tal postulación, consistentes en registrar un excelente promedio académico y una gran acogida en el estudiantado. Y en especie de una clarividencia, alcancé a observar que esta sería la última oportunidad para iniciar un revolucionario cambio en la masa estudiantil.

El hecho de estar ahora en Bogotá no impide que se apodere de mí un sentimiento singular, dado el instante, cuán profundo analizo las distintas clases de burlas y mofas a que fui sometido: el sarcasmo, la sátira, la ironía y la ofensa racial. En cada amanecer aparecían en las paredes grafitis en aerosol que anuncianaban:

—¡Qué negro futuro le espera a la universidad! Y otros tantos.

¿Qué cosa peor podía suceder después de aquella frustración de primíparo? Eso sí, no dudé ni por un segundo lograr tal propósito. Gracias a mis habilidades y conocimientos, manejé de modo amistoso las relaciones entre mis compañeros de estudios y profesores. Aprovechando las discusiones académicas y los encuentros con mis amigos alrededor del juego de dominó, exponía de forma sistemática, también, mi punto de vista sobre las falencias administrativa

del Alma Mater. ¿Y qué posición más deseable para mí que la de representante estudiantil ante el Consejo Superior? A decir verdad, ni la aspiración valía lo que ello representa. Esta conclusión creaba un vacío en la sucesión lógica de mis acciones. Éstas, aplicadas en exageración, me proporcionaría la satisfacción de la revancha. Lleno de un vigor descarado, a fuerza de oraciones, sentía mi corazón fuerte y ansioso frente el porvenir. Así, la primera derrota, el primer triunfo y la posible victoria final se trocaron en optimismo, convertidas en una sensata respuesta de renovación. Los amigos no descansaban de comentar y debatir en los foros y en la cafetería.

La situación no estaba clara. ¿De ser así, de qué me servía la experiencia? A la final no tenía que dar parte a nadie, y aún había un largo camino por recorrer, enfrentando mi cerebro a los cerebros polarizados de mis otros rivales. Y al luchar contra un embottellamiento progresivo de dudas, tampoco puede el hombre esquivar su destino, no son más que el fruto de nuestros propios actos, sea en esta vida o en la otra.

Ya servidos el debate y la discrepancia ideológica entre los aspirantes, sin temores a tantos riesgos, yo llevaba unos cuantos semestres, contando con mi enjundia y la audacia de alumnos próximos a graduarse; más allá de cualquier opinión subjetiva, mi determinación no me hizo dudar y, bajo la rectitud y el juicio, empezó este proceso político denominado IDEAS, ***Integración Democrática y Académica de la Universidad de Sucre***, en compañía de otros estudiantes, entre ellos Lucho Villafaña, Vicente Vergara y otro, al que llamamos San Jacinto,

dado su lugar de origen. Grupo de amigos que gozaba de un alto rendimiento académico. Algo curioso de resaltar: la mayoría de los integrantes del grupo procedíamos de ascendencia negra, o negros, lo cual fue un asunto circunstancial sin propósitos de connotación racial; inclusive, el resto de alumnos hacían de ello bromas de mal gusto, a través de volantes que ponían en circulación, señalando:

*—¡Los negros al poder! ¡Los negros se toman la universidad!
¡La negramenta se toma a Sucre!*

A raíz de esas frases, comprendí que la discriminación racial en nuestro departamento y el resto del país, es un tema que se mantiene mimetizado hasta cuando se tocan intereses que algunos creen de su absoluta pertenencia, lo cual no bastó para impedir que llegara al Consejo Superior de la Universidad. Puesta en marcha dicha meta, hasta determinados límites, el grupo ejercía el control académico con mis amigos Jesús Nova y Eduardo Urueta. Y en el Consejo de Facultad de Ingeniería Civil, que fue nuestro fuerte, actuaba otro compañero.

Ya en el entrevero de aguerrida resistencia de los contradictores, empezamos a notar que aquellos nos absorbían como única razón de ser posible en la universidad, donde todo lo demás parecía haberse anulado. Y paso a paso, a fin de cumplir nuestras metas, obtuvimos la representación en los diferentes comités curriculares en cada facultad. Por primera vez en la institución, logramos la fortaleza que otorga la unión de todos los delegados ¿Qué pasó con esto? A medida

que íbamos definiendo estrategias, todas las conquistas que obtenía en el Consejo Superior, el resto del grupo las hacía conocer a la masa estudiantil de modo anticipado, sacando provecho para el afianzamiento del grupo IDEAS.

En congruencia a los detalles, toda esa cuestión de ser líder estudiantil significó granjearme demasiados enemigos; en especial, cuando el mismo fragor de la disputa exige la instantánea validez del momento. La posibilidad de escalar en un instante dado lo más alto en la parte directiva del claustro académico, significó un punto de mucha importancia para emprender el sendero de mi liderazgo político. Puesto que esto apenas comenzaba, la difamación era encarnación y su sello: el chisme y el horror de la calumnia. Al entrar enormes fuerzas en la contienda, opté la necesidad de oponerme a las difamaciones de los rivales de turno y redoblé la altura del debate, basado en proposiciones serias. Por si eso fuera poco, menos gozoso que en la primera confrontación, y próximo de llegar las elecciones, la palabra derrota me hizo zumbar de dolor largo rato mis oídos, sentado bajo la frondosa sombra de un almendro en las afueras de la cafetería de la universidad.

En todo lo precedente hemos visto cómo se fundó el grupo IDEAS, y resultó importante tener presente que era imprescindible obrar. No podía mantener la boca cerrada y descansar sobre los laureles fragorosamente conquistados. Nuestros contradictores gozaban, supuestamente, de la simpatía de la rectora de tal período. La contundencia de su parcialidad los favoreció en las anteriores elecciones,

eso decían. El rigor inflexible de la no existencia de rivales de peso ideológico, conducía a la población estudiantil a votar necesariamente por ellos, quienes por demás, usaban los medios internos de comunicación de la entidad en su beneficio, seguros de que nadie se atrevería a enfrentarlos, menos, alguien que presentara otras alternativas de avanzada en dichas contiendas. Así pues, sin oposición real, aquellos autoproclamados consentidos del estamento administrativo nos dejaban a todos fuera de juego. La verdad, como decía aquel campesino de la Mojana sucreña: *a todo árbol grande se le puede hacer troja.*

En esta ocasión, suprimida de raíz por nosotros la palabra postergación, quedaban decenas de obstáculos por vencer. Lo único que nos faltaba era un poquito más de hambre de acceder al poder para no esperar que llegase el instante del conteo de votos. Basados en la simple observación y el cálculo de la astucia de los contrincantes, vimos la instancia de demostrar que teníamos opciones de posicionar el proyecto IDEAS.

¿Iba con esto a remover la amalgama inconformista del estudiantado? Amanecerá y veremos. Y gracias al susto de otra posible pérdida y al ajuste conceptual de una universidad con ganas de salir adelante, nuestro propósito consistía en que la institución no se quedara rezagada frente al concierto universitario nacional. Cada día se veía más notorio el deterioro de las instalaciones del Alma Mater. Sin embargo, sería injusto de mi parte no reconocer a la doctora Luz Stella

de la Ossa Velásquez, ser una de las mejores rectoras del centro de educación profesional, en toda su historia. En lo que concernía a la política interna, se percibía en el ambiente que por lo menos se acercaba un relevo de administración, e intentando ganar tiempo, que es la única riqueza del subdesarrollo, sopesé una a una las diferentes ponencias de la diversidad de aspirantes, y viendo cómo todo se insinuaba contra nosotros, no encontré mejor opción que intensificar el proselitismo en las bases. De todos modos ésa era la única manera de llegar a ellas.

Y constituidas las coordenadas indispensables de luchar de manera continua, una medida grande de fe es imprescindible, y reconozco que me gusta trabajar aferrado a ella, de veras que sí. Exento de demagogia barata y bajo otras fórmulas, una o dos de las más atrevidas propuse. La primera: una arraigada defensa del proyecto de alimentación para los alumnos económicamente menos favorecidos. La segunda: establecer una oficina de fotocopias a precios ínfimos para los estudiantes. Propuestas sencillas pero de gran calado ante las necesidades de un estudiantado, conformado en su mayoría por jóvenes provenientes de sectores populares y la provincia.

Al divulgarlas en la cafetería, la notable acogida generalizada, proyectó el preludio de un resultado arrollador a nuestro favor, lo cual me impulsó a elaborar la propaganda impresa invitando a votar por las iniciativas del grupo IDEAS. A manera de complemento, al llegar y al graduarse, los estudiantes mantienen su propia idiosincrasia sobre este asunto, así

que no tenía más que insistir en la discusión. A la larga, no resultaría una contienda fácil. Yo respiraba entre la espada y la pared, entendiendo que la suerte ya estaba echada. Cabe observar, que se trataba de una representación de absoluta responsabilidad. El compromiso de tales proposiciones, aparentemente, concentraron todo su poderío en el punto más fuerte de mí: el orgullo. Ese orgullo que sentía por mí mismo, ante esta aspiración. ¿Será posible que ése punto también se convierta en mi talón de Aquiles?

Usted sabe lo desmoralizante que en ocasiones resulta la política. Tal vez soy demasiado sincero en este sentido. En el efecto de causa, me negaba a dejarme engatusar de los otros aspirantes al Consejo Superior de la Universidad. Eso sí, tengo la madera de hombre honesto a quien no le llegó el éxito a través de una repentina ráfaga de viento de la sabana sucreña.

De momento en momento iba haciendo el mayor número de simpatizantes en los municipios de Sucre. Más que nunca, en el fondo de todo, hoy por hoy, a mí me costó abrir un espacio en la política regional y nacional, pasando por episodios inimaginables, objeto de la narración. Con innumerable emoción y gratitud soy capaz de comprender lo que tengo entre manos. Observo una genuina alegría en la expresión de mis paisanos, al recorrer sus veredas, barrios y calles. Al menos, está es la impresión que sigo teniendo. Previsto el alcance de estas manifestaciones, por más demostrativo y sonriente, prefiero saludar uno u otro, ahora o más tarde. El segundo, más bien que el primero, el campesino primero que

el doctor, el enfermo antes que el aliviado. En mí sentir, espero que nuestra amistad y ese inmenso cariño del pueblo hacia este hombre de pueblo, sea fuerte, siendo cada votante la escala para burlar la codicia de oportunistas políticos de Sucre y, por qué no, de otros tanto del país, a quienes les llegó el éxito a través de herencia familiar.

Y en lo que respecta al amor, tampoco hay que olvidar que tengo mi corazoncito. Leal a mis principios infatigables de insistencia, apenas acababa de cumplir veinte años. Aquí cabe destacar, sin comerciales, empezaron a pasar una serie de coincidencias a través de mi amigo Alex, compañero de otra facultad, hasta la tarde que me presentó a Milene Jaraba, mi futura esposa, estudiante de Zootecnia en la misma universidad. Tal vez por eso me entendió, y yo no. Me enamoré inmediatamente de ella; de su piel clara, de su siluetón de armas tomar, de su larga y copiosa cabellera, de sus ojos y cejas negras. Más esbelta —y eso que había renunciado a las zapatillas— en la universidad, bailando en una fiesta de su facultad, a ritmo de vallenatos me fui acercando más, y más, y más, pero mucho más, al estilo del bolero centenario de Nat King Cole.

Convertidos en un tremenda manojo de suspiros, delatamos la mutua atracción. Yo ni siquiera me molesté en comprender, menos en hilvanar un rin-rán que me arrullaba y me adormecía sobre su mejilla bajo la mirada sensorial de atentos compañeros que nos ponían la lupa en los tres fugaces minutos que dura la canción. Regidos por la

permisividad romántica de Cupido, tómanos asiento en una banca de granito negro bajo la frondosidad de un plantío de guaduas y, en calidad de exiliados de la soltería, procedimos a darnos el primer beso. Pasadas las vacaciones de fin año, ella necesitaba decodificarme para que su devoción hacia mí fuera más completa. Nunca creyó probable o posible moldearme a su gusto, estilizarme o sazonarme, como lo hubiese hecho un buen chef.

No pudiendo menos de aproximar las necesidades y los sentimientos, sin sombra de dudas, surgió una mutua coincidencia de cariño que consentimos, y de la que somos responsables. Dejando de lado los comentarios, participamos activamente en ella. Seducido a dimitir de los sentidos, entré en el juego de Casanova y me dejé atrapar.

Al cabo de ese instante, hasta hoy, le profeso una devoción de amor puro, pero acaparador. Se me convirtió en algo así como un talismán imprescindible de mi vida, rodeado de cúmulos de dificultades y de precauciones por mi condición económica. Y en fin, esto último podía interponer una especie de voto y acabar el romance y atacar la legítima intención de establecer un hogar.

Y hay que mencionar la impresión de aquel baile, prenda del recuerdo constante; produce regocijos en nuestros corazones. Seguramente, por el temor de no ser capaz de sostener una familia, requería, por si de pronto, encontrar una estabilidad económica. Eso sí que es ser realmente precavido. Por más que uno sueñe con otros lugares y otros momentos, hay que

tener medios materiales para disfrutarlos. Para concretar tal pasatiempo y según la conveniencia parte de la condición de tener un trabajo, unos ingresos. Yo, sólo estudiante, obtenía efectivo de mi esporádico oficio de moto-taxista y de taxista pirata nocturno en Sincelejo. ¿Cuántas veces? No tengo ni idea. Hoy, que las neuronas se pelean los recuerdos, evoco que mi madre había comprado un Renault 9, modelo 1980, bastante destortalado, el cual apodamos El Canario, y canta que cantaba al rodar, ocasionado por el traqueteo metálico, casi convulsionante, de sus desajustadas latas, dentro de las cuales cabían cuatro personas más el conductor. Inclusive, paradójicamente, a veces se convertía en furgón de carga cuando la ocasión lo demandaba, cosa que hoy en día desbarataría cualquiera de esos automóviles modernos.

El frontal de aquel carro estaba en peor estado de lo que usted habrá imaginado. El farol izquierdo no alumbraba y el derecho sugería la figura de una órbita ocular colgando de la cuenca al andar, pero alumbrando. Al terminar el recorrido lo encajaba a punta de golpes y, cuando arrancaba, se volvía a salir. Tengo que haraganear, en ese oficio eventual obtenía dinero para invitar a Milene. Valga decir, dejé las andanzas nocturna con aquellos compañeros de universidad que estudiaban los manuales de la campaña y los detalles logísticos para enfrentar la elección venidera.

¿Cuántas veces es destruida una obra para de nuevo tener que empezar? ¿Cuántos días y años pasan en presencia de un obstáculo que impide el paso? Infinidad de veces. Qué

fría respuesta aplicada a esta realidad. En este esquema, puesta a prueba la fuerza de mi razón, cuanto menos, sé esperar. Recurriendo al espíritu de la tenacidad aprendí que, en ocasiones, debe apelarse a las razones y no a los hechos. Lo que sí sé es, que obligado al inconformismo, todo el mundo me creía ambicioso, pero se equivocaron. Al revelar mis condiciones de líder estudiantil en el colegio de bachillerato Antonio Lenís, yo no pensaba en el dinero, y sigo pensando igual. Bien vale la pena verificar, adeudo más de que lo que tengo.

Y cuando logré el liderazgo universitario y me hice popular, me di cuenta que reunía los atributos indispensables para manejar la popularidad: soy sencillo, amable, y sigo siendo del pueblo, el hijo de una maestra de escuela pública y de un comerciante informal. Jamás lo niego, y sobre esa convicción es bajo la cual he procedido siempre. Ya lo creo, y basado en ese principio, no desespero ante el embate de tantas exageraciones destructivas. La calumnia es un vicio difícil de abandonar por quienes la practican, que con su absurda visión desean mandarme al cuarto de San Alejo. Curioso hecho que había notado en singular sector de la prensa. A la espera que pase algo en mi contra, jamás destacan que al gastar parte de mi juventud en el vertiginoso ascenso de líder estudiantil, procedente de un barrio marginado, la fuerza de voluntad me condujo a fundar un movimiento político: *Cien por Ciento por Colombia*.

Todo indica que una mala estrella en común ronda a los hombres venidos de la pobreza. Obligados a levantar, uno a uno, todos los andamios del teatro del éxito, crear el teatro

de los electores, el teatro de los enemigos, para así poder exhibir todo el potencial del político, dejando al descubierto maquinaciones y contradicciones construidas por individuos dueños de motivaciones malsanas. A raíz de ellas, hace miles de horas mi honor está en juego. Este injusto ensañamiento, ya más de medio país lo sabe. Refiriéndome con justicia a todas las formas y géneros de la sinceridad, reitero que soy inocente. Lo confesaré todo aunque me cueste la vida, sin despotricular de nadie, nunca de nadie, sólo expondré la verdad.

Ellos y yo terminaremos absolutamente solos, y cada uno en un punto cardinal opuesto, como nunca lo imaginamos. Esta convicción es la columna vertebral de mis pensamientos, pues somos insensatos en nuestro orgullo, que en este relato obra como un auxiliar del coraje. Siento de mi parte una fe inquebrantable, dada que mi conducta aparecerá a los ojos de mis contradictores más alta de lo que en realidad presumen. Sólo comprendo que, para mencionar alguno de mis secretos, la recompensa tiene que ser enorme de parte de usted señor lector, no para obtener su absolución, sino, para que usted mismo juzgue estas calumnias, diseñadas para confundir, y conocido el propósito el pueblo debe saber distinguirlas, a fin de que no consienta asimilar tales manipulaciones engañosas, a través de contados medios de comunicación.

En definitiva, todo cambia, y el proyecto siguió adelante. Más fuerte que sus componentes individuales, la masa estudiantil marchaba en busca de nuevos horizontes, indiferente a la provocación de los otros grupos que pretendían sacarme de quicio. De algún modo, difícil de explicar, a través de

docentes, empleados de la institución y alumnos, obtuvimos contribuciones voluntarias para desplazarnos a otras sedes de la universidad y difundir nuestras propuestas de renovación. Finalmente, acercándose a pasos agigantados la hora cero de tales elecciones, recurrimos a todas las modalidades de transportes, inclusive, al burro-stop; en la región de la Mojana, lo cual puso la nota jocosa del recorrido; sentía en mis espaldas y en mis hombros el apretón del sol similar a un consejo de perseverancia

Montado en un asno cargado con un bulto de arroz en cada lado, aspiré el aire húmedo de los pastizales para limpiar los pulmones del *“smoke”* de la ciudad y disfrutar la vista de los despejados cultivos de arroz, asediado por legiones de mosquitos y teniendo de fondo los senos azules del mítico cerro El Corcovado. Aquel camino advertía una hendidura erosionada por las riadas del invierno y el paso incesante de tractores cargados de toneladas de arroz, demasiado profunda para ser un sendero y demasiado recta para ser una zanja. En lo alto, una concavidad de árboles campanos tejía una especie de cueva que se aclaraba contra el cielo por encima de nuestras cabezas. El asunto se iba haciendo cada vez más importante. Había invertido demasiado esfuerzo en esta determinación para desistir, obra del peligro que avizoraba en esa explosión de naturaleza viva. Las víboras ahí son sumamente venenosas. En auto-stop completé la cruzada a las otras sedes de la universidad. Yo había avanzado más que nuestros ideales en el derrotero que habíamos trazado.

Cualquier tarde, cuando en Sincelejo el sol se escondió entre las nubes y la ciudad empezó a refrescarse, una emoción caudalosa me conmovió al estar rodeado por estudiantes inconformes en la cafetería. Alrededor iban y venían otros alumnos; alzaban la vista sobre los hombros de la montonera para verlo todo, oírlo todo. Las paredes laterales del conjunto adquirían por las noches frases que anticipaba el siguiente graffiti de rechazo a la propuesta del grupo IDEAS. En todo caso, yo estaba parado allí, haciendo uso de la oratoria.

Poblada de estudiosos, en una prolongación de sí misma, la cafetería se transformaba, de un área de tertulia, en un recinto que medía la popularidad de los aspirantes. Siempre dábamos bandazos sobre la política regional con su abanico de intrigas y fascinaciones. Una vez acomodados, venían los debates ideológicos, inclusive, religiosos, sólo por pasar un rato divertido o ameno. Como hecho anecdótico, el compañero Pedro Herrera, estudiante de tendencia materialista, pese a proceder de una familia católica, aseguró no creer en La Sagrada Biblia. A fuerza de gula atea, afirmó que contenía miles de mentiras, refiriéndose específicamente al guerrero que mandó a parar el sol y al milagro de las Bodas de Canaán. Terminada la intervención, pareciéndole bueno su desplante, se dirigía a la salida sin volverse para despedirse de los otros contertulios.

Por temor, por respeto, por ser creyente de Dios, voy a decirle que él, sin poderlo evitar, muy por encima de sus aparentes convicciones, en noches tormentosas recurría al libro sagrado

para apaciguar sus miedos. Al amanecer, ya despierto, narraba que la madrugada había sido un episodio sombrío. Lleno de pánico escuchaba aullidos de perros desesperados y rechinar de cadenas alrededor de su vivienda, sumado el batir de alas y el correteo de garras, encima del techo. Sería inútil negar, que no podía soportar más que la pena de su conciencia, oculta en el pudor o en la penumbra.

En ese orden de ideas, incrementándose el fragor de la contienda, habíamos comenzado a laborar en la nueva estrategia. El método de trabajo para la implementación del plan se tornó sumamente minucioso, y ocupó días y noches enteras. Tuve que redoblar la jornada, en cuanto mezclaba el oficio de moto-taxista, y por cumplir con el compromiso del pago de las cuotas de la matrícula en la universidad.

—Nadie puede dudar de mi pobreza, y apelo a ella, para demostrar a los que han escogido llamarse mis enemigos, que así me pagué los estudios universitarios, junto al esfuerzo de mis padres.

Dominado por una especie de desesperación, eran más bien pocas las horas que lograba dedicar al sueño. En medio de este panorama, estremecido por el discurso de las partes en contienda, y tratando de buscar espacios a mi propuesta, acaso por un impulso iconoclasta, ubicado en el centro de la cafetería indiqué:

—Muchos de los que estamos aquí procedemos de hogares humildes, y otros, de la provincia en procura de conseguir un

título profesional. ¿Ustedes consideran que podría ser yo quien los represente y a la vez creer en mis propuestas renovadoras?

A la par veía a Vicente y a mi amigo El Griffith, alumno de tez morena; sin meterse a redimir culpas ni bendecir ángeles, se pasaban los dedos nerviosamente por el cuero cabelludo sudoroso y, luego, movían las manos, las cortas y trigueñas y aleteantes manos. Vicente, en un movimiento complicado, se levantó de entre la multitud, caminando ágilmente, se acercó hasta mí y exteriorizó:

—Nosotros no somos actores, y tú no lo serás hoy. Supongo que jamás nadie habrá cuestionado la gestión de los opositores y sus efectos negativos en la comunidad universitaria en tantos años. ¡Atácalos! ¿Verdad? ¿No es cierto? Me preguntó con tono vehemente:

—¡Quizás! —respondí mirando a Milene que permanecía sentada en primera fila. Ella asistía con frecuencia a los debates que sostenía con mis contrincantes. En sus dedos sostenía una fotocopia de mi proyecto electoral. Exponiendo un costoso idealismo juvenil herido, con inmensa sensibilidad, exclamé:

—¡Por el amor de Cristo, basta ya! ¿Cómo diablos empezó esto? No lo empecé yo; o por lo menos, no quise empezarlo. Bastante significa ver a mis compañeros de estudio carecer de una básica alimentación. Estamos practicando el proceso de fotosíntesis y, por sobre todo, volviéndonos productores de clorofila, en un acto de imitación a las plantas. Ellos confirman esta realidad. Beben agua y se exponen al sol, igual

que las plantas, por no tener nada que comer. Cómo no va a conmoverme verlos anclados en una atmósfera surrealista, aglomerados alrededor de los árboles de pera pequeña que la mayor parte del año dan frutos para saciar el hambre. Qué triste y deprimente espectáculo observar a quienes son nuestros amigos en esa desagradable tarea. De veras que sí, siento que estoy próximo a las lágrimas, dado el motivo de que aquí no disponemos de un comedor similar al de otras universidades.

El auditorio permaneció callado no menos que significantes quince segundos, hipnotizado por la tenacidad fuerte de contundentes argumentos. Ayudó a que yo tomara aire. Sólo hacía falta vocear para que la laringe me dejara afónicas las palabras. Y encajada en parámetros de aprobación, dentro de virulento contagio general, arreció la lluvia, sí, lluvias de aplausos, vivas, hurras, demarcado por la traviesa y atractiva aventura, continué:

—Por sí sola, la administración no muestra ningún interés en mejorar las condiciones académicas y menos mejorar la difícil situación de numerosos estudiantes que padecen física hambre. A todo esto, aunque parezca increíble, subsisten comiendo frutas de árboles silvestres que están en nuestras instalaciones. Para poner más equidad, más que el reflejo de una circunstancia social injusta, se requiere un revolcón definitivo. Buscar todas las posibilidades legales para este humano propósito. Si llegamos a concretar esta propuesta, sería justo revisar periódicamente su desarrollo y ajustar los

procesos a la evolución de las necesidades de los estudiantes. Este, sin duda, sería un conjunto de acciones que reducirá el índice de deserción universitaria. Expuestas estas utopías benevolentes, el Consejo Superior no podrá desechar ninguna herramienta que conlleve a la eficaz tarea de erradicar la problemática; así y todo, no podemos dejarnos mamar gallo de nadie, menos de los directivos; nosotros somos la universidad.

Aprovechando la oportunidad que brindaba el auditorio, dirigiendo la vista a distintas parte y, en una incontinencia verbal, me extendí.

—Tal vez este concepto suene algo injusto y hasta equivocado. De hecho, de muchas maneras, ellos no han querido interpretar los valores intrínsecos del estudiantado. A raíz de este manoseo, la comunidad protesta cansada de los repetidos abusos en el incremento de las matrículas, de la suspensión de servicios académicos. Frente a este despotismo, hay que poner punto final a las interminables vejaciones y arbitrariedades ejecutadas a nombre de la administración, dentro del perentorio lapso en que yo permanezca en el Consejo Superior de la universidad.

Plantado en el centro de la cafetería recibí una estruendosa ovación. Sudando ligera, pero continuamente bajo las axilas, sentí el fragor de la confrontación. Para ser exacto, la recriminación daba a entender que ella misma ya tenía la respuesta, más allá de sus dimensiones netamente pragmáticas.

Fue la semana siguiente cuando se llevó a cabo la votación, el inicio de un destino, el inicio de un nuevo comienzo. El arribo del futuro, y su tradición, se configuraron para ser una misma cosa: el triunfo arrasador en dichas elecciones. Transcurrían tiempos endemoniados de esos que corren en tropel, vertiginosamente. Época importante en mi juventud, previamente, previsto me olvidé de mí mismo para dedicarme a la causa que abracé. Gracias a la fuerza de la creatividad, sólo encarnaba a un universitario curtido de infinidad de teorías filosóficas, aprendiendo a creer en la lucha por los de abajo. Esta teoría, demasiado arraigada en mí para ser olvidada, intenté ponerla en práctica, por lo menos hasta la fecha, en el Consejo Superior, cuando el esfuerzo de una victoria me condujo a conocer al doctor Salvador Arana, gobernador del departamento y presidente del Consejo Superior de la Universidad de Sucre.

Fuera del sentido tema que se trató en la elección universitaria, quizá yo no sea un ejemplo de virtuosismo moral, pero tampoco soy amoral. Sin embargo, hubo ciclos en los que llegué a presentir los contratiempos que podrían surgir por esta relación institucional de trabajo con el mandatario departamental.

Bien vale analizar que en mediáticos casos no se puede estar en desacuerdo con los valores adoptados por un puñado de personas radicales sin que éstas traten de enlodar tu nombre. Sucede cuando uno se aferra a un ideal y trata de hacerles saber que para uno es una idea sólida, no para ellos.

A veces, pueden surgir de ello, resultados graves. Condenado ya a la picota pública, por lo que a ellos respecta, es lo mismo que uno les estuviera diciendo que sus ideas no valen nada; que ya pasaron de moda y de ese modo molesta al sujeto. Comprendida esta sutileza, la gente prefiere ser cualquier cosa, menos nada. Ahí están ciertos políticos de Sucre, tildados de no tener alma, señalados de indolentes frente a las necesidades del pueblo, pero prefieren que se les estigmatice de cualquier forma, primero que ser ignorados y no ser nada, igual a un pan que nadie come.

A lo largo de aquel período académico, apoyados en el anterior ejemplo, les daría motivos al grupo opositor para sindicarme de amigo íntimo del gobernador y, relegados a un segundo plano, ya no les quedaba nada por lo cual hablar; nada más que quizá, sea por eso que hasta hoy no me dejan de fastidiar. Y en el propósito de atomizar mi proyecto político, notables reporteros la tomaron como un hecho veraz. Aprovecho el párrafo para no pasar por alto y hacer las siguientes preguntas a estos reporteros que me atacan: ¿Dónde se ubican políticamente? ¿cuál es su ideología?

En alerta roja, esta son interrogantes de doble filo para un periodista razonable. Se supone que oculta alguna simpatía personal guiado por el resplandor de las influencias y, por lo tanto, asedia a un dirigente político a quien admira. Eso es lo que yo diría que es él en parte, y no lo sabe. Mas, no es lo que refleja en sus juicios de opinión. En esta época, sumamente cambiante, otros columnistas optan posiciones camaleónicas

y mudan constantemente de tono. Unas veces resultan de derecha, otras veces de izquierda. En fin, si responde esta interpelación comprometedora, pone al descubierto varios elementos desconocidos, el periodista.

No estaba seguro de que aquel fuera el instante adecuado para esbozar esta pregunta. Y las conspiraciones no faltan, con todo el veneno que destilan. Fuerá cual fuera la auténtica relación institucional entre el señor gobernador y mi persona, nació en función a que él presidía el Consejo Superior de la Universidad, la cual creció por identidad conceptual entre nosotros, frente a la gestión de la rectora Luz Stella de La Ossa. A través de un consenso mayoritario, los miembros del Consejo Superior establecimos políticas de temas administrativos en aras de mejorar el funcionamiento del claustro universitario y las condiciones de tantos estudiantes huérfanos de recursos económicos.

Yo, sin traicionar mis propuestas de campaña, mucho menos a quienes me eligieron, convencí al grupo mayoritario del ente directivo, presidido unas veces por el señor gobernador, otras, por su delegado, dispuestos a mejorar las condiciones de tantos compañeros llenos de afugias básicas. Entre otras, se obtuvo la reducción de costos de derechos académicos, habilitaciones, certificaciones, derecho de grado y diferidos.

De vez en cuando, inclinado muchísimo a la opinión de tomar las de “villadiego”, el gobernador de aquel entonces, ahora condenado como autor intelectual del asesinato del señor Eudaldo Díaz Salgado, alcalde del municipio El Roble

(Sucre), acompañaba al presidente de la época, doctor Álvaro Uribe, cuando el amenazado le advirtió:

—¡Señor Presidente, a mí me van a matar!

Esta lugubre premonición fue anunciada en marzo 3 de 2003, durante el desarrollo de un Consejo Comunitario presidido por el Presidente de la República, llevado a cabo en la ciudad de Corozal, Sucre y transmitido en vivo y en directo a todo el territorio nacional, a través de la televisión institucional.

A la larga, el caso que involucró al doctor Salvador Arana, no sería un hecho aislado. El departamento de Sucre, desgraciadamente, constituía un territorio azotado por las acciones de grupos paramilitares que se habían asentado allí, sin que se notara mayor esfuerzo de las autoridades responsables de la seguridad para controlarlos y combatirlos. Para nadie es un secreto en Sucre, los miembros de esta organización criminal se movían como Pedro por su casa en las áreas bajo su control. Efecto de esa presencia, no resultó extraño que otros personajes de la política regional hayan sido sindicados de colaboradores de estas organizaciones al margen de la ley.

Siguiendo el hilo de los acontecimientos, espero rebatir por una causa extraordinaria, esta sea la oportunidad para poner en claro que mi hijo mayor, hoy de apenas once años de edad, de modo coincidencial lleva el nombre Salvador. A partir de este hecho, la cofradía de enemigos, en disposición de montar un escándalo mayúsculo, han construido una relación

controversial, aseguran que se llama así por ser ahijado del exgobernador. En el terreno de la verdad, el niño, demasiado enfermo, y yo refugiado en las plegarias, imploré un milagro al Todopoderoso. Dicho sea de paso, una vez escuchadas las oraciones, decidí junto a Milene escoger el nombre en cuestión, puesto que tenemos la certeza de que fue salvado por la misericordia de Dios, y de rodillas frente a un crucifijo de madera, aproveché la ocasión para renovar mi fe en el Creador.

A manera de información, mi esposa es cristiana y yo católico. Esa es la prueba real de que nuestro hijo Salvador nunca ha sido bautizado en la iglesia católica, apostólica y romana, pues, hemos decidido que él y nuestros demás hijos escojan su credo cuando su corazón y el propio discernimiento se los dicten. Por tanto, desarticulada la leyenda urbana, Salvador Acuña Jaraba carece de padrino bautismal.

Y en la medida de mis tratos institucionales, nunca le descubrí una falta al señor exgobernador. A decir la verdad, mientras el doctor Salvador Arana Sus huía de tales sindicaciones, públicamente, desde la Asamblea Departamental, en mi condición de diputado, lo cominé a entregarse a las autoridades y aclarar su situación jurídica. Sorprendía su forma de proceder al tratar de evadir la justicia; empero, tenía la escondida esperanza que todo se resolvería a favor del sindicado.

Mas en esto, de modo breve menciono al excongresista Álvaro García Romero, apodado el gordo García, y otros,

condenados por tener nexos con grupos de autodefensas. Hubo una cadena de crímenes dolorosos y reprochables como el de la fiscal Yolanda Paternina, quien ofrendó su vida intentando valientemente develar esa estructura mafiosa y criminal que pretendía tomarse el departamento de Sucre. Dolorosamente, en ese marco de violencia y de miedo, transcurría la vida de las familias sucreñas.

Las apreturas de la mala suerte de mi padre y la falta de competitividad en sus negocios, el sostenimiento del hogar recayó, desde los principios del matrimonio, sobre los hombros de mi madre, concurriendo mi papá, solamente, en épocas de vacas gordas. Y bajo la presión de la estrechez en que nos criamos, vi resaltar el espíritu de mi madre, doña Leonarda, antídoto perfecto contra el desaliento y la desesperación. A mis veintiún años, y en esas condiciones, al ganar las elecciones universitarias, el de los más grandes cambios fui yo, cuando mi abnegada mamá y mis hermanos se privaban de muchas cosas para comprarme ropa, y pudiera asistir bien presentado a las sesiones del Consejo Superior de la Universidad. Aquella manera de ser generosos me atravesaba el corazón y, además, ellos comentaban a escondidas:

—A Yahir, ese oficio de moto-taxista no le da ni siquiera para comprar una guayabera, de esas de bajar con vara.

Tarde que temprano, algún petulante me dejaría entrever el desprecio hacia un negro pobre —a cuya etnia me siento orgulloso de pertenecer— pero triunfante en mis propósitos, pues, a los ojos de aquella gente, yo no era más que eso. Ahora

bien, convenientemente, a pesar de una reacción alérgica a las elegantes reuniones de alto nivel, me dejé arrebatar por el gozo, sin duda muy vivo, de estar en buenas relaciones al lado de personajes gestores de la actividad social y económica del departamento. No quería emular aquel francés atolondrado que mató la gallinita de los huevos de oro. Ejerciendo la virtud de la paciencia, tenía al alcance de mi mano altos funcionarios gubernamentales, de una u otra forma, determinantes en el ejercicio de sus cargos. Y es allí donde, precisamente, nace el deseo de incursionar al debate de la política regional, por el acertado sentido de superación, llegando a establecer una excelente relación institucional con el entonces gobernador de Sucre.

Las semillas de ese mancomunado trabajo en la universidad trajeron la cosecha de numerosas calumnias. Algún sector de la prensa siempre hace alusión a ese vínculo, con suma perfidia, al punto de ser desproporcionada. En vastos despliegues informativos, la conjetura resulta bastante delicada para agredirme. Tema puesto sobre el tapete a través de diferentes medios de información. Y no fue menester más comentarios de estos para empezar a defenderme a capa y espada de alevosos ataques. Inclusive, aplicado el principio de la mentira funcional, se podrían inventar cosas peores de mí, y las habría capeado representando el papel de un experto mantero de corralejas. Los esfuerzos por aclarar mi inocencia en los medios de comunicación son casi patéticos, comparados con la imaginación extraplanetaria de mis detractores. Están tan llenos de odio que tienen la necesidad de desacreditar

para poder seguir viviendo, y de difamar, al lanzar nuevas acusaciones sin bases reales. Persiguen inclinar la opinión pública en mi contra, ajena a su modo de pensar y de proceder.

No se puede echar en saco roto, que en la persecución de un hombre inocente tomaron las acusaciones de los perdedores en la elección de la universidad, tildándome de tener vínculos con los paramilitares. A estos argumentos y a otros semejantes, los convirtieron en apologías de odio sustentado en la tergiversación de hechos y circunstancias que llegado el caso pretenden mostrar como conductas punibles. Eso me llegó debajo de la piel negra. Sólo entonces, para meter bulla y azuzar, esos absurdos comenzaron a afectarme, al punto de recibir amenazas de grupos al margen de la ley. Sin dilación, me obligaron a buscar protección en los servicios de seguridad del Estado.

Y al igual que en las estadísticas, deseo especificar singulares conquistas de mi gestión en dicho Consejo. A pesar del hermetismo inicial de los integrantes del ente directivo, había entendido y había logrado instigar los más diversos intereses a favor de nuestra causa: almuerzos estudiantiles, amnistía para aquellos compañeros que habían perdido tres veces la misma materia y su retorno al claustro para concluir sus estudios profesionales, creación de una biblioteca de varios tomos del mismo título para facilitar a los alumnos la consulta en casa, el centro de fotocopiado a precios irrisorios y rebaja de matrícula.

A la sazón imperante de la visión perfecta y total de lo que es justo, el Consejo Superior se inclinó claramente a favor de dichas iniciativas. Por mi parte, tampoco podía hacer algo distinto fuera de *moto-taxiar*. Resultaba este oficio inconcebible a los ojos de todo el mundo, desnudando mi honesto desinterés. Yo estaba a años luz de lograr estabilizar mis ingresos económicos. Lejos de divisar en el horizonte algo concreto que pudiera cambiar tal situación, me había convertido en el blanco de la pobreza y, a la vez, de una fuerza metafísica para vencerla en cualquier oportunidad.

Y aquellas necesidades vinieron en ayuda para producir un efecto; aplicado el principio de humanizar la universidad, todas las propuestas fueron aprobadas. Otra fuente para transcender desde la institución educativa, en calidad de miembro del Consejo Superior, sin comedimiento alguno, formé parte de varias organizaciones a nivel nacional, en la cuales se defiende el derecho que tenemos las personas de escasos recursos para acceder a la educación superior. En otro capítulo importante de esta gestión se logró conformar la Federación Nacional de Representantes Estudiantiles, de la cual soy uno de sus fundadores. Hoy día aglutina la mayoría de las representaciones estudiantiles de Consejos Superiores de las universidades públicas colombianas. Otra conquista importante por destacar, fue moldear mecanismos de financiación adecuados para el pago de la matrícula de los alumnos más vulnerables. En este instante que se alinean los planetas, conviene tener presente, conseguí un mayor apoyo a

las actividades complementarias a lo académico, mejor dicho, me refiero a las actividades deportivas y lúdicas.

Estos fueron las metas destacadas durante mi permanencia en dicho organismo. Más aún, el hecho de estar en el Consejo Superior, bien podría decirse es la junta directiva de la universidad, me permitió adquirir un vasto conocimiento, no solamente de la cuestión académica, sino también, de la estructura burocrática del manejo de la institución: la organización presupuestal y el funcionamiento administrativo de la universidad.

Y en materia de organización, me empapé de la gestión pública. No se puede ocultar, al interior del claustro universitario, el movimiento estudiantil IDEAS tuvo crucial reconocimiento por la mayoría de estudiantes y directivos. En aquel semestre comencé a pensar en la reivindicación de los derechos de las personas más desposeídas y en la gestión por los más vulnerables, no sólo en el Consejo Superior de la Universidad de Sucre. Hecho aquel nunca visto en nuestro medio, y partiendo de una inquietud más alta, consideré que en esta coyuntura era posible hacerlo, desde una corporación pública. En esta oportunidad, me refiero al Concejo Municipal de Sincelejo. A lo más, a lo más... y no del todo, generé una situación que se volvió irreversible. Recibí el aliento de ciudadanos de todas las condiciones sociales. Ni mucho ni poco, me motivó a aspirar al cabildo local. Ahora, modesto y aparte, aproveché mis dotes de orador para mostrar mi habilidad delante del público. Digamos, provoqué una mayor

adhesión de las clases populares a mi aspiración rumbo a la corporación pública mencionada.

¿Iba realmente a ocurrir así? Me repetí excitadas veces la anterior pregunta; no podía creerlo. La campaña bajo la influencia popular se puso en marcha. Con asomos de novedad, incluida la considerable adhesión de simpatizantes, la fuerza de estas conquistas empezó a mover el péndulo político a mi favor, no dejando alternativa distinta que la búsqueda de acuerdos con algún partido tradicional para obtener el aval electoral y pretender llegar al Concejo de Sincelejo. Más o menos a la par, y con las mismas características de lucha, había cultivado una credibilidad ciudadana sin precedente. Así fue. Surgió una apabullante realidad que nadie podía controlar. Puesto que la voluntad del pueblo es inmanejable, en sucesivas regiones, la fiebre de llegar a los cargos por elección popular también surgió entre artistas, faranduleros, deportistas y jóvenes universitarios, por el carisma de varios líderes nacionales inmolados. Algunas de estas ambiciones electorales estaban contaminadas de tragedia; entre ellas distaba todo un mundo.

Pasaron unos meses y, dentro del esquema de la elección universitaria, aprendí la preparación de cuadros políticos por comunidades, las enseñanzas del hambre, del marginamiento, y cómo buscar financiación y apoyo. Entretanto, llevado por su propio impulso en una mezquindad fija, uno que otro periodista o político reconocido se burlaban de tal aspiración. En confianza, palabras más palabras menos, a medida que

desfilaban las jornadas, mi candidatura cogía fuerza mientras este fenómeno popular venía siendo presionado a través de emisoras, artículos de prensa. Acorde a la naturalidad y su carácter, manifestaban que carecía de auténtico perfil político y de liderazgo. ¡Qué equivocados estaban! ¿Cómo describir sus excusas cuando llegué al seno del Concejo Municipal? No me resultó precisamente agradable tener que exponerles mis pretensiones, tan justas y evidentes, que en semejante asunto no había campo para simpatías o antipatías personales.

Por consiguiente, ocasionada esta extraordinaria agitación popular, aquel equipo que me condujo al Consejo Superior volvió a agruparse de un modo singular. Sobre este punto no cabía la más mínima duda: tenía que renunciar al cargo logrado en el Aula Mater. Faltaban escasos dos días para no inhabilitarme. Situados en la cafetería de la universidad, Milene y otros compañeros me rodeaban, mientras, detrás de mí, un apreciable número de alumnos de los primeros semestres forcejeaban en procura de un recuerdo, una foto. Seguí avanzando entre los presentes, visitando cada mesa. La admiración de los amigos me producía una especie de escalofrío. Instalado en el costado sur, Tomás, estudiante de rostro pálido, adquirió un matiz rubicundo al arengar:

—¡Viejo Yahir la vamos a sacar del estadio!

En la marcha general de estos acontecimientos, la pasión me dictó, más de lo que creía posible, no abandonar lo iniciado, lo cual significaba demasiado para mí y mis compañeros.

Trayendo consigo sus diversas ecuaciones de intrigas, esto sucedía antes que aparecieran los escándalos de la parapolítica en Sucre, no temporizó posible adivinar el desenvolvimiento de los hechos políticos de donde parten las injurias que amenazan mi honorabilidad. A partir del refrán popular que la verdad no se entierra con los muertos, supuse, que si no lograba romper la cadena fatal que me ligaba al doctor Salvador Arana, gobernador de esa época, yo sería el punto de mira de millares de ojos, pasando los límites de la maleficencia de señalamientos infames, dando expansión al placer de la calumnia, que significa en nuestro medio el pan de cada día.

Más avanzado el año, cediendo a los impulsos que me empujan hacia adelante, ha sido para mí una fuente de singulares consideraciones no ceder frente a los obstáculos. Sospechaba que en algún instante, de esto, tenía que sobrevenir una recompensa. No podía ser todo tan azaroso a esa edad en que no era más que otro desempleado sincelejano. A causa de esto, no es de extrañar que hombres razonables, sensibles, se sienten a veces amargados y desilusionados; emociones inseparables después de todo, cuando se trata de superarlas. No de otra manera, y por la misma razón, sin correr el riesgo de ser pesimista, sólo por una pura casualidad, estuve a un paso de claudicar, hecho que no deseaba mi corazón. Aparte, tampoco había podido advertir el período de madurez en que iba a entrar, donde la gente buena le hace competencia a las personas que actúan con doble moral, unos, ocasionalmente y por improvisación, otros, permanentemente y con gran maestría altamente productiva para ellos. Consentido

y voluminoso, por mutuas aproximaciones se producen frecuentes contactos entre ambos grupos. Posado no lejos del centro, no sé si le adeudo demasiado al destino propicio que me mantiene alejado de la tentación de pertenecer al segundo conjunto de individuos.

La loca y malvada realidad no quería dejarnos en paz. De alivio, más que nada por asociación de ideas y por los progresos políticos, llegamos al centro de la ciudad a comprar el periódico *El Meridiano de Sucre*. Examiné los alrededores, tiendas de ropa, ópticas y otros negocios menos fáciles de identificar. La mayoría de edificios son de dos plantas y ninguno más de tres. Y al tener la prensa en las manos logramos leer:

—*Yahir Acuña propone su nombre al Concejo de Sincelejo.*

Justo cuando pensaba que la prensa no destacaría tal aspiración. Ahora más a fondo, más claro y abiertamente, el rotativo resaltaba mis logros estudiantiles. De cara a tal comentario, consideré, definitivamente ése era el instante propicio para actuar. Eso sí, a la vez me infundió un temor molesto pensar que el comentario del periódico se pudiese transformar en espejismo. Y digo espejismo, puesto que este giro inesperado de la prensa me ocasionó demasiadas dudas. Tras la lectura, no tenía la intención de acatar el llamado de un incisivo periodista para un reportaje en la emisora radio Sincelejo, la más antigua del departamento. Pasado el punto de no retorno, intervino Milene:

—Precísamente, cuando el periodismo se ocupa de ti, no vas a desperdiciar tal oportunidad por nada del mundo.

Los últimos tres días la tensión del ambiente político había sido palpable y, a todo esto, deduje que en dicha entrevista había mucho que ganar y poco por perder, y aprobé visitar al reportero. Fluía el mediodía. Muy despacio regresamos al vehículo. De buena gana le propuse a Milene dejar el destortalado Renault 9 modelo 1980, prenda de recuerdo de esta odisea, estacionado alrededor del Parque Santander y abordar un taxi para evitar complicaciones al llegar a la emisora, Esto sí, por la publicación amanecimos contentos los unos y los otros. Sólo una cosa resultaba muy evidente, y sucedía que teníamos por delante una ardua campaña electoral, sin recursos económicos. Carecíamos de todo. Sólo poseíamos de activo las ganas de alcanzar dicho objetivo: el Concejo Municipal.

A través de los micrófonos, atendiendo el generoso apoyo recibido de numerosos sectores de opinión, puse mi nombre a consideración de todos los conciudadanos, como candidato al Concejo de Sincelejo. Seguro que con la ayuda de Dios y el respaldo del pueblo conquistaríamos esa meta y pondríamos en marcha inalterables propósitos de equidad y progreso para la ciudad; con la mayor humildad, solicité a todos los sincelejanos me apoyaran, con la certeza que desde el Concejo Municipal, me esforzaría por hacer realidad las justas aspiraciones de nuestras gentes marginadas.

El periodista se sintió algo sorprendido, pero se mostró de acuerdo con los planteamientos y escuchó con atención. A mi lado permanecía Milene, en silencio, mientras encontraba

una lógica a lo que acababa de emitir. Así pues, expuesto este rico potencial de propósitos, terminó el reportaje, y al no tener derecho de destruir mis aspiraciones, abandonamos los estudios radiales. Caminamos despacio en dirección al centro de la ciudad. El reloj marcó la una de la tarde; nada dio pie para hacer algún comentario entre nosotros. Parecía haber una implicación más emocional en nuestra manera de actuar, como si se tratara de algo bien delicado. Avanzamos, ya habían pasado quince minutos. Ella, sin aplicar el proverbial sexto sentido nunca imaginó lo que íbamos a descubrir en el parque Santander. Según los entendidos, para poner en práctica el sexto sentido hace falta ser capaz de no inmutarse en situaciones de presión, o sea, ahorita mismo veníamos de una fuerte presión periodística. Eso era más o menos lo que me pasaba. Y algo más terrible, no sé qué demonios me perseguía. Especulé mientras caminaba. Y lo peor fue que seguí analizando. Existen escasas personas que cuentan con la sangre fría para mantener el equilibrio. ¿Estaría yo entre esas personas? Me pregunté.

Al llegar a la esquina, donde funciona una reconocida droguería, justo delante de nuestras narices, al ver tal desastre, me recorrió la espalda un escalofrío de asombro. Alrededor de mi viejo auto permanecía aglomerado un gran número de curiosos, en cuyos rasgos faciales había atisbos de turbación. Me pareció a mí que no era lo importante en este hecho, si no lo qué le sucedió a mi carro. Mucho más desalentado de lo que había estado en situaciones apremiantes, exclamé:

—¡Oh Dios mío! Quien pudo hacer esto.

No se me ocurría hacer más que abrir excesivamente mis ojos negros viendo ese cuadro tan deprimente: llantas desinfladas, asientos fuera de la carrocería. Lo único que faltó fue extraer el motor del chasis.

En semejante encrucijada, supongo que tenía sentido intentar acudir a la policía para obtener cualquier versión del incidente. Frente a la catedral San Francisco de Asís, tres agentes iban de un lado para otro, hablando por teléfono celular. A los pocos segundos uno de ellos colgó. Contando con no caerle mal, lo intervine interrogándole, quién había dejado el automóvil en esas condiciones. Tras pasar por debajo de una cinta amarilla y negra de seguridad, indicó:

—Nosotros acabamos de llegar, no sabemos nada. Pregúntele a esos *emboladores*, señalando hacia adelante.

Alcé la vista y seguí la dirección de aquel dedo. En cuestión de escasos quince metros llegué donde ellos, quienes indicaron que no habían visto nada.

Reconozco que nadie me brindó datos completos para comprender las poderosas motivaciones de los autores del desmantelamiento del coche. Sólo me quedaba solicitar dinero prestado a Milene y montar el carro en una grúa para conducirlo hasta mi casa. Dejarlo al sol y al agua, no sabía por cuántos meses, al no tener medios económicos para mandarlo a reparar.

Todo indica, en este universo tan particular y desorganizado de tal manera, que la mano izquierda tiene que encargarse de lo que la derecha deja de hacer. Y así me aconteció en este caso tan particular; pues, nadie respondió por los daños y tuve que pagar todos los arreglos.

Al verme inconsolable, las personas presentes se ofrecieron a colaborar para dar con los autores, de manera que no salí bien librado de tal asunto, sin perder más que lo poco que prestó Mile y con una contrariedad que no dejó de producir sus malos efectos. Gracias a esos malos efectos fui agujoneado a perseguir mis sueños contra viento y marea. Tumultuosamente, a menudo, aquellos políticos tradicionales veían en mis ropas la pobreza; la pobreza que me había entregado indefenso a tal aspiración que alcanzaría luego, real, con todas sus penas y alegrías. Y dado que estaba muy nervioso, de tal forma, sintiendo lo que tenía que sentir, después de cancelar el servicio de grúa, al enganchar el vehículo desguazado, el engranaje mecánico producía un desagradable zumbido que pronto se convirtió en tremendo estrépito al subir a la plataforma mi coche querido.

En el extremo del andén, dos hombres extraños y de rostros granujientos contemplaban la maniobra. Milene, los miró con esa total indiferencia que es la auténtica máscara de la cólera, o tal vez, la verdadera cara de una mujer indignada. Y yo, bajo algo más que una sombra de desilusión, estuve a punto de correr hacia ellos y coserles el trasero a punta de patadas. Tenían los cabellos crespos de tono castaño cobrizo,

bastante más oscuro en las patillas. Usaban gafas oscuras, y esto brindaba la impresión que nos estaban observando. Uno de ellos extrajo del pantalón una cajetilla de Malboro. Sobrevivía a la voracidad adictiva de la nicotina y, en un movimiento tembloroso, tomó dos cigarrillos que apenas conservaban su apariencia cilíndrica. Ambos los prendieron con la llamarada del mechero del que sostenía el paquete. Una nube de humo se concentró en sus semblantes. Diagramó una máscara improvisada y espectral. Luego, frunciendo los labios en una muestra de menosprecio, dieron media vuelta y partieron. No por prisa, sino por culpabilidad, apretaron el paso y se perdieron entre la multitud que volteaba la esquina donde se erige la estatua de Antonio de la Torre y Miranda, a quien se le atribuye la fundación de Sincelejo y otros pueblos circunvecinos. Parece un árbol plantado en la sabana sagrada, enseñándonos que hasta las mayores delicias de la tierra tienen sus amarguras.

Preparado para abrirme camino entre mis contradictores, al padecer por esa adversidad del destino, alguien supuso que yo postergaría mi aspiración al concejo local visto el desmantelamiento del auto. Pensar en esa posibilidad sí que me entristeció cantidades. Ese sujeto, seguramente alcanzó a cerrar cientos de puertas a lo largo de este relato, al menos en parte, tal vez abrigaba la esperanza de que yo declinaría en tal empeño. Entonces, cuando la circunstancia lo permitió, decidí aprovechar ese paréntesis para cimentar mi equipo de apoyo, mi fortaleza mental, ponerle ropa de trabajo a mis ambiciones, cultivar el liderazgo basado en principios y despojarme de

pensamientos derrotistas. Quería ser preciso. No fallar en el intento de llegar al Concejo Municipal construyó aquel efecto de reto, al recordarme el compromiso hacia la comunidad.

Hoy, sin embargo, ya no hay nada que considerar; tampoco hay nada a que temer. Dada la impresión de la vulnerabilidad y no siendo ajeno a los obstáculos, este capítulo conduce a desmentir el grado de profundidad de aquellas relaciones, enfocado a un único objetivo, y este único objetivo, consiste en aclarar mi conducta. En fin, cuando se hace justicia sana, la justicia genera felicidad. El nivel de las meras opiniones y la realidad, en la injusticia provocada, genera desdicha al renunciar a todo criterio objetivo para llegar a la verdad, lo que se convierte en desacuerdo político y moral, más allá de la opinión subjetiva de quien juzga. De lo contrario, espero que usted me crea señor lector, y se ponga en mi lugar. El motivo de las calumnias no ha desaparecido. Y tampoco el sentido de ellas. Lo que no quiere decir que no sean extremadamente controversiales, por ejemplo:

En la marcha ascendente de los acontecimientos, el periódico El Meridiano de Sucre, en septiembre del 2009, en un titular directo señaló la existencia de una supuesta amistad con la señora Enilce López Romero, conocida como “La Gata”. Y puesto que hablé con sinceridad, reitero lo que siempre he sostenido cuando ha sido necesario explicar mi relación con ella. Igual que a prestantes dirigentes e industriales del Caribe, en esa época, la conocía como una empresaria del chance. Sólo dije que sí sé quién es, puesto que mi padre procede

de Magangué, Bolívar, ciudad de domicilio de la mencionada señora, y se tejían mitos de que su residencia y sus fincas eran visitadas asiduamente por grandes personajes de la política nacional.

Una mañana de domingo de elecciones, a la misma hora de nuevos comicios electorales, al interior del usual recinto de la democracia, deposité mi voto en la urna. Al compás de la llovizna de octubre, una coronada siguió su marcha tras el devenir habitual de los eventos. Me previno del peligro que resultaría darle motivos de calumnias a la perniciosa élite sincelejana.

Esto tiene que ver conmigo, quiero que lo sepan todos. Bajo el peso de la ignominia, y cada vez más reconocido en el ámbito político, tuve que explicar de dónde provenían los recursos de la campaña. ¡Ay! La terrible legión de los temores de la infamia no se puede atajar de buenas a primera, menos su percutir de envidia y los circulares ecos de la difamación, causados sin cronómetros, que se abalanzan sobre el sujeto en forma interminable, hasta desquiciar al más cuerdo de los mortales. Al igual que siempre, referido a la cordura, aquella eventualidad en mí, nunca sucedió. Tenía que estar en mis cinco sentidos, en un *cien por ciento* de mis capacidades, al asumir la crucial misión de no dejar naufragar las bases de un trabajo estudiantil muy consolidado.

Nada de nada. No había nada más que especulaciones callejeras. Todo se reducía a un murmullo de votantes que resonaba en el vacío. A decir verdad, a la altura de las cinco de

la tarde, de intrépida forma, obtuvimos a boca de urna nuestro guarismo electoral. Nos indicaba que habíamos ganado la curul del Concejo de Sincelejo, pese a numerosos obstáculos sorteados, inclusive de los partidos tradicionales que me negaron el aval, que, a su vez, no es sino el sistema de requisitos delineados para la selección amañada de candidatos. Al ser un índice exclusivo de la paradoja elitista, este es un mecanismo excluyente que debe modificarse.

Superada la guerra sucia de campaña y los odios de quienes veían en mí, más adelante, un rival de muchos quilates, sentía la necesidad de seguir avanzando, con un solo final posible: el Congreso de la República. Quería... necesitaba... más que convertirme en la figura central del novedoso experimento democrático, estudiantes versus clase política, demostramos nuestra capacidad de movilización, fundamentada en la experiencia de los conflictos internos que a menudo desgarran nuestra conciencia política. Tal esquema lo ayudó a diseñar la comunidad universitaria, y ahora se prolongaba al ser elegido concejal de Sincelejo. Yo era, una vez por todas, un cabildante próximo a tomar posesión del cargo. Había alcanzado la meta, basado en el trabajo y la honestidad.

En el Concejo Municipal, por lo general, es donde lo normal viene a ser el natural precepto de carencias y la constante ventilación de los problemas locales, en todo caso, temporal. Así, la densidad del debate completa el significado de la democracia, haciendo que estos reclamos se vean como una necesidad de las comunidades, cuyas angustias no se reflejan en el presupuesto público.

Ahora que lo pienso bien, pisé el Concejo Municipal de Sincelejo en la época en que la región sufría con mayor rigor las acciones de los distintos grupos ilegales alzados en armas. Dentro del libreto bien aprendido de las autodefensas y la guerrilla, incluyeron todas las modalidades criminales y violentas inimaginables. Dejaron una huella de dolor y de terror en el alma del pueblo sucreño, muy difícil de borrar. Los paramilitares, tanto en la zona rural como urbana, pasaron de la amenaza a los asesinatos selectivos, realizados por jóvenes sicarios formados en sus propios reductos de adiestamiento. Finalmente, coronaban su terrorífico prontuario criminal, con masacres indiscriminadas que incluían mujeres y niños campesinos. Estas barbaries alojaban el aparente doble propósito de vengar actos cometidos por la guerrilla y de intimidar a quienes, por alguna u otra razón, se les acusaba de ser colaboradores de ella. Recordando la lógica que hay detrás de esta sangrienta guerra, todo se concentraba en las veredas, en las ciudades y en las letras de las canciones; pero las palabras, en realidad, no decían nada. Salvo, en vísperas de tomar posesión en el Consejo Superior de la Universidad, al llegar y renunciar para aspirar a una curul en el cabildo local, todos los estudiantes al unísono rechazamos las acciones de estos grupos generadores de violencia.

A sabiendas que la historia se repite en peor versión y, después de un extenso y concreto relato, así lo parezca, no sólo he girado sobre el mismo punto. Gradualmente, he recurrido al derecho a defenderme de los embates de teledirigidas calumnias. Bueno, ¿qué sería de la política sin intrigas? Hice

referencia del tránsito por la universidad, sacando a relucir hechos no exentos de controversia pública, en relación a los paramilitares. La universidad de Sucre, en medio de las peores épocas de violencia que recuerde Colombia, jamás fue infiltrada por este fenómeno llamado autodefensas, hasta donde tengo conocimiento. La historia le concede espacio a los especialistas para el análisis frío de esta supuesta influencia.

A juicio de cientos de observadores internacionales, el país no sólo estuvo a punto de colapsar, sino también, al borde de las mayores tragedias a causa de los grupos al margen de la ley. Hasta hoy, hemos sido incapaces de darle vuelta a la página, pese a los ingentes esfuerzos del gobierno de Juan Manuel Santos por acabar la hostilidad del conflicto armado. Todo está oscuro, oscuro, de acuerdo a la intensa y absoluta falta de claridad en los diálogos de paz que se desarrollan en la Habana, Cuba.

Y dado que sabemos escasos detalles sobre el acuerdo de desmovilización con los grupos paramilitares, en virtud a lo habitual, no se puede olvidar, el gobierno del doctor Álvaro Uribe Vélez, que jamás lo dio a conocer previamente ni tampoco fue refrendado por el pueblo. No sea por ello un acuerdo negativo, aplicándoles penas alternativas a los desmovilizados por los delitos confesados. Sin embargo, la mayoría de esos jefes paramilitares fueron extraditados a los Estados Unidos, por supuestamente continuar delinquiendo desde sus lugares de reclusión. A través de esta decisión pudo haberse socavado el derecho de las víctimas a conocer la

verdad y obtener justicia y reparación por los crímenes que cometieron. Y esto sí que es una incógnita. Constituye no sólo el trasfondo, sino también el punto de referencia de ambos bandos, y preguntarse, si ellos se sintieron utilizados por el gobierno, al igual que trofeos de guerra para atraer a su favor la simpatía nacional. Este sometimiento fue admitido por El Estado y La Nación.

En resumen, ese fue un acuerdo a puerta cerrada. Entiendo, son negociaciones muy delicadas que requieren un grado mínimo de reserva para que tengan posibilidades de éxito. Tampoco se puede desechar que estamos regidos por un sistema presidencialista. En estas condiciones, el presidente de la nación en su rol, cuenta con un amplio margen de acción para asumir determinaciones, sin que sean menester someterlas previamente a la aprobación del Congreso de la República. A este respecto, no es ningún secreto que éste no ejerce un eficaz control político sobre el ejecutivo, por las razones que el pueblo conoce.

Desdichadamente, entre mis habilidades académicas, no figura la ciencia de la calumnia para estudiar a tantos detractores. A leguas se deduce lo difícil que es saber qué clase de respuesta me va a prestar utilidad para protegerme de ella. O paralelo, o simultáneo, o como sea, hubiera deseado vivamente no entender lo que en sus denuncias afirmaron para socavar mi honradez. No cabe duda, intentan alterar en todos los aspectos mi suerte. Los señalamientos y la carencia de pruebas atestiguan con espantable claridad la falsedad de todo.

Referido a lo falso, tengo que defenderme de varios artículos publicados en la prensa nacional, en especial del periodista Germán Corcho Tróchez, publicado el martes 21 Octubre de 2014. Hace referencia a la versión que alias Diego Vecino, supuesto jefe paramilitar, entregó a la fiscal 10 de Justicia y Paz de Barranquilla.

Enconados reporteros desprovistos de toda objetividad lógica desnaturalizan la verdad, y hacen énfasis en mi acelerado ascenso en la política nacional, según ellos, derivado del paramilitarismo que pretendió tomarse el poder político en diversas regiones del país. Y suele suceder que las afirmaciones mal intencionadas tejen manto de dudas. De una u otra manera, todo parece indicar que renombrados gamonales de Sincelejo y un espontáneo reducto de las autodefensas se han aliado y confabulado en un propósito específico y puntual. Podrían ser a corto tiempo, o incluso al mismo tiempo, socios en este asunto para causarme daño. Utilizan el paralelismo de sus versiones guiadas a desprestigiarme. Esto lo conciben sin presentar evidencias y, al carecer de ellas, les correspondía guardarse el juicio a priori. ¿Acaso no es verdad? Dada nuestra infame costumbre de difundir las cosas a medias, en especial, un sector parcializado de la prensa, trata de apoyar la élite burocrática a través de argumentos sugestivos. Si a los caciques regionales se les despoja del poder político, sus obras, tanto las buenas como las malas, se truecan en nada. Son convertidas en cenizas cuando el pueblo le voltea la espalda. Captada la diferencia entre el pasado y hoy, y ser capaz de mostrar tal diferencia, aparece una forma irrefutable de verdad y no es lo

que ellos afirman. No conocí a ningún jefe paramilitar, y puedo asegurar esto, contrario a lo que piensan mis perseguidores. Más que nunca deseo permanecer vigente en el panorama político, por el anhelo de servir a la comunidad, respirar en esta tierra que me vio nacer y crecer.

“El representante Yahir Acuña nos ayudó a infiltrar la Unisucre, Diego Vecino”

El periodista Germán Corcho Tróchez escribió el siguiente reportaje para el periódico El Heraldo de Barranquilla, sobre la versión que dio en el 2011 el jefe paramilitar Diego Vecino, en el que compromete con los paramilitares a varios dirigentes políticos de Sucre. Esto fue lo que reportó en su momento el periodista barranquillero:

“Las Autodefensas bajo el mando de Edward Cobos Téllez calcaron lo hecho por el extraditado Salvatore Mancuso en la Universidad de Córdoba, para tener voz y voto en la máxima institución educativa de Sucre”.

“Durante las versiones libres que rindió ante el Fiscal 10 de Justicia y Paz, Cobos en Barranquilla, el excomandante Diego Vecino del bloque Héroes de Los Montes de María, aseguró que en esa labor les colaboraron el presidente de Asojuventud para la época, Jáder Castilla Cuello, (*jamás estudio en la universidad; anotación del autor*), y el entonces concejal de Sincelejo, Yahir Acuña Cardales, hoy Representante a la Cámara”.

“El parlamentario era, según el desmovilizado, el vocero de los egresados en la mesa directiva del Álma Mater”.

“Tal vez, ellos (Unisucre) se vieron reflejados en lo que pasó allá y cedieron para evitar una situación similar, opinó el ‘expara’, cuyo bloque delinquió igualmente en Bolívar”.

“Castilla, por su parte, promovió el paramilitarismo en el estudiantado. Cobos agregó que, con ambos, influenciaron en la elección de Rafael Peralta como rector”.

“Teníamos el voto de los representantes de los Estudiantes (Castilla) y los Egresados (Acuña), (*sólo fui representante de los estudiantes y nunca voté para elegir rector alguno, ni mucho menos fui representante de los egresados; anotación del autor*). A cambio, propusimos a Nicolás Sierra como vicerrector”, reveló Vecino. “Sierra —continuó— había sido director del Tránsito de Sincelejo”. “En la actualidad es concejal de la capital sucreña”.

“Como no estaba de acuerdo, me aislaron y prefirieron compartir manteles con Cadena (el alias de Rodrigo Mercado Pelufo, el desaparecido exjefe militar del bloque)”, recordó.

“El “festín” ocurrió de 2001 a 2007, también producto de la injerencia en varios municipios, cuyos mandatarios recibieron “nuestro aval y apoyo”, confesó Cobos”.

“Y volvió a mencionar al hoy representante Yahir Acuña Cardales y a José David González, como los concejales de Sincelejo que “no recibieron apoyo, pero sí establecieron vínculos estando en función de sus cargos”.

“Al final, el Fiscal conminó a Cobos a levantarse y alzar su mano derecha: “¿Se ratifica en los señalamientos que ha hecho?”, le preguntó. “Sí, me ratifico”, contestó el ex paramilitar. El delegado anunció que compulsará copias para que se inicien las respectivas investigaciones penales”.

“A través de él penetraron la Universidad (entre 2001 y 2005) y captamos una parte importante de los entes departamentales, afirmó Vecino, quien insistió que su modelo no fue a sangre y fuego como el de Mancuso”.

“Tal vez, ellos (Unisucre) se vieron reflejados en lo que pasó allá y cedieron para evitar una situación similar, opinó el ‘expara’, cuyo bloque delinquió igualmente en Bolívar”.

----- • -----

—¡Oh! —Exclamé al terminar de leer este artículo. Cómo envidié estar en tal audiencia, oyéndole decir tantas sandeces que no tienen soporte real ni legal. Todo parte de una envidia insensata, cancerígena; resalta la mala intención y la perseverancia del propósito de causar perjuicio. El ex para toma los hechos contrarios a los acontecimientos. Vaya que sí. Resultados, resultados de la difamación, eso es lo que cuenta, dando a entender como reales las vagas conjeturas manifestadas por aquel grupo al que se le ganó la representación estudiantil en el Consejo Superior de Unisucre, por lo cual, sobrevalorados de influencias políticas, ensuciando el agua clara de la verdad, algunos de mis contradictores la esparcen en nombre de la república. En eso es en lo que se equivocan, con respecto al concepto de democracia. Puede

que yo sepa un montón de datos en ese sentido que no sospechan. Tal vez pueda aclararles muchas cosas. ¿Por qué no reconocen el pluralismo ideológico? Puesto que por cualquier razón inexplicable; según ellos, gente como yo, no nació para gobernar. Aplican esta frase en recintos cerrados, y esto sólo demuestra algo que a usted le sorprenderá.

A través de ese principio revelan, una vez más, que cada cual se fascina de sus propias ocurrencias. Ellos están enamorados de la ocurrencia de despojarme de mis derechos constitucionales; mis derechos políticos obtenidos en franca lid. Cuando alterno con políticos de sangre azul, dejan notar que hay en ellos genes diversos. Aparte de las reglas de urbanidad, contados tienen excelentes cualidades, y me convencí de que si prescindieran de los abolengos, la diferencia entre las personas del común y los llamados “oligarcas” no es tan enorme como éstos se imaginan. Y, por otra parte, de una u otra forma, un conjunto de aristócratas le hacen la competencia a los embusteros y a los farsantes. Los tramposos, permanentemente, utilizan la gran maestría del engaño, altamente productiva para ellos. Los mentirosos, entre el punto de partida y el de llegada a la falsedad, empiezan su hipocresía. En una especie de necesidad, por mutuas aproximaciones amorales, producen frecuentes contactos entre ambos grupos.

No sé, si propiamente le adeudo harto al destino que me mantuve alejado de estos grupos al margen de la ley, llámese de izquierda o de derecha. De manera que, en aquel período, una y en repetidas ocasiones, cualquiera de los dos bandos se sentía con el derecho a usar la fuerza en su propio beneficio,

y la sociedad colombiana terminó envuelta en una inmensa ola de violencia entrecruzada. Sin lugar a dudas, ostenta el eterno rótulo de víctima, acorde al estado de orden público. Lamentablemente, la represalia a su arbitrio en contra de la población civil, de estos grupos ilegales, en millares de ocasiones, generó la naturaleza de nuestras costumbres políticas, al construir indirectamente lo contrario de un Estado participativo. Anticipándose a esta negación, desaparece la igualdad ante las instituciones y el compromiso de hacer respetar los derechos del ciudadano. En esto, infinidad de veces, algunos administradores de justicia no son ejemplares.

En síntesis, insisto, mis contradictores motivados por las recientes condenas de varios políticos, pretenden provocar que la justicia ejecute un quiebre legal al orden establecido en la Constitución Nacional, torciéndole el cuello al artículo 29, que precisamente establece, toda prueba obtenida sin el debido proceso es nula de pleno derecho. Capeando a la perfección el temporal de falacias, y por circunstancias que fueron analizadas atrás, reclamo mi absoluta inocencia; pues, todo parte de una falsedad. Dada la idoneidad del artículo 29 de nuestra Carta Magna, dichos contradictores no pueden estar por encima de la Constitución Nacional y evitar que se aplique sin ninguna clase de excepción, *dentro de un Estado poderoso por los débiles, pero débil frente a los poderosos.*

A juzgar por mi expresión de aburrimiento, quería un suspiro de aquello, de aligerar la carga de la calumnia. La noche del 1 de enero del 2004, concluida la posesión del doctor Jaime

Merlano, alcalde de Sincelejo, sin esperar una señal del más allá para dar el sí, preso de dudas acepté participar en la coalición del gobierno municipal. A la larga, siendo más una cruz que una bendición, la pasión me llevó a realizar el sueño de llegar al concejo local. Otro asunto muy distinto hubiera sido quedarme en la rebelión inmersa de la indecisión. Y así de simple, enhorabuena, trabé singular amistad con el alto funcionario. Pensando en eso, lo único que no me cuesta recordar es aquella relación institucional; inició desde el instante en que tendió su mano para saludarme durante los actos de posesión. Esa noche, aquel juramento del mandatario quedó grabado a fuego en mi mente, con todas y cada una de las palabras de compromisos que anunció. Sí, el sano juicio es el juicio, y a punto de cometer una imprudencia, puesto que mi mente no es la de un soldado, fuera cual fuera el rango, no comprendía bien el significado de las opciones que se abrían en este nuevo capítulo de la política. Jamás, por esa razón, no sé por qué se me ocurrió comprimir en una frase lo que significa el jarabe de Cefo Morales, *El Curalotodo*, en este caso, *Capaz de satisfacer a los electores incrédulos*. Disparate impremeditado que sorprendió mi mente y, que bien mirado, carecía de propósitos. En el devenir habitual de los sucesos, el alcalde nombró de Secretario del Interior al doctor Pedro Burgos, q.e.p.d., contador de mediana estatura, moreno, de expresión adusta, con quien sostuve una fraternal amistad.

Tal vez por tener el anhelo de ayudar a los desposeídos, recurrió a la Secretaría de Salud del municipio, para solicitar la realización de brigadas de vacunación, censar a los habitantes

de la calle para brindarles albergue y, así, sucesivamente, transcurrió el período en la corporación pública. Valga la verdad, esto último tuvo poca acogida entre los encuestados, origen de su condición mental. Me sentí decepcionado, igual a un turista que mira por la ventana de un rascacielos sin poder observar el horizonte porque le obstaculiza la visión la pared de otro rascacielos. Pese a esto tenía que creer en mí, tener fe; esa es la única solución. La única solución, tomándome el tiempo en silencio, sintiendo, feliz por haber intentado ayudar a esas personas tan abandonadas del Estado. Instalado en un despacho poco confortable, trabajaba día y noche, tratando de solucionar los mil y un problemas que traían tantos paisanos, quienes pretendían, a través del concejo, suscitar hacia ellos mayor atención del gobierno municipal.

En una especie de sosiego profesional, me gradué de Ingeniero Civil en Unisucre. En simultánea, presenté pautas a la administración municipal para organizar los vendedores ambulantes y estacionarios que, en zonas cercanas al centro, rivalizaban por ocupar calles y andenes, invadiendo el espacio público. Actuaba de prisa, sin confiar de consejos de gente inexperta en temas urbanísticos. Lejos de intentar juzgar mi credibilidad, los electores, al menos en la época, me hacían sentir libre de compromisos políticos particulares, libre, eso sí, preso en otra aspiración: diputado a la Asamblea del Departamento de Sucre. Apenas había despuntado el año 2007. A la larga, la uniformidad de contrapuestas circunstancias me llevaron a dimitir antes de cumplir el período de cuatro años en el Concejo Municipal, y entregarme

a algo peor que los comentarios ya conocidos, sólo que en otra condición: candidato a la duma regional. Pese a las calumnias, la opinión popular siempre me libra de cualquier ataque mal intencionado, a través de su apoyo reflejado en las urnas.

No obstante, quien sabe por qué, nadie tiene todo. Es inútil luchar por ello, alejándose lo próximo y acercándose lo lejano, nadie tiene todo nunca, y lo que recibe de la vida, debe aprovecharlo sin renunciar a lo que más se quiere, hasta que aparece la presión que te hace renunciar a lo que te brinda el destino para defenderte de las cosas omnipresentes que te quieren hacer daño. Multiplicadas las premisas de no renunciar a lo conquistado hasta hoy, por suerte, perpetuamente existen pruebas que nunca pueden borrarse, y la escrita representa una imborrable y fiable. Esclarece mi tránsito estudiantil por Unisucre y el Concejo Municipal de Sincelejo.

Considero necesario regresar al escrito del columnista Germán Corcho Tróchez. En apartes de su artículo publicado en el periódico El Heraldo de la ciudad de Barranquilla, el causante de tantos comentarios, señala:

“Y Cobos volvió a mencionar al hoy representante Yahir Acuña Cardales, y a José David González, como los concejales de Sincelejo que no recibieron apoyo, pero sí establecieron vínculos estando en función de sus cargos”.

“Festín burocrático. Además de controlar la Asamblea, como informó EL HERALDO el sábado, gracias a lo que Cobos denominó “la coalición” con 9 diputados (2004 – 2007), el

contubernio con otros dirigentes desembocó en la repartición de cargos públicos”.

Más que leer, excavando dentro de mis rutas que la razón reconoce, tal declaración la tomé por repeticiones clónicas de un mismo modelo verbal. Inevitablemente, evidencia reparos a las afirmaciones del acusador. Incitado por esa urgencia manifiesta de quien necesita captarse beneficios y reconocimientos, puesto que las palabras son meros síntomas de las vivencias subjetivas del que las profiere. En términos vacíos, sustentó que nueve diputados entre los años del 2004 y 2007, participaron en el contubernio de repartición de cargos públicos en la Asamblea de Sucre. De hecho, él autenticó, en su momento dado, saber que exteriorizó en condición deliberada y encontró la artimaña patética e irónica, por estar al asecho de sus víctimas fuera de los límites de la credibilidad de la opinión pública. Entre la idea y la apariencia, el alcance que se conceda a la versión libre de alias Diego Vecino, continúa en todas sus formas, a menudo, siguiendo direcciones indeterminadas, en ocasiones, originaron resultados desastrosos.

Antes o después, estamos delante de un absurdo. Desgraciadamente, procedente del mundo de los demonios, parecía eficaz para salirse con las suyas, y ensañados periodistas no dejan de destacar el testimonio farsante de alias Diego Vecino, fueran cuales fueran los riesgos que corrían para su credibilidad profesional, al hacerse los desentendidos y no cotejar que yo llegué a la Asamblea de Sucre el 1 de enero de 2008 y cumplir el período constitucional hasta el año 2011. Allí está registrado en mi acta de posesión. Esto me da pie

para intentar, a través de esta simple deducción, echar tierra a tal versión, trayéndola al estrado y demostrar que el testigo interpuso cargos infundados. Es posible, trató de congraciarse frente a sus jefes paramilitares. Seguramente no tuvieron que arrancarle las palabras de la lengua para pronunciar esta falacia.

A veces, en el afán de causar daños a terceros, el acusador mal intencionado resulta convertido en tercero cuando el demonio que lleva en el interior extiende su mano y le aprieta el corazón hasta que lo llena de odio y resentimientos. El denunciante, en este caso, siendo un profesional bien adiestrado, anda extraviado en frases subordinadas o simplemente inconclusas. Si la contradicción es admisible, el testimonio a partir de este instante, ante la opinión pública se volverá contra él y los que me acusan.

No sé por qué no le he dicho a usted que estoy nervioso. Sí, lo estoy, aquí en este terrible silencio del apartamento en Bogotá. Preciso, cuando me levanto y abro la nevera para tomar un refresco, evoco estos apartes del periodista que me inoculó un dolor incalculable. Menos prevenido que de costumbre, no tenía la menor idea de que este señalamiento pudiera merecer la más mínima atención. A esto hay que añadir:

—El acusador, Edward Cobos Téllez, afirma bajo la gravedad del juramento. *El hoy representante Yahir Acuña Cardales, y a José David González, como los concejales de Sincelejo no recibieron apoyo.* Respecto a lo que continúa, tenemos: *pero sí establecieron vínculos estando en función de sus cargos.*

¡Dios mío, tú eres grande! Exclamé así, enhorabuena. Dicha declaración vino en mi ayuda para aclarar cualquier efecto negativo. Lo que resulta indudable es que esta revelación me fortaleció y, a través de estas líneas, defiendo a brazo torcido mi honorabilidad, a partir de pruebas tangibles y reales.

A falta de referencia específica, aquí y allá, frente al rigor de la claridad, el hombre tiene las leyes grabadas en su mente y su corazón, las cuales excluyen a los extraños. Contraponiendo blanco sobre negro, y negro sobre blanco, el extraño jamás puede sostener una mentira ante su ocasional víctima. Atenido a las exigencias de la naturaleza, son leyes no escritas, grabadas por la creencia religiosa o filosófica de cada individuo. Al practicar una conversión de su estado de conciencia, posee una justicia interior por encima de la cual no hay ninguna a quien pueda apelarse, poseyendo en sí misma cuanto en rigor puede necesitar el sujeto para su vida material y moral y, por consiguiente, un estado de conciencia de tan singular naturaleza, en sustanciales ocasiones; él mismo, está en condiciones de valorar y juzgar su propio comportamiento.

Puesto que soy el acusado de tantas infamias por un extraño rebosando odios, rencores políticos, envidias, sin ver otra salida, recurro a mi justicia interior, por encima de la cual no existe ninguna apelación, y ella me dice que estoy libre de culpas. Exactamente, por estar libre de culpas, ejercito el derecho de exigir la verdad, conforme a la clara lógica de la realidad de este asunto tan difundido. Incapaces de recurrir al juez interior, los acusadores, al carecer de otros

argumentos y pruebas, pusieron el punto final a la creatividad de sus calumnias. Bajo el tenor de respuestas vagas de aquel interrogatorio, sólo aportaron contradicciones y conjeturas, las cuales quedaron escritas en los términos y jurisdicción de Barranquilla que, por la precisión técnica y el control jurídico, me liberan de algún vínculo con grupos armados ilegales.

Y al margen de cualquier dosis de ciencia ficción, una estela extra de luz lunar en ondas moduladoras de espacio-tiempo me conduce al despacho del Concejo Municipal. Huérfanos de un universo alternativo, llegaban individuos de toda condición social y de todas partes del departamento, desprovistas de malsana intención de perjudicarme. Nunca imaginé que entre numerosos visitantes pudiera haber paramilitares mimetizados. Sus miembros constituían un ejército que nada tenía de ideales. Dominados por el ansia de poder económico y el dominio de ciertos territorios, perseguían el desplazamiento de campesinos para apoderarse de sus tierras, con la complicidad de inescrupulosos notarios y jueces de la región.

Eso sí, si hubiera llegado a comprobar la presencia de paramilitares en mi oficina, sea cual fuera la razón de ello, no habría dudado en exigir su retiro. No por simple hipótesis, igual que el más afectado, sabía de primera mano, cuánto daño causaban en las zonas rurales. El lector habrá caído en cuenta, que alias Diego Vecino en sus declaraciones, jamás menciona ni demuestra qué clase de vínculos tuve con su organización criminal mientras me desempeñé como concejal de Sincelejo.

Y nunca podrá señalar con veracidad la existencia de esos supuestos vínculos, porque, sencillamente, basado en razones concretas, jamás existieron o han existido.

Desprovista de cualquier manto de oscuridad, la duda acaba de quedar aclarada. Respecto a los oprobios, relatadas tales explicaciones: nadie pondrá en entredicho que he sido acribillado con ráfagas de ignominia por los antagonistas de turno, a partir de difamaciones y mentiras concebidas. Es obvio, a la sazón de circunstancias, me comprometen de sobremanera ante mis electores y ante las autoridades legales. Elegido el instante adecuado y apoyado en el crédito de una causa, me dedico con empeño a defender mi conducta, la cual es testificada por una multitud de seguidores que conocen cada una de mis batallas, protagonista-víctima, víctima-protagonista. Ellos me ven así. Empero, soy más que eso. Por lo que me inspiran las leyes, no puedo consentir ser herido y vencido a través de calumnias. Sería como si la dulzura y la renuncia de mí mismo fueran buenas, añadiendo a la renuncia la dialéctica de la frustración.

La aclaración de mi honradez a ellos los va a herir y vencer. Concentradas todas la fuerza de mi atención, consecuencia del fragor de mi defensa y con el aporte de las nuevas pruebas, me siento revindicado y satisfecho de haber batallado para que se haga un acto grande de justicia. Lo único que cabe es comprobar que esas verdades son tales en la realidad, no dejando de lado toda investigación suplementaria. Y sin apartarse de su propósito, hecha la justicia a la sanidad de la veracidad,

avergonzarlos y dejar en evidencias sus marañas de mentiras. No hay la menor duda que este lamentable episodio ha sido inventado ideológicamente por los débiles en moralidad. Tratan de protegerse de la evolución de la objetividad política que los relega, asustándose frente a ella. Resulta evidente que, día tras día, aumenta a mi favor el número de simpatizantes, entre ellos, adeptos a las diferentes doctrinas religiosas, de diversos estratos sociales, campesinos, desmovilizados y mototaxistas, etc... Admiten mis ideas originales de servir y no mirar a quién. El asunto es muy simple. Dándole vuelta a esta página que está muy nítida, por el momento; y en un acto de gallardía, contentarme en debilitar a los protagonistas de esa perversidad aclarada, intentan crear, a toda costa, males imaginarios que jamás me alcanzarán.

Teñido del color de la ilusión, mi corazón no logró resistir las súplicas constantes de establecer un hogar. Y la verdad, Milene y yo, para esas fechas, éramos una pareja de novios disgustados. Ella, dueña de una alegría de vivir y disfrutarlo todo; y de esa fortaleza de matrona familiar exageró un poquito. También es cierto que hasta hoy se pone colorada cuando le recuerdo que tuve que ir a buscarla a Medellín. Solitaria, recién graduada de Zootecnista, tenía seis meses de embarazo. Y sin embargo, considero, el barco de papel donde los tres navegamos por la tempestad real de la vida, estuvo varios meses a la deriva, y todo ello, partía de sus celos. Sin darse cuenta, siquiera, en un horrible arrebato de celotipia, emigró llevándose cualquier cantidad de versiones e interpretaciones de mi comportamiento... Sí, plantado en

la mitad de la terminal de transporte, deseaba con todas mis fuerzas retenerla. En cualquier caso, alejados del facilísimo final feliz de que comieron perdices y fueron felices.

El vientre iba desarrollándose cada vez más. En un afán de que la infancia del bebé que estaba por nacer tuviera mucho más de bueno de lo que tuvo la mía y, más adelante, lo mismo ocurriera con la adolescencia, quería conducirlo a un universo mejor que el mío. Pasó la luna llena y después de doce horas de travesía en un bus de expreso Brasilia, ya reunidos en la terminal de transporte de la capital antioqueña, está vez recuerdo un larguísimo silencio, un vaso de agua bastante frío, un apetitoso jugo de naranja y los ojos de Mile deteniéndose a veces largamente en los míos, mientras sus manos se perdían en las mías. Encima de la mesa, mis manos no se cansaron de acariciarla, ni mis palabras temblorosas de mimarla. De la manera más realista en Medellín, la ciudad de la eterna primavera, en esa concurrida cafetería, aceptó mi propuesta de matrimonio y regresar. Entonces supe que había encontrado la dicha, y que la dicha es el amor de ella, donde reina la armonía de nuestras almas. Conocí otra cosa: si fuera un simple sueño, acabaría; y si no lo fuese...

En este mundo fuimos capaces de concebir la dulce presencia del amor. Jamás había estado enamorado así. Es una locura. Tenía que morderme la lengua para no gritarlo. Lo único que se me ocurría y se me ocurre, es construir una existencia entera al lado de Mile, un espacio para los dos, acogedoras veladas de chimeneas y abrazos, y noches de explorar el cuerpo del otro con un entusiasmo carente de inhibiciones.

Al cabo de un rato, sin avisarle a nadie, desaparecimos todo un fin de semana. Yo hacía cuanto disparate se me cruzaba por la mente, en parques y atracciones mecánicas, centros comerciales, calles, alrededor de las esculturas del maestro Fernando Botero, destinados a que se sintiera segura, alegre, hermosa y amada. En cuanto a la economía personal, basada en la prestidigitación del moto-taxista, necesitaba de la ayuda del mago Merlín para retornar, reflexionando en aquello que decimos en la casa de los pobres: ¡Dios proveerá! Y no sé cómo, proveyó el pasaje, y viajamos a Sincelejo, según los compañeros de universidad, para dar a luz el primer niño de tres meses de gestación.

A fin de que no se produzca un espacio vacío en la narración, lo induzco a saber de buena tinta, contradiciendo al destino en todos sus pareceres, a mi grado de Ingeniero Civil agregué el título de Especialista de Gerencia Pública en la Corporación Universitaria del Caribe, CECAR, de la ciudad de Sincelejo. Y después de cosechar el nuevo galardón académico, encontraría infinidad de obstáculos en mi marcha al escalar en la política departamental, pues, en toda especie de ascensiones resulta más difícil subir que bajar.

Prestos a la recapitulación de Cupido, en un arrebato natural y contra todo razonamiento, para sellar nuestra unión en una ceremonia civil de matrimonio, Milene y yo, profundamente enamorados, cualquier tarde llegamos a la Notaría Primera de Sincelejo. Había cesado de llover. Ella seguía siendo comunicativa y arrebataradora. No excediendo lo que no fue

ni lo que sería, sin más aventuras proselitistas a la vista y, ciertamente, con las que habían ocurrido tenía suficiente para dar y convidar, eso sí, debajo de la manga ocultaba otras intenciones, aparte de las anteriores.

A propósito de dicho matrimonio, llevé conmigo en calidad de invitados a varios compañeros de universidad y líderes comunitarios de los barrios. Finalizado el rito civil, siento que mi esposa está por encima de todas las cosas. Esto se lo inculcan a uno en la infancia. ¡Ah! Ya acostumbrado a ser fidedigno, eso sí está bueno, esposa por siempre. Tras el ceremonial en un restaurante de la ciudad, se llevó a cabo una recepción informal. Lógico, los padres de Milene escogieron ese lugar para economizar gastos. Pasaron tres meses. La alegría de los abuelos al nacer el primer nieto fue indescriptible. Salvador Emiro Acuña Jaraba, lindo, hermoso, pero llorón. Sin saber cuál sería nuestro futuro, nos resistíamos a desperdiciar aquel exceso de hormonas y, tentados a incrementar la explosión demográfica, de modo consecutivo, nacieron Ketty Sofa y Elena Sofía, criaturas que aumentaron la felicidad de nuestro hogar. En este eslabón del relato hay que destacar la impresión de aquella cuna de recuerdos que produce en nuestros corazones el advenimiento de nuevos seres queridos. Casi no pasan días sin que a mi esposa la inunde de regalos; una demostración de amor decisiva del matrimonio, el cual renuevo cada amanecer. Esa me parece ser la abnegación lógica que se desprende de cuanto amas, amor que se percibe por los cinco sentidos. Y por la reacción del pensamiento, no queda explicación alguna por la cual se logre de otra manera sentir el amor. Considero que

es lo más pulcro que puedo contribuir a esta relación, y lo más acorde con la realidad.

Y es que los dos estamos más atentos a no repetir tantos errores espontáneos, para obtener el mínimo de tranquilidad. Sin embargo, de mi modesto papel de estudiante-motaxista, existe una historia de batallas, pobreza, sacrificios cercanos al hambre; la única que la calumnia no mancilla, la única que sobrevive a las vicisitudes de la opinión, más reconfortante que las del tiempo mismo.

A medida que discurrían las semanas, transformándose la pasión política en difusa, participaba de la admiración, la gratitud, la conformidad y también del temor, quizá a causa de eso, y con abundante desinterés, había vacilado en mi aspiración a la Asamblea Departamental de Sucre. Muchas cosas más, buenas y malas, habrían de ocurrir todavía. El clima permanecía lluvioso. Yo no perseguía ningún propósito en particular, ni tampoco respiraba tranquilo. Sacándole el mayor provecho posible a este tramo de calma, había encontrado en el seno del hogar algo de paz.

No me costó imaginar las cosas dos o tres años atrás, recibiendo cada segundo el aliento mudo del desinterés, el escozor de una barba mal afeitada que frotaba con mis manos. Todo lo tomaba como venía. Eso ayudaba. No se imagina usted lo bastante que ayudaba a relajarme. Y cualquier atardecer, casi a las puertas de entrada a una nueva realidad, sentado frente a mi vivienda en el barrio La Selva, encima de nuestras

cabezas, viajaba una luna nueva. Yo atendía la visita de mis amigos, sin temor ni saña me chuzaron:

—Yahir, te vemos alicaído. ¿Qué te pasa hermano mío? ¿Acaso el matrimonio te bajó las revoluciones? Tienes que retomar tu intrepidez; tienes que aspirar. Si aspiras a la Asamblea Departamental no arriesgas nada, a cambio, ganarás mucho. Vemos abiertas todas las posibilidades de triunfo.

Ellos habían tocado el punto más sensible de mi filosofía: *intentar cualquier reto difícil, debatiéndome entre mis propios duelos.* Este agujonazo me provocó una electrizante conmoción, a sabiendas que hasta la fecha no había sido más que un político “amateur” de una región abandonada. Contrapuesto a mis deseos, por más ganas que tenía de decir No y decir Sí más adelante, al parecer, el fenómeno lunar en el horizonte me agitó la marea de aquel sentimiento de lucha que en cada adversidad aumenta en mí de un modo casi imperceptible. Gracias a ese sentimiento ascendente, la corriente de la política hasta entonces muy notada, tropezaba con otra resistencia. Emergió enseguida del presente un antes y un después en el curso de estos acontecimientos. ¿Quién daría el aval para formalizar tal aspiración? Rescatada esa temeridad de las profundidades del ser, comprendí que podía seguir infringiendo el guión original de mi pobreza, o sea, en realidad, intuí que las cosas serían difíciles. También vislumbré las razones que me asistían para no negarme a esa posibilidad. Basado en la lógica, frente a la oleada de una emoción más intensa, convenía la discreción, mucho mayor que mí mismo; ni siquiera se me ocurrió el amague de resistirme, al no estar

preparado para admitir perspectivas lejanas. Producto del conflicto entre la razón y las exigencias del apetito político, cedí al gusto de interpretar un momento el papel de aspirante a la Asamblea de Sucre.

—El lunes renuncio al Concejo Municipal y asumo el riesgo de participar en las próximas elecciones.

A pesar de no disponer de recursos económicos para tal campaña, dije a los amigos que me visitaban:

—¡Y que sea lo que Dios quiera!

Al caracterizar al político dentro de las necesidades del campo, el recorrido por las zonas rurales en nada cambiaba delante de mis ojos. Se repetía cada kilómetro un desolado ambiente, muestra la inmensa pobreza de nuestros campesinos. A la sazón de nuestro régimen democrático, se agudizó a partir del premeditado engaño de la reforma agraria y de aquellos subsidios que jamás llegan a su destino. Una y otra vez encontré caseríos fantasmas en los Montes de María, también en la región de La Mojana de nuestro departamento. Y lo peor es que, sin tregua, aparecen por doquier la hambruna, epidemias y desempleo. Mejor dicho, a plena intemperie, recorri un camino de desolación.

En medio del difícil esfuerzo por penetrar tapones de tarullas para abrir la senda y atravesar ciénagas, dentro de una irregular topografía demarcada por lo pantanoso y los altibajos, fui guiado por el potente deseo de visitar a algún octogenario líder de tal vereda, cuya temática cinematográfica

se refería nada más a la violencia partidista y a esa guerra, ya antigua que vive el país y se ignora su final. Pensándolo bien, allá en La Mojana, los truenos añaden resonancia frondosa al paisaje. Justamente, el conjunto de la realidad permanece estancada en el ambiente, y algunas de sus derivaciones se marchan junto a las aguas de las crecientes, o en las cosechas de arroz o adherida a las migraciones de patos canadienses. Sí, esa es la vida real, a la que no se le pasa nada a pesar de no tener scanner. Contiene la virtud de experimentar las más desconsoladoras y alegres transformaciones en este universo de aguas, según la cual, sólo la creciente y la no creciente son exactas, mientras a la par, se funden en el magma del milenio.

Un nudo confuso de hábitos mantiene viva las costumbres para siempre. Al saber que el torrente de tantas crecientes intentó llevarse a trozos las tradiciones, más bien las convirtió en una certeza sólida de necesidades. Extendida la equivalencia de las necesidades, mediante una inspección rutinaria, oficia igual a la pesada monotonía de la vida, sin sobresaltos, repentinamente arrebatada sin previo aviso. A raíz de un fugaz momento de viento, simboliza diariamente el reglamento tranquilo de los siglos. Al llegar la noche se vislumbran, en las nubes cargadas de lluvia, fantasmas errantes. Semejan sombras oscuras que destellan en la más profunda concavidad de otra sombra. Y entre los matorrales se empiezan a oír miles de sonidos conflictivos de insectos y batracios que se suman a la amenaza de una fuerte tormenta.

Y en la población de Pisa, corregimiento de Majagual, me contaron varios nativos que en décadas atrás, en las

poblaciones de Sucre y Majagual, largos remolcadores anclaban en sus puertos, y pescadores contaban sus peces a la orilla del río Mojana. A la caída de la tarde, lavanderas con un revoltijo de sudor y ojos esperanzados, enjuagaban las ropas. Bien allá, después de oscurecer, las hojas de yarumo, nunca quietas, brillaban por los rayos de la luna y susurraban sigilosamente al soplo de la brisa nocturna. Eso sucedió cuando todavía se podía pescar de noche. El río Mojana, en líneas generales, moribundo y contaminado, recuerda los destrozos de la civilización. En medio de huracanes y truenos, el afluente pierde sus aguas. Poco a poco se va la vida, y el lejano sonar de campanas de algún corregimiento, sones que son traídos por las aguas contaminadas, adquiere matiz de luto y quiere manifestar a los habitantes: dense prisa en ayudarme, de lo contrario morirán junto conmigo.

En época de verano, justo antes de anochecer, llegaba el bus de Sucre a Majagual. Repleto de angustias provincianas, en medio de cultivos de arroz, se acercaba en un tropel mudo, envuelto en enormes nubes de polvo que levantaban sus llantas. El caso, para abreviar, frente a la Alcaldía Municipal, de a poquito, bajaban pasajeros atontados, de rostros empolvados y camisas que parecían almidonadas en barro, por el sudor pegadas al cuerpo, y de colores indefinidos. Metiéndose a los ojos, surgía un arrebol colorido, y en el cielo había pequeños charcos y ríos argentados sobre un fondo de remansos negros, a la par avanzaban despacio redondos cúmulos de nubes grises, perdidas sin rumbo; imitaban tortugas huyendo del incendio de un pastizal. En el pueblo, los bosques fueron

cediendo el paso a los cultivos de arroz y las casas se hicieron más numerosas detrás del cementerio central. Estacionados en calles, permanecía uno que otro tractor oxidado, motocicletas y camiones desgastados por el uso y por los golpes.

Sí, lo sé, y estoy seguro que nuestro movimiento universitario, apenas detonó el estallido de una fuerza que había estado hasta aquel octubre comprimida. Al igual que en las elecciones al Concejo Municipal, a impulso de pasión y forzado gradualmente a adoptar una actitud más fuerte, apoyado en claros principios democráticos, alcancé el objetivo: diputado a la Asamblea de Sucre. Tras un duro peregrinar, obtuve el aval del partido Apertura Liberal, que de logotipo de campaña utilizaba *una carita feliz*. Naturalmente, sonreía. ¿Y por qué no había de hacerlo?

A pesar de todo lo narrado, el ejercicio de la política puede convertirse en un gusano bicéfalo que penetra hasta el cerebro y se convierte en un misterioso tumor grecorromano. Puede crecer en las profundidades del cerebro como una ambición, provocando esa enfermedad, que es una de las más difíciles de curar: la obsesión desaforada del poder político y económico.

Rápidamente, enseguida, sin postergación, el recinto de la asamblea se convirtió en una puja de sectores. En esto, por lo menos, no participé inicialmente. Más presente que las propias emociones, la prudencia indicó que me exponía a perder la independencia política. A la final, tuve que actuar influenciado por la marejada de una exaltación demasiado fuerte por participar en tal debate. Había que ver cuán fundado consistía

mi temor de poner en consideración una propuesta en el orden del día. Yo me consolaba dejando pasar las sesiones. ¡Qué equivocación más lamentable! Eso me preocupó bastante. Por lo demás, todo ello vino de manera inesperada. A fin de cuentas la cosa política es así: inesperada, astuta y desconcertante. En el transcurso de la sesión de cualquier jueves, fui ponente de varios proyectos fundamentales para la recuperación de vías terciarias del departamento y la estructuración del plan de desarrollo regional de aguas, consistente en fortalecer los servicios de acueducto y alcantarillado de cada municipio del departamento.

El político envejece cuando piensa que el cálculo utilitario de las obras ejecutadas es suficiente para la comunidad. Si se pone a mirar que lo que está construido basta para todo el devenir posible de la población, ya no es joven. Cuando opina que es mejor dejar las cosas así cómo están, está viejo. Cuando su afán de beneficiarse de partidas presupuestales del Estado supera el deseo de invertir en favor de la colectividad, está moralmente sucio.

Sobrecogido de respeto y emoción, podía estar satisfecho por los resultados obtenidos en la duma departamental, cuyos beneficios llegarían a diversidad de zonas rurales marginadas, seduciendo cada vez más a los electores inconformes, menos a la decadente clase política mencionada. A raíz de las distintas ordenanzas que aprobó la Asamblea de Sucre, empecé una febril labor de visitar barrios excluidos, veredas y municipios, para constatar que efectivamente se estuviese cumpliendo el

cronograma de dichas obras, y mantener un contacto directo con la gente, dándoles a conocer los compromisos que la administración asumió ejecutar. Este ejercicio, ya no como candidato, sino en calidad de un dirigente comprometido, dio lugar a un progresivo reconocimiento y crecimiento de mi carisma en el espectro político de Sucre. Y sólo me quedaba espacio para ver a mis hijos en horas de la noche. Vamos, vamos. Pa' lante es pa' allá, me repetía en instantes de fatiga.

No sé cómo sucedió. Cualquier tarde llegué a un estado de total cansancio inimaginable. El caso es que, al pie de la letra, había resuelto tantos problemas que sería interminable mencionar. En demanda de descanso, deseaba reposar indefinidamente, sin pensamientos, sin preocupaciones. Al ser beneficiado de apreciables logros, la vida se mostraba con otro aspecto. Si me hubiera contentado con gestionar los asuntos corrientes, hubiera traicionado mi función de gestor social. Menos mal, en esta especie de tregua, nada activaba el chip de la política proselitista, sólo quería descansar.

El apartamento olía a pintura fresca, empezaba a anochecer. Al compás de millones de gotas de agua y uno que otro relámpago, fluía el invierno. El cielo tenía que estar encapotado de nubes negras. Allí permanecía, en compañía de Mariano, el escolta, oriundo del Chocó, de aspecto tranquilo y mirada serena. A él, por lo general, le gusta el orden, pero jamás sabe mantenerlo. Y de las escasas oportunidades que disponía de estar relajado, en esa jornada había atendido a los miembros más importantes del grupo IDEAS. Discrepamos en varios

aspectos referentes al tema académico de la Universidad de Sucre, y sobre algunos nombres de profesores. Provocado a seguir tomando parte de la discusión, preferí mantenerme al margen del asunto. Más adelante, a las seis y treinta, encendí el televisor para observar las noticias locales. A propósito de esto, el marco de la ventana de mi habitación siempre me pareció un caleidoscopio. En días soleados los colores del sol cambiaban, los árboles que bordean el barrio se volvían grises, negros, y verdes. En cuanto volví a mirar el aparato, el presentador anunció los titulares, deportes, farándula y, al final, subrayó un servicio social que de inmediato activó el dispositivo del servicio.

—¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! En el hospital universitario, esposos desplazados provenientes de Las Posas, corregimiento de San Marcos, necesitan urgentemente, para su niña recién nacida, un respirador artificial y tratamiento hepático. Sus padres, viven de la caridad de los transeúntes, pidiendo limosnas en las calles del centro de Sincelejo.

En el suspiro menos pensado, un anuncio de esta magnitud puede volver a cualquiera a la realidad. Y la verdad, a veces es bueno exagerar un poquito. También es cierto que es bueno colaborar hasta donde sea posible. En este sentido, sin ton ni son, ocurre una cosa. Esto lleva a otra, y aquella lleva a algo más complicado. Si mal no recuerdo, ¿cuántas emergencias de esta índole se me presentan a diario? Decenas. No es que evada comprender la urgencia y la necesidad, sino que en tales ocasiones no hay suficiente dinero que alcance. De momento,

todos estamos en el aposento. Mariano me miró. Tiene algo que sugiere una enorme fuerza oculta, un confiado aplomo y no cree en la dialéctica, tampoco quiere saber su significado. También lo miré. Yo vestía bermudas y camiseta esqueleto. Infringido el código de seguridad de la tacañería, revisé la cartera, no guardaba un solo peso. Milene tampoco disponía de dinero. Continué mirándola mientras movía aquella cabeza cargada de cabellos negros. Sus ojos expresaban angustia ante semejante calamidad familiar. Exento de posible error financiero, encontré una solución.

—Mariano, vamos al cajero del banco y pasamos directo al hospital —dije en tono acelerado— calzándome un par de abarcas *tres puntá*.

Y la constante chispa de interés por servir aumentó, pese a nuestras dificultades económicas. A la larga pagábamos arriendo en el barrio Florencia y mis ingresos sólo dependían de la Asamblea Departamental. Una sencilla operación de aritmética hacía estirar el salario; ponía en evidencia mi condición de asalariado. Aún, a costa de empeñar algunos electrodomésticos para poder hacer el mercado, y comiendo privaciones, el anuncio tocó el punto débil de mi sensibilidad humana. Por ser un derroche completo de caridad, creo que a un notable costo, aplico una solidaridad derrochadora. Y hasta la fecha mi voluntad no ha llegado más allá de ayudar al próximo, hasta donde sea posible. Sabe, los monjes tibetanos inventaron un aparato llamado *bondímetro*. Es un aparato para medir la cantidad de bondad que aloja el hombre en su

corazón, ¿lo sabía? En una escala de uno a diez, ¿cuál sería tu puntaje? Bueno, el *bondímetro* sólo puede medir su bondad hacia el prójimo.

Estos casos, precisamente, son en los que colaboro a diario. Ya había entendido esto... justo desde mi infancia. Pero tenía que recorrer la comedia de la escasez antes que esa visión de la realidad pudiera llegar a ser mi fuerza motivadora. La tremenda necesidad de los demás actúa en mí, similar a un imán. Coincidente y fraternal, atraigo a quienes requieren ese tipo particular de servicio. Esto sucede a menudo. Los enfermos aumentan por docenas. Tal vez extraviados de la suerte pareciera que se aferraran a su única esperanza. A la par, esa sensación de servir se convierte en tranquilidad de conciencia. Experto en encarar a solas los problemas que tengo delante, para la comodidad razonable del futuro, no contienen nada que me afecten, por el contrario, fortalecen esa actitud de desprendimiento material. Así se despejó el titubeo y resolví invertir el orden de prioridades, y abordamos el automóvil. Obviamente, ni la más mínima duda, ni un instante de interrogantes.

Sealo que sea, esta clase de situaciones no quería que alguien más las supiera o las oyera, teniendo en cuenta el refrán: *la mano derecha no debe saber lo que hace la izquierda*. Ya sé que resultaría largo y dispendioso, sin embargo, me hubiera gustado conocer la precisa evaluación de los pensamientos de uno de aquellos que acepta la ayuda. ¡Claro! ¡Mejor no! Perdonen. La curiosidad me jugó una mala pasada acerca del refrán popular,

haz el bien y no mires a quién y no preguntes nada. Una de otra por una. Aquello afectaría mi capacidad de servicio. Más allá de todo conflicto interior, resolví poner la mente en blanco, por muy lamentable que fuese esta circunstancia. A fin de cuentas, dirigiéndonos al centro de la ciudad, diagonal al parque Santander, Mariano detuvo el automóvil. A toda prisa entré y salí de un cajero ¡Horror! El pago de los honorarios no estaba consignado. Si no fuese por la falta de fondos, todo sería lógico. Quería considerar esto imaginario. A sabiendas que sólo es imaginario un sueño, imaginaria una pesadilla. ¡Qué vaina, carajo! Me había equivocado en mis cálculos financieros. Por lo visto, de momento, el servicio tenía que postegarse; empero, en dicho caso, ello indujo a expurgar otra alternativa. Mariano patentizó la solución. Yo, pensando en el uso singular que le doy al dinero, le sonréí. De tal modo, temí que tampoco tuviera efectivo. En realidad, no me molestan los apremios económicos; dentro de una lógica incontrovertible, la escasez otorga inventivas al hombre razonable, y con gran aprovechamiento, reforzando esta teoría, con voz imperativa le sorprendí a quemarropa:

—Mariano, préstame todo lo que tengas en tus bolsillos. Te lo devuelvo cuando me paguen.

En conexión a esta disertación, quizá, más misericordioso que dado a apostar a los gallos o más dado a apostar a los gallos que misericordioso, el empleado, muy temprano había retirado su salario del banco, o sea, estaba full. Sin titubear, dentro del automóvil me hizo entrega del dinero... y esos favores no se

olvidan. Ajeno a su manera de pensar, le agradecí ese gesto de amistad y confianza. Aparte del estremecimiento que le daba conducir con el acelerador al piso, decidió estacionar el vehículo a un costado del hospital. A toda carrera pasé a la sala de pediatría, guiado por una enfermera de caderas anchas y cintura de guitarra. Al verme pisar aquel recinto, la pareja de desplazados no disimuló su sorpresa. Al preguntar dónde había que cancelar el valor de los servicios que requería la bebé, comprendí que estaba intentando salvar algo más valioso que mi propio pellejo: la vida de un recién nacido.

Cuando pude observar a los esposos con más detenimiento reparé que estaban cargados de malos presagios. Exponiendo un aspecto flaco y apergaminado, sus ojos empapados de lágrimas les adicionaban más años. La pareja desplazada denotó también estar enferma. La piel pálida de sus mejillas denunciaba estragos de padecimientos inconclusos. Dada su edad, fuera de su hábitat, el desarraigo había sido tan duro que les proporcionó una visión profunda y penetrante de los sufrimientos y de los atropellos de la violencia desatada en el país.

Al verlos en esas condiciones de pobreza, el instinto me empujó a ejecutar lo pensado. Tomándoles las manos les deposité algo de efectivo y, acto seguido, me volví a la ventanilla de pago del hospital y cancelé los servicios adeudados. De regreso hice una plegaria mental por la salud del bebé.

Aplicada una de las obras de misericordia, la de visitar a los enfermos, yo estaba transportado, no sé adónde. El tropezón

con un médico que caminaba presuroso por el pasillo me hizo volver a la realidad; avanzaba la madrugada. El reloj seguía su recorrido. Me horrorizó, al principio, saber que hubieran transcurrido tantas horas mientras yo pasaba de ventanilla en ventanilla, pagando y comprando medicamentos.

Y el cuadro de la pareja sentada frente a la sala de urgencias persistía allí. Había algo nuevo en los ojos. Comprendían el significado de sus lágrimas, y había muchas preguntas en sus miradas. Sintiendo el efecto letárgico del trasnocho, estiraron las piernas al notar mi presencia, queriendo desentumecer las rodillas y liberarlas de ese molesto hormiguillo que por estar en esa posición perduraba en ellas, similar a cuando uno despierta de una pesadilla obstinada.

La capital departamental alberga numerosos desplazados por la violencia, la mayoría, procedentes de Los Montes de María. En el transcurso de esas fechas descritas veredas fueron intervenidas por grupos paramilitares. Entrenados para el asalto y operaciones nocturnas, según versiones de sobrevivientes, irrumpían pintados con colores de camuflados, demostrando poseer entrenamiento especial para este tipo de acciones que escalaban el nivel de carnicería, al llevar a cabo ejecuciones indiscriminadas para infundir el terror a la población indefensa. Justamente, este tipo de terrorismo me condujo a conocer a la familia desplazada de apellidos Aguas Rivera. No comprendían por qué tuvieron que sufrir esta clase de terrorismo, y cuya propagación los obligó a abandonar sus tierras. Eso suponía una paradoja hasta que se convirtió

en algo cotidiano. Condenados a deambular en la calles de Sincelejo, esas lágrimas jamás les indicarían el camino para reencontrar aquel pasado añorante. A lo menos, en el fondo, deseaban regresar a su parcela, unidos a la perfecta pureza de sus costumbres.

A lo largo de varias semanas me enteré de la mejoría de la criatura, que superó un escollo bastante delicado. Al menos, el recuerdo de aquella niña llamada Francisca de Jesús, permanece alojado en mi corazón. Un tanto desorientados, recorrían el eterno camino olvidado del destino, con todas las alteraciones del pasado y las esperanzas del futuro. La madre llevaba a la hija en sus brazos y el campesino, un costal de contenido incierto sobre el hombro. A la fecha, desconozco el paradero de esa sufrida familia, símbolo del dolor y la barbarie que se ensaña con los desposeídos de nuestra patria. Según varias enfermeras, emigraron a la ciudad de Barranquilla, residencia de un familiar que prometió ayudarlos.

A veces los he visto en mis sueños, sentados en la sala del hospital, estirando las piernas para desentumirlas. Y del fondo de un pasillo oscuro emerge amenazante un desdichado jefe paramilitar de aspecto feroz y de conciencia perversa, algo alopélico, había perdido su grupo y ya no sabía adónde ir. Tan descaradamente reconoció su participación directa en más de 300 asesinatos. Culpable de numerosas masacres, intenta escapar de las autoridades a toda carrera; el camuflado luce ensangrentado por la sangre de sus víctimas. Sin duda, huye de la justicia o del terror de un pasado de incontables delitos sombríos.

En Sincelejo, atento a un intenso trabajo mental, dispuesto al servicio y hecho de astucias y sorpresas, en tal período de diputado, tuve varias ocasiones para compartir con los políticos más destacados de Sucre. Tenidos en cuenta mis proyectos de ordenanza, aprobados por la Asamblea Departamental, la población se mostró satisfecha con mi desempeño. Ahora bien, estaba pendiente de la posibilidad de renunciar y aspirar a la Cámara de Representantes, en otro acto de superación al que me creía plenamente autorizado, y no pensaba en nada más. Razón de más para que yo pasara en vela noches enteras, cavilando tal objetivo. Si dichas acusaciones, a las que he llamado injurias, no acuden al llamamiento de la voluntad, no habría analizado dudosas actuaciones de todos ellos, o sea de los contradictores, lo bastante grave, que me llevó a especular la probabilidad de un complot de mis enemigos de adentro y de fuera del departamento. Cotejando los rumores y las habladurías en las calles, no era necesario ser paranoico para sospechar que hubiesen planeado un atentado para sacarme del camino. Al suponer qué clase de repercusiones tendría, más temprano que tarde, se vieron obligados a abortar este tipo de acto criminal, rompiendo aparentemente, esta modalidad de pacto secreto, propio de la mafia criolla.

Sin despertar sentimientos de desdén no quiero magnificar, y de alguna manera comprendí, dicha aspiración excedía un límite. A la par del patronazco de la política local, no había que traspasar el perímetro establecido por ellos.

¿Qué pasaría si provoco la ruptura de estos paradigmas de la política departamental? ¿Qué sucedería en mi contra?

¿Acaso no era ya hora de ir al frente? ¿Acaso no será designio del destino que yo persiga hacer añicos la estructura construida por estos caciques? A fe mía, así lo intentaré y, probablemente, tendré que dejar fuera de la contienda a un par de esos políticos, si no queda más remedio. Abiertas las puertas de la rebeldía, consulté esta decisión con los compañeros de universidad, dignos de figurar en este libro. Yo no había olvidado que todo esto tuvo su origen allí. Ellos, situados en una perspectiva realista, estuvieron de acuerdo en transgredir el esquema conocido, en atención a que se necesita dar un revolcón a la tendencia tradicional de la política sucreña.

A pesar de todas las circunstancia conocidas, no habíamos echado en vano el aprendizaje de nuestro método estudiantil. Esta vez, obtenida la concesión de tantos universitarios, el resto, resultaría una enconada batalla electoral. De mi parte, esto hubiera sucedido hace años atrás: mandar al tintero el bolígrafo de la política regional y darle otro rumbo a nuestra comarca.

Atendiendo las directrices del grupo IDEAS, dimos ese salto adelante. Mientras mi pequeña Ketty intentaba dar los primeros pasos, Milene a la hora de acostarse, reza:

—¡Bendícenos Señor! Por favor, nada de privilegios, nada de extravagancias para este hogar.

Su voz no emite resonancia, oraciones pronunciadas con calma. Tal vez lo hace porque procede de una familia evangélica. Pues bien, gracias a ella, la oración me consuela de todos los males que tengo que afrontar. Por lo demás, bastante

esfuerzo invertido. Esto significaba algo. Sin excepción y sin tener que reflexionar demasiado, empecé a recorrer todos los municipios del departamento. En cierta ocasión, un líder político de San Benito Abad me interrogó:

—¿De manera que usted no pertenece a ningún partido, entonces, usted qué pitos toca? Dotado de la capacidad de soñar, simplemente le contesté.

—No, mejor me marcho para ahorrarle un interrogatorio godo-liberal.

No muy distante del calendario, en tal recorrido, no se me había ocurrido pensar en que todo se maneja desde Bogotá. Lo había oído decir tantas veces, lo había podido comprobar tantas veces, que ya había dejado de ser verdad. Y, de repente, temí que todo fracasara, secuencia de centralista coyuntura. Qué torpe he sido. Creí encontrar la explicación de la mezquindad política: bien lo sabía, ellos se creen ungidos por el poder espurio, arbitrario y excluyente.

Para dicha mía, quizá hubiera sido mejor decirle que sí pertenecía a cualquier partido y darle así una prueba irrefutable de que él estaba orinando fuera del tiesto. Excluido el tema multipartidista, sólo me limité a mirar, desde la puerta de su casa, la inmensa ciénaga de La Villa y, más optimista, deduje: estos dirigentes políticos jugaban a la decadencia, pero no lo hacen bien; sólo les falta una aplastadora votación en su contra para celebrarles un entierro de quinta categoría.

Encontrando el punto extremo, empezó a resultar difícil tal cruzada proselitista. En vista que el proselitismo es un equilibrio entre el elector y el candidato, surge una tendencia de aceptación o de rechazo, así que a veces, el asunto de aceptación sólo puede empeorar antes que las cosas tiendan a mejorar.

De regreso a Sincelejo, a pesar que todos los sondeos no favorecían mi aspiración, por tensión natural presenté la carta de renuncia en el pleno de la Asamblea Departamental. ¿Se llama a esto presunción recíproca o dialéctica?

Cuántas veces, en multitudinarias concentraciones políticas, se observa a los de izquierda, a los más útiles de la comunidad, y a los de la derecha. Tendría que ser un genio para adivinar cuál de ellos votará por el orador del instante, sea cual fuere su ideología.

No hace, en efecto, varios años atrás, pasaba inadvertida la naturaleza del bolígrafo en la política regional. Ponía una nota de ambigüedad moral al asunto. A juzgar por los acontecimientos de ese presente, si no procuraba obtener el aval electoral de cualquier partido tradicional, mi futuro cantaba sentenciado. Simplemente me di cuenta que se agotaba el plazo de inscripciones; no podía correr el riesgo de esperar otras elecciones. Al cabo de unas semanas, no después de una serie de visitas a ostentosos parlamentarios, salía de sus lujosas residencias arrastrando más tristezas que consuelos. De camino a mi casa —éste no es lugar para ti— yo mismo me repetía. Aquí, por cuestiones de abolengos, las aspiraciones

políticas tienen otro aspecto. Son determinaciones electorales que se hacen por razones personales. Mucho más aún, uno de esos políticos, pavoneándose en la sala de su vivienda estilo colonial, hacía alarde de su poder económico, mientras una enredadera amoratada trepaba por la fachada y lanzaba sus zarcillos a los alfeizares de la ventana en demanda de audición. El parlamentario al mirarme, agolpó en sus pómulos una sonrisa de malicia. Finalmente, dándose la vuelta para ponerse del todo frente a mí, ajustándose el ancho pantalón de lino, reveló.

—Yo podría ser tu padre, por lo tanto, no lo lleves a mal si te hago una recomendación. Tienes que admitir, tu aspiración a la Cámara de Representantes va directa a un rotundo fracaso. Para desviar ese rumbo, basta apoyar al representante de mi simpatía, y te concedo ocupar el segundo renglón de esa lista. Si proyectamos un trabajo conjunto podemos alcanzar la segunda curul, y la segunda curul eres tú. ¿Qué te parece? Tómala como una muestra de mi reconocimiento al esfuerzo que estás realizando.

Escuchada tal proposición, comprendí que mi misión consistía en decidir todo lo contrario. Entonces, así se efectuaba la escogencia de candidatos al Congreso de la República en esa fastuosa residencia. Y lo que todavía es peor, existe una premisa llamada poner condiciones a la aspiración de un rebelde que no pertenece a ese exclusivo mundo de intereses. Supongamos: yo acepto, hecho muy poco probable. Perdería mi autonomía; estaría sometido a los dictámenes del

congresista, y terminaría convertido en un apéndice de sus pensamientos, yendo en contra de todo lo que había construido en la universidad ¿No es verdad? Y punto. Siguiendo al pie de la letra lo que me indicaba el sentido común, di la espalda y continué mi camino.

Al caer la tarde, por ser festivo, había gente amontonada a la entrada de la catedral San Francisco de Asís, y espié lo que sucedía en torno, sin entreverarme. Pasé de largo, pero había una cosa que quería descargar mientras cruzaba el parque Santander: Llorar y llorar, a los pies de la estatua del prócer de la independencia, el Hombre de las Leyes. Equivaldría a derramar lágrimas simbólicas sobre todas las leyes pisoteadas a diario en nuestro país.

En todo lo concerniente a conseguir el aval, esta parecía ser la última carta jugada. Por desgracia, me equivoqué de cabo a rabo al presumir que lograría convencerlo fácilmente de que me diera tal oportunidad. El congresista escogía a los más adinerados de su entera confianza, y era lo único que a él le importaba. Frente al monumento del hombre de las leyes, no sólo me sentía alarmado, sino que me carcomía una profunda desilusión, sintiendo alrededor una helada calma, la cual consideré un llameante éxtasis del abandono.

Al amanecer, instalado en el patio de la casa del barrio Florencia, el grupo de compañeros de la universidad buscaba una solución, sí, una solución. La solución más viable consistía en viajar a Bogotá, tocar puertas en los diferentes directorios

políticos para obtener el esquivo aval. Entre tanto, Milene corría de la cocina al comedor, del comedor a la cuna de Ketty. De la cuna corría a la cocina a apagar la estufa, sin poder evitar que se derramara la leche, y estuvo a punto de resbalar a causa del piso mojado. A pesar de la preocupación que sentía por no haber concertado las entrevistas de alto nivel que esperaba sostener, esa tarde volé a la capital, víctima de influencias perniciosas, aprisionado en unas ataduras de las cuales sí estaba consciente.

Bastó que el aire frío de la sabana bogotana me refrescara la mollera repleta de tantas especulaciones, para reforzar que aquí cristalizaría el objetivo. Obstinado en cumplir las leyes del protocolo cachaco, vía telefónica concerté las respectivas entrevistas. Por desmesurado tesón que puse, de cada directorio salía cansado, extenuado. Nada más diciente, agotadas las reservas de mi insistencia, más complejo se volvía el rompecabezas político. A la final tuve que rendirme, y esa rendición se trasladó a mis palabras. Brotaban de mis labios con un tono tembloroso y angustioso; les describía esta aparente confabulación a los compañeros de Sincelejo. No sé por qué lo pensé; tenía la impresión de que hacía muchos años sufría una gran decepción; esta aspiración frustrada, tal vez. Pareciendo estar al otro extremo del mundo, bajé la vista a la entrada del hotel El Alférez Real, sin poder satisfacer mi codicia política ni quebrantar los tentáculos absorbentes de los parlamentarios de Sucre. Ya en ese instante me amordazaban las lágrimas de impotencia; así, hube de consolarme con el recuerdo de nuestras reivindicaciones universitarias y consolarme

esperando mejores épocas para de nuevoemerger al escenario electoral. Embodegada la fantasía legislativa, igual al que refiere que le ha ocurrido y los que sus propios ojos han visto, en lo que a política concierne, no doy nada por supuesto. Esta vez, sin análisis clínicos, me auto diagnostiqué abatido, y por primera vez visualicé, no la batalla, sino la derrota.

Al otro día, en cuanto caía el sol, pisaba la ciudad de Sincelejo. Yo proyectaba una sombra desigual sobre el piso, a sabiendas que merecía de un auditorio para denunciar esta exclusión. Otra vez, con mi maleta desgastada por el uso, permanecía frente a la puerta de mi casa; no veía la hora para entrar. Después de todo esto, ya se me había acabado la paciencia y también estaba a punto de estallar. En tal caso, había soportado excesivos desaires durante tales entrevistas, y aún seguía con la necesidad del aval, indispensable para poder intervenir en las elecciones.

De algún modo, de alguna manera, lo único que quería, lo único que me hacía seguir adelante, era la idea obstinada de llegar al Congreso de Colombia. Medio sentado en la cama nupcial, necesitaba ejuagarme la boca y beber abundante agua.

El hecho de la esencia de lo planteado por el senador, en ese suspiro, titubeé al ser tocado por el hambre, pero sin deseos de comida. En dicho instante, por lo menos, imaginé la opción preconcebida a lo que posiblemente me iba a someter. Desde luego, punto por punto, abocado a la sumisión, no parecía sorprendente ni digno de admiración. A él le interesaba mi

votación para hacerse elegir al senado, junto al representante de su confianza, y yo, así subordinado, trataría de subsistir de cualquier modo junto a mi familia. Una hora más adelante, atendí la llamada de tal congresista, requiriendo mi pronta decisión. Basado en mi sistema de interpretación, aquello me sonó más a satisfacción que a expectativa, ¿no le parece? Más bien buscaba comprobar mi frustración en relación al viaje a Bogotá. Por otro lado, ya convertido en tema de conversación, eso sonaba, por momentos, a novela de conspiración electoral. En cualquiera de los casos, más bien perfiló un entramado de intriga y complot en el mezquino mundillo de la política sucreña.

Tal era la última tensión. A la expectativa de que pasara algo, el grupo de la universidad coordinaba una especie de convención en la gallera San José, ubicada en la calle Mariscal Sucre de Sincelejo, proyectada para el domingo siguiente, en la cual, todos decidiríamos el futuro del movimiento estudiantil. En el fondo, consideré que esa actividad no tenía sentido, pues, calculé que no conduciría a parte alguna. A primera vista, dicha asamblea encajaba a la perfección en el momento coyuntural que se vivía, provocando una conmoción generalizada. Acaso como nunca después, al margen de una dosis de utopía, el escenario constituía el espacio propicio para debatir la propuesta del senador, incluida, la posibilidad del retiro de mi nombre en esa contienda electoral.

Entre esta cascada de obstáculos, siempre haciendo esfuerzos para impedir que las cosas fueran de mal en peor,

cuando todo pareciera estar perdido, la diosa fortuna decide intervenir y transforma la situación mágicamente.

De modo análogo, no era suerte lo que deseaba, sino reconocimiento; reconocimiento de un trabajo político, reconocimiento de su valor excepcional. Nada que no fuera eso me satisfaría con relación a ese acto sencillo, que por su devastadora simplicidad había causado asombro en toda la ciudad. O mejor dicho, para ser exactos, ajustado a la visible encrucijada en que me hallaba, sentí el presagio abrumador del final.

La polémica constante conllevó a que me asaltara un sentimiento de indignación, claro, esto ya se esperaba. En el fondo, se trataba de un secreto a voces entre los gamonales de la política sucreña, el de impedir la obtención del aval para tronchar mi aspiración al Congreso de la República. En parte, esa fue la razón del bloqueo que sufrí en Bogotá para sepultarme políticamente. Pues bien, la irrupción de este movimiento popular surgido de la universidad pública, representó una seria amenaza a sus intereses particulares. Usted debe comprender las poderosas motivaciones para defender los privilegios que a ellos les significa mantener intacto su fortín votante, y llevar a cabo una confabulación de esas proporciones para que yo no pudiera aspirar a la Cámara de Representantes. Siendo así, terminan restándole credibilidad a la frase: *APERTURA DEMOCRÁTICA TENEMOS EN COLOMBIA*, que a pleno pulmón suelen mencionar en sus discursos veintejulieros.

Por esos azares del chisme callejero, me enteré de la perversa estrategia que había en mi contra, a última hora dejarme sin aval y sin posibilidades de continuar en mi aspiración. El 5 de febrero del 2010 resolví renunciar al partido Apertura Liberal, expuesto a la dictadura del bolígrafo.

Esto alteró el panorama personal. Quizá usted no lo entienda todo de una vez, pero voy a tratar de explicarlo. Al llegar a la gallera San José, un pormenor inevitable de mencionar, el cual expone en parte el cariño que percibo de mi pueblo, de golpe, me condujo a aceptar el abrigo de la multitud. Sobre este punto no hay la más mínima duda, y me obliga a describir la caravana interminable de moto-taxistas que me acompañó a recorrer las principales avenidas. Total y absoluto, representó esa inquina que me aquejaba. Luego arribé al sitio de la concentración. Repito, se trató de una manifestación espontánea. Sin temor a equivocarme, se puede afirmar que deseaban brindarme su apoyo de esperanzas. Comprendí, también, posiblemente de esta manera me despedía de los electores. Todo cuanto podía hacer, en resumen, medio confundido, medio irritado, medio lleno de rabia, durante el desplazamiento, elevé el martillo de músculos cerrados del puño derecho en señal de continuar en la batalla. Llegado a esta etapa, el suceso se pintó muy interesante y aleccionador. Tal como suele suceder, viene a cuento esta aseveración: temían de algo, ¿qué sería? Es cosa de suponer. No obstante, ya llegaremos a eso.

A medida que me internaba en la gallera, caían del techo serpentinas. Alrededor el espacio estaba atestado de gente del común, envueltos en una atmósfera de expectativa, a

pesar del sonido de una banda papayera que entonaba el porro María Varilla. La verdad, esto jamás me lo imaginé, invadiéndome una exaltación y una impaciencia que nunca había sentido y que me electrizaba. Dentro de una sensación hipnótica evoqué el último discurso de cierre de campaña a la Asamblea Departamental. El ímpetu que tanto me había esforzado por enterrar se convocó de nuevo en mi lengua y, con él, la palabra. Al caminar en tal recinto, a través del agua en un vaso que permanecía en la mesa de honor, observé mi propio rostro, moreno y redondo, sembrado por dos ojos negros, iluminado por resplandores de farolas de neón.

Sujeto a un ayuno severo, ya casi ni siquiera observaba mi fisonomía. La correlación entre esta y ese semblante del vaso, es perfectamente conocida por los sufragantes. Establecido el resultado de la organización cerebral, descubrí, mezclado entre la multitud, al aspirante a la Cámara apoyado por el senador de marras. Él, retrasado de integridad individual, denotó estar espiándome, sentado en un oscuro rincón de las tribunas. Claro está, esto no argumentó ser un detalle intrascendente, y su actuar pringoso me incomodó. Su mera presencia suponía una distracción peligrosa para la alocución de mi posible despedida. Con dificultad logré desentenderme de él. Apuñalado por una andanada de emociones apreté el micrófono. A la par, crecía en mi interior una desolación de naufrago y, al no soportar que me mancharan de piedad, en el discurso recordé, una por una, cada batalla superada, dejándome gobernar por sentimientos lúgubres.

—¡Qué encuentro! ¡Qué recibimiento! ¡Qué solidaridad! Qué rápidas han sido las palabras pronunciadas. Aquí estoy, expuesto a las miradas curiosas o espiadoras. Quizá, en este preciso segundo, en cualquier lugar, se preparan los mismos o nuevos enemigos para intentar truncar este proyecto político que hoy se ratifica inatajable, sin importar el pretexto que se requiere el aval de algún partido reconocido por el Consejo Nacional Electoral, y en medio de amenazas contra mi vida. De manera que estamos aquí para resolver si acepto ser el segundo renglón de una lista a la Cámara de Representantes o, si de inmediato, doy un paso al costado y esperemos otra ocasión. Ustedes tienen la última palabra, queridos amigos...

El estómago se me encogió por un inesperado vacío que brotó del fondo del espíritu, y corrían lágrimas en mis mejillas; sí, densas gotas de tormenta del alma. No imaginé soportar una despedida así. Obligado a continuar, hice una pausa y arremetí:

—Gracias por creer en este hombre que viene de un barrio de invasión. La política significa confianza en la persona que realiza las promesas. Por más que cambien las creencias, las costumbres y el estado social, la política estará presente hasta el final de los días. Justo es añadir, el servicio desinteresado a la sociedad es la clave del éxito; eso sí, prometer y cumplir. Bajo el agujón de la duda, me retiro de la contienda electoral. Apunté a la esperanza de un pueblo para servir más a la comunidad, y no fue posible dar en el blanco, secuencias de las mismas talanqueras que crea la clase política para proteger

sus intereses personales y familiares, y las ventajas que el poder a ellos procura. Rehúsan escuchar el clamor de la gente; resulta imprescindible modificar las reglas electorales para que a los colombianos de abarcas tres puntá o alpargatas, no se les impida aspirar a cualquier cargo de elección popular. En virtud de nuestros principios democráticos, los aquí presentes determinarán el derrotero a seguir.

—Muchas gracias, los llevo dentro del corazón.

Callé cuatro o cinco segundos para dejar que tal advertencia causara los efectos esperados. No hay que olvidar, el lenguaje en esos lugares arrebatadores, que no tienen su igual en el mundo, se convierte en un eco grande entre los convocados. La multitud aprovechó para resaltar su indignación y, solidaria, gritaba:

—¡Yahir, estamos contigo!

Para mí, tales palabras significaron el apoyo que esperaba para renovar fuerzas y avanzar hacia un objetivo concreto. Yo los miraba, ellos también me miraban. Siguiendo el papel de candidato, propuse:

—Aclaro, sólo queda una alternativa. Renuncio a mi aspiración, hecho que redundará en provecho de mis enemigos, y que Dios determine nuestro futuro.

Transcurrió un corto rato reflexivo, dado a que aquel podía ser el último discurso de mi corta carrera política. Y por más despectiva que sonara tal expresión, la realidad no se tornaba tan patética. Cualquiera que hubiera estado allí, del mismo

modo entendía a ojo de buen cubero tal encrucijada, no sólo del punto de vista personal, sino paradójicamente, desde la perspectiva de la democracia. Esto ocurrió en el año 2010. Y sin saber por qué, consideré que acaba de comenzar para mí la vieja existencia de estudiante, cuando la interrumpí para ingresar a la política. Inclusive, en menor o mayor medida, fue muy extraño desprenderme tan fácilmente de esa aspiración. Acto que indicó la subjetividad de mantenerme alejado por el momento del parlamento nacional.

El auditorio si entendía. Yo también. Y pasó lo que pasa cuando el pueblo se percata de la injusticia y del atropello de los poderosos. Al unísono la multitud pedía a todo pulmón no desfallecer, y tuve que pedirles calma, indicándoles.

—¡La ambición que hoy abortamos resurgirá mañana con más verraquera!

El discurso enmarcado en mayor lógica comprobada, dio por concluida mi intervención. Causó profunda conmoción entre los simpatizantes. En una convicción que excluye la retórica de los inquebrantables ideales, los asistentes, con su espíritu estremecido y ánimos desinflados, lentamente empezaron a abandonar la gallera. Por primera, y renuncio a creer que sea la última vez, el bolígrafo funciona en la política nacional. Negada por el momento la posibilidad de aspirar, digamos, integré la estadística de exclusión de infinidad de compatriotas que la padecen en carne propia y manifestada de múltiples formas. Esto sí que es verdad; no se puede ocultar ante los ojos de Dios. Allí, en ese recinto debí usar el estilo

épico ¿Dónde hallar los colores para pintar los torrentes de indignación que súbitamente inundaron todos nuestros bien intencionados corazones?

El clamor unánime arreciaba contra ellos. Hasta el más iletrado considera que esos gamonales van en contravía de la democracia. Ya verá usted este sarcasmo. Adquirida la costumbre, así es la democracia aquí en nuestro país, y *a mucha honra dirán los elegidos*. Hay más aún; pareciera que vivimos en una nación donde no opera la voluntad del pueblo, sino, *la voluntad de los elegidos*. Sólo requería que mi nombre quedara registrado en el tarjetón electoral, sin amenazas contra mi vida, del resto me encargaba yo...

A media nación quería decirle esto que usted está leyendo. Muy por encima del puesto que ocuparía y poseído por el sentido de la duda emocional de político desesperanzado, tenía que conformarme y acatar a regañadientes las reglas vigentes.

Transcurridas varias jornadas previas a que algunos contradictores terminaran de sepultarme, deduje que todavía no aterrizaba muy convencido del todo de tirar la toalla. A petición de mi fuerza de carácter me repetía sin cesar:

—Tengo que esperar.

De no haber sido así, creo que enloquezco.

La maquiavélica operación de la ociosidad funcionaba con tal precisión, que a usted lo invito a considerar que, ya muerta la pena, todo volvió a la normalidad. En fin, en vez de ir al

parque Santander donde tantos desempleados se limitan a gastar la suela de sus zapatos, y enterarse del andamiaje político regional, preferí estar en casa al lado de Mile, tan hacendosa, tan abnegada, tan bella, y los niños. En un gesto de cariño los besé. Por largos minutos estuve velando su sueño con embriagada ternura y, después, a mi esposa la ungí con un beso junto al nacimiento de sus cabellos. Tanto más la amo, que mis labios se llevaron la recompensa del sudor de su fidelidad. Luego, regresé al sillón en que había estado sentado cada día, cada mañana, cada tarde y cada anochecer. Empecé a contar horas tras horas, días tras días. Por cierto, en esa jornada, hacia escasos minutos había caído el sol. A veces los vecinos me veían meditar en la mecedora. Luego, en vista de mi propia debilidad, el pensamiento volvía a una frase que pronuncié al integrar el Consejo Superior de la Universidad de Sucre:

—Antes de cumplir cuarenta años seré parlamentario.

Fiel a mi cometido, no había previsto este recuerdo. A despecho del candidato a la Cámara de Representantes, que deseaba imponerme el legislador, su nombre no volvió a aparecer en mi celular, tampoco el de aquel déspota personaje.

En tanto, mi padre seguía su rutina de comerciante informal, viajando hasta Maicao, adquiriendo mercancías para comercializarla entre allegados. Por otro lado, mi hermano Osnar, dedicado a las artes gráficas y a conformar equipos de futbol; Osnardy continuaba sus estudios universitarios y mi querida madre ejercía su labor docente, aún en el barrio

Uribe Uribe. No importaba a qué hora del día o de la noche, había algo en mí que ya no aguantaba más. Podía estallar en cualquier momento. Desde hacía semanas, desde hacía simple y llanamente semanas, seguía a la espera que sucediese algo grande, cosa en la cual, tengo que decirlo, no estaba muy convencido.

El domingo por la noche, escuché el repicar de un número desconocido en mi celular. Interrumpió la estadística de todas esas fechas de reposo. Y voy a aprovechar este espacio para contarle, contra lo que usted, estoy seguro, está pensando, se trataba de la llamada esperada.

—¡Hola Yahir!, te habla Sixto García, de Tolú, directivo de Afrovides. Te recuerdo que hace años perteneces a esta organización de base de afrodescendientes. Sólo te llamo para informarte que, por ley, tenemos la facultad de expedir avales, que bien puedes usar por derecho propio y participar en las elecciones de Congreso, por la circunscripción especial de negritudes. ¿Te interesa?

Afrovides, nació con el perfil de organización de base de negritudes en el año 2009 en Tolú, Sucre. Adecuada al principio democrático, la ley electoral colombiana le otorga el derecho de avalar listas de candidatos para aspirar a la Cámara de Representantes por la circunscripción especial de negritudes. El señor Sixto García Mejía, miembro de Afrovides, asumía el papel de gestor de esa organización que posteriormente pasó a liderar procesos políticos.

En río revuelto ganancia de pescadores. Sépalo usted, me pescó a esas horas de la noche. ¿Sería usted capaz de adivinar cuál ha sido uno de los instantes más alegres de mi existencia? Si no adivinó, tampoco verá la llegada del hombre al planeta Marte. No pude menos que sentir el incremento del pulso al escuchar esta buena nueva. Poco caso hice a esto, y de un salto abracé a Milene. Estuve a punto de derribarla; había permanecido entretenida en los oficios domésticos; conservaba el mismo aspecto, la matrona en todo su esplendor. Allí vivíamos en un círculo demasiado amplio, y rodeados de amigos incondicionales. Seguro de su indefectible abnegación, le conté lo que acababa de acontecer. Mostrados los síntomas de euforia, le susurré al oído.

—Tú eres mi esposa y la madre de mis hijos. Tú, a quien amo entrañablemente, siempre estarás a mí lado.

Igual que un torbellino al que no logro oponer resistencia, pienso que hay algo que quieres que yo te cuente... bueno. Sin tantos preámbulos, nos estregamos a la magia de la unión del amor.

Al despuntar el alba, permanecía muy contento. Dada la rotación del juego electoral, planteó obstáculos difíciles de superar. Esa cualidad que no es de naturaleza humilde, sino que procede de superar inconvenientes, a lo mejor me ayudó a soportar tantas humillaciones infligidas por los propietarios del bolígrafo. Si es posible decirlo, si el marginado llega a triunfar, ellos no tienen en cuenta lo pasado, sino, completamente, en el mayor lujo que les proporciona la hipocrecía, aparentan que

se olvidan de las agresiones que infligen y, al menor descuido, te cobran por ventanilla. Así, en un huracán de emociones encontradas, al surgir esta imprevista oferta, juré atravesar sabanales, cenegales, montañas y ríos, para alcanzar la meta soñada. Es preciso entender bien que de palabra y de hecho, posteriormente, partí en dirección al municipio de Sucre, Sucre, ubicado en la región de la Mojana. Bien asentadas las deducciones espirituales, significó echar a rodar el compromiso de dar las gracias a la Sagrada Santísima Cruz por hacer este milagro. Transcurría el 3 de mayo, fecha en que se celebra esta fiesta patronal en dicha población azotada todos los inviernos por las periódicas inundaciones.

La obra maestra de mis precauciones había consistido en que, hasta aquel viaje, nadie se percataba en modo alguno de la terrible pobreza que me acosaba a diario. Yo me había dado la palabra de encontrar medios para evadirla y, atado al mortal arrepentimiento de gastar los últimos ahorros, abordé una chalupa en Magangué, Bolívar, ruta obligada para llegar por vía fluvial a mi destino. Y experimenté primero, sin darme cuenta de ello, al zarpar la embarcación, todas las alegrías del alma. Había tomado asiento en los puestos de adelante, en una de esas sillas maltratadoras cubiertas por cojines de espumas que se achican con el peso del trasero. La embarcación deslizaba su quilla metálica sobre la autopista de agua, con esa rapidez paralizante que tienen los puñales cuando se internan en la carne y esquivan el hueso, impulsada por un motor fuera de borda de 300 caballos de fuerza. Alertaba a la vista el espectáculo incesante de plantas acuáticas florecidas y de

aves zancudas que, a su paso, levantaban el vuelo. Bien lejos, una nube de gavilanes y buitres giraba como trombo de aire sobre alguna mortecina que venía agua abajo, allá, para el lado de la Ciénaga de La Villa. No más tarde de hora y media, al tomar una curva cerrada en las proximidades del municipio, la rauda embarcación metálica desplazaba dos abanicos de aguas a los costados. En una especie de cremallera espumosa, abría la panza del río Mojana, trazando una estela de avión a propulsión de chorros que surca el cielo despejado.

Nacido en la Boca del Cura, el tributario en esa travesía alcanzaba niveles altos. El agua se unía a los andenes de las arabescas casas de tres pisos. Docenas de años aún corren por las venas de ladrillos de esas construcciones. El caño de Pancegüita que atraviesa la cabecera municipal, desfilaba silencioso bajo un puente arqueado de material, y hay viviendas en ruinas que florecen entre tarullas.* Muy al fondo, unos árboles se agitaban rizados por el viento que presagiaba cambios atmosféricos. A medida que la embarcación se acercaba al puerto, la iglesia de la Sagrada Santísima Cruz se iba delineando encima de un fluido espejo de aguas oscuras. Un calor viscoso invadía el ambiente, otorgando a los viejos edificios del centro un aspecto de sanatorios abandonados. Los desconchones de la pintura, en las fachadas, se obstinan en mantenerse adheridos cuando intentan ser arrancados por torrenciales lluvias.

* Plantas acuáticas típicas de la región.

Contrario a lo que sucedía en el antiguo Egipto, donde el pueblo se regocijaba de un nuevo desbordamiento del río Nilo que garantizaba la prosperidad, aquí, apenas despuntan los primeros aguaceros del invierno, todos en general, imploran a la Sagrada Santísima Cruz les proporcione las fuerzas para sobrevivir a otra prolongada inundación. En esta región de humedales, los caracoles en procura de refugio se aferran a las tapias, ascienden a medida que sube el agua y terminan cerca al techo de las casas. Al descender el nivel del afluente, quedan las conchas secas de moluscos pegadas a las paredes escarchadas de las viviendas, señalan la altura hasta dónde llegó el último diluvio universal mojanero.

Una fecundación de cacharreros ocupaba la calle principal que conduce a la Iglesia de la Sagrada Santísima Cruz. Bajo carpas remendadas y de variados colores, permanecían entremezclados, vendedores de guarapo, de legumbres, de pescado, panaderos, zapateros y carniceros, estos últimos, probablemente, descendientes de los hermanos Vicario.* La susceptibilidad entre comerciantes se mostraba exacerbada. Los intereses contrariados, en cuanto la exaltación disminuía, todos volvían a la normalidad de un domingo de mercado. Dos veces o más en la jornada, recorrió las estrechas calles y callejuelas enlodadas y visité cada barrio, sin sentirme ahogado por el peso de los enormes compromisos políticos. Quedé deslumbrado al conocer que en lejanas épocas llamaron a la población, la Perla de La Mojana. Esto, en ese entonces,

* Personajes siniestros de la novela “Crónica de una muerte anunciada” de Gabriel García Márquez.

fue más cierto que nunca, además, complemento cultural y comercial de la región.

Cayendo la tarde, cuando uno no sabe calcular si es de día o de noche, escuché la Santa Misa. Enseguida concurrí a la procesión que realiza un recorrido de sur a norte y de norte a sur; mejor dicho, del barrio Zulia al barrio Congoboe y viceversa, donde el tiempo se resiste a avanzar. Dentro de esas calles, con paso lento y ávidos de fe, se ven cristianos cargando la Santísima Cruz, movilizándose en una densa atmósfera ruidosa de intensos y prolongados murmullos de voces rezando; del percutir de bandas papayeras y de los estruendosos ecos de bombos que opacan el trueno del cerro El Corcovado. Ya con la conciencia purificada, me ofrecí como carguero del símbolo sagrado. Apenas hubo espacio para mis pies descalzos en el piso lodoso por el tumulto de voluntarios que deseaban transportar la emblemática cruz, a un movimiento de vaivén hacia los lados. A la larga, la uniformidad de ese balanceo henchía mi pecho y elevaba la fe al Creador. Agarrado del listón de madera, del anda, puesto sobre el hombro, al unísono, el miocardio semejante a un tambor, enviaba señales de audio en medio de esos cenégales.

Bajo una oscuridad casi santa se organizan dos filas, velas encendidas en mano, a la derecha los hombres y a la izquierda las mujeres. Bien atrás, despunta la gigantesca cruz en lo alto, de tal envergadura, intenta rozar las estrellas. No pasa desapercibido el manto blanco trenzado en el travesaño superior. El crucifijo está adornado, alrededor de la base, con

tallos de tarullas y de lirios que se elevan uno a uno hasta la mitad de la Santísima Cruz de madera. Encarnan almas en penas surgidas de las pantanos aledaños.

En tal ocasión mi espíritu se tranquilizó y mi visión se hizo más clara, olvidándome de mí mismo, sumergido en el vértice de la fe. Al promediar el recorrido, ocurrió una revelación muy singular. Puesto que tanto me importa, tengo que volver ahora a las señales que pudo dejar en mí esa maravillosa ceremonia. Yo estaba menos escéptico del futuro, gracias a las plegarias que sí son importantes para mí. Bajo la luz de la luna surgía un camino largo y tortuoso delante de mí. Y luego, de repente, cansado, sudando, totalmente indefenso, ascendía a una montaña; aparte de eso empezaba a registrar la palidez de la emoción. Al no ver más el sendero, hubiese querido decidir entre estar paralizado, temiendo caídas, o avanzar sin preocuparme por ellas, rodeado de una centellante lluvia de escarchas plateadas. No obstante, pese a los tropiezos, lograría coronar la escabrosa cima, condenado a cargar la cruz de la envidia, mandándome a dar un paso hacia adelante, cualquiera que fuera el desafío.

Pasaron años, tal vez muchos años, de esa procesión católica inspirada en la época colonial. Esto está clarísimo. Allá en Sucre, ayudé a cargar la Santísima Cruz de Mayo y, estupendamente bien instalada, la dejé en el altar mayor de la iglesia del mismo nombre, réplica a escala de la catedral de Colonia, Alemania, según nuestro nobel Gabriel García Márquez.

Enfocado en el carácter de la duda, aparecen estas preguntas: ¿Cómo y en qué estación pudieron haber ocurrido tantas cosas? ¿Y cómo había podido ocurrirme a mí, sobre todo? ¿Y de cuándo acá resulté íntimo de Enilce López Romero, apodada La Gata? ¿Y cómo resulté carnal de Salvador Arana, exgobernador de Sucre? ¿Y de dónde sacaron que yo ayudé a los grupos paramilitares infiltrar la Universidad de Sucre? En todo caso, estas son preguntas que nadie podrá responderme. A costa de recluirme en el autismo, me llevan a padecer infinita angustia moral por algo que nunca practiqué. El caso es que, a lo mejor, haciendo acopio de falsas aseveraciones, resalta a diario un sector de la prensa, y continúa hasta hoy sin saciarse. Proveen el corrosivo carácter hiriente de la calumnia.

Sorprendido al principio y aceptada la oferta de Afrovides, a eso del mediodía, inscribí mi candidatura en la Registraduría Nacional del Estado Civil de Sincelejo... Añado una tontería, arrojado a la basura el fardo del bolígrafo, andaba más feliz que mis perseguidores, sin variar la ruta. Soy diferentes a ellos, poniendo en evidencia sus flaquezas; poseo lo que no tienen: sensibilidad al conocer las angustias ajenas. Exhalo la felicidad de servir y la suscito a mí alrededor.

Uno de los rasgos más engañosos de la democracia colombiana es la circunscripción nacional para aspirar al Senado de la República, privilegio del que también gozan ciertas circunscripciones especiales, entre ellas las afrodescendientes y las indígenas. Puesta en marcha la Constitución del 91, por la condición natural de la política, de aquí para allá y de allá para

acá, sin fronteras, se institucionalizó la búsqueda de votos en todo el país por los aspirantes a la Cámara Alta. Ignoran el principio regulador de que todas las instituciones derivan su fuerza, en lo sucesivo, del interés público; por los años de los años se conocen las implicaciones del clientelismo y el caciquismo transregional. En la actualidad, resulta fácil observar la contaminación que generó en la provincia este ejercicio manzanillo. Candidatos ajenos a las dolencias y a los anhelos de los pueblos, llegan, en oportunas ocasiones, a la simple tarea de adquirir unos cuantos votos sin compromisos, pervirtiendo aún más las costumbres lentejistas. Cuando la circunscripción departamental se queda sin representación en el Senado de la República, basta para que en frecuentes ocasiones sea excluida de las grandes decisiones del alto gobierno, viéndose obligadas a subordinar sus planes de desarrollo, bajo la aquiescencia de altas instancias gubernamentales que a veces resultan peores que un caballo de Troya.

La política puede definirse en drama o vicio; esas palabras me dan igual. A sabiendas que el político tiene deberes que cumplir para consigo mismo y con la sociedad, hay que suponer que el supremo logro no es vivir o morir por el Estado, sino ser honesto y trabajar por el pueblo que lo eligió.

A través de todo lo precedente hemos visto cómo he superado incontables obstáculos que justifican el título del libro: **PRIMERO VÍCTIMA QUE CÓMPlice**.

Y en una carrera desesperada contra el reloj, inicié la campaña en San Basilio de Palenque, el primer territorio libre

de esclavitud de América. No me lo recuerde, sí, la tierra de Antonio Cervantes Reyes “Kid Pambelé”, primer campeón mundial de boxeo de Colombia, nos enseñó a combatir la adversidad y se convirtió en el mejor Walter Junior de la historia del boxeo mundial. Los habitantes, en ese corregimiento, son parientes cercanos de nuestro campeón. Entregado con entusiasmo a la causa, continué la peregrinación hacia Cartagena. De manera breve y sucinta, extendí en todas partes los ideales negros. Pronto, un sinnúmero de votantes que habían permanecido fieles a las doctrinas de los partidos tradicionales, se unieron a la cruzada negra, entre los que destaco al profesor pensionado Oscar Bonilla, licenciado de excelentes condiciones morales. A menudo lleva debajo del brazo gruesos rollos de mapas de guarismos electorales, de los cuales nunca he podido saber si los ha elaborado para mí o sí responden a encargos de otros aspirantes. Discute a diario con pequeños grupos de afrodescendientes el porvenir de la población negra. Cual golondrina solitaria, desempeñó la docencia en diferentes localidades del Pacífico. Por mucho que se las da de listo y de intelectual, este chocoano inquieto sigue creyendo en las predicciones del almanaque Bristol. Atrapado por siempre en la educación, constituye un invaluable activista de ininterrumpidas dificultades sorteadas.

En virtud a la correlación entre la democracia y la masa popular, sí, iba a adentrarme en aquellos remolinos complicados de candidatos. Cuanto mayor sea el número de los que obtienen el aval para aspirar a la Cámara de Representantes por las negritudes, más dura se torna la contienda en esta

circunscripción especial. Tanto, que un fin de semana todos concurrimos al mismo municipio. Como es previsible, seguía en las mismas condiciones de marginamiento de hace siglos, tan abandonado. Tanta miseria se grabó a fuego en mi cerebro estremecido, y el grueso del conglomerado reclamó más atención por parte del gobierno central. Y que conste, al finalizar los comicios, nadie se acuerda de dichas comunidades y quedan espantadas y boquiabiertas.

Tal es el cuadro que pintan las frustraciones de la vida para sobrevivir. Yo lo sabía, ahí lo comprobé; nunca están a salvo de las promesas de campaña incumplidas. Sin embargo, propuse *la unión de los negros* para que nuestras quejas y nuestras iras sean escuchadas en el Congreso de la República, escenario propicio para hacernos sentir. A decir verdad, la mayoría de los nuestros están persuadidos de que no podemos llegar al poder, mientras los dioses africanos Orichas no ordenen tal propósito. Paralelamente, otros sectores de la política nacional nos miran con desdén por la carencia de verdadera organización y por falta de cohesión ideológica. Seguramente no les temen a las deidades negras, ni tampoco les deben nada. En estas circunstancias, la emancipación de los afrodescendientes se convierte para ellos en ironía.

A lo mejor, usted no sabe que entre nosotros, los miembros de las comunidades negras o afrodescendientes, se nota la rivalidad, el conformismo, el desacuerdo. Fruto de tanto individualismo resulta dudoso que surja de modo generalizado el concepto de la integración étnica. A pesar de que nos une

la raza, somos seres rebeldes completamente diferentes. Otro punto en nuestra contra: estamos en la lista negra de un reducto de blancos. En numerosos casos, a lo que aspira algún negro, es tener un jefe político protector, una condición especial; y esto sucede en diversas regiones del país.

¿No había oído esto antes? Esta reflexión tendría que recordarme algo; algo que me había propuesto olvidar. Tal apreciación la escuché en conversaciones de mi padre junto a sus amigos, por las noches. Y me había dicho: —Fíjate bien, no lo olvides—. Ahora ya no sé lo que tengo que recordar de aquella época. De todas maneras corría el calendario y llegó la fecha de la votación. Es curioso, ahora que lo pienso, del ejercicio electoral aprendí a no farme de nada ni de nadie.

A sabiendas que las enmiendas políticas no son retroactivas, por eso, otros toman iguales precauciones. A medida que avanzaba la jornada, animé a todos mis colaboradores a estar pendiente en las mesas de votación, nada menos que por sugerencia del profesor Bonilla, por temor al renombrado chocorazo, ¿Será ésa entonces la magia para alterar los resultados? ¿Saber trampear un poquito y saber hacerlo a tiempo? Qué clase de pregunta es esta... estoy atrasadísimo. De acuerdo a las noticias, hoy los fraudes se ejecutan desde oficinas cercanas a la Registraduría Nacional. A través de la red de internet, aparentemente, se altera el guarismo final. Asunto que hoy día me rehuso a creer.

Al haber sacudido los cascabeles de la emoción que están atados, igual que cintas metálicas a mi yo, pasadas las horas que

sucedieron a la batalla campal de votos, el reloj indicó las siete de la noche de aquel inolvidable domingo. La Registraduría Nacional, a través del penúltimo boletín de prensa, daba por sentada mi elección como Representante a la Cámara por la circunscripción especial de comunidades negras.

Primero, al principio, está visto que en mi vivienda pululaba la embriaguez de la alegría. En aquel momento, similar a la tarde, me dejaba ir hacia adentro de mí mismo, conformándome en la revisión de lo que fue y de lo que pudo haber sido, perfilando la inequívoca felicidad sin ir más allá del júbilo.

Por otro lado —no lo asumí como una revancha— amén de tantos pronósticos desfavorables que me declaraban fuera de juego, a los veintinueve años de edad rematé el objetivo de llegar al parlamento de Colombia, evidentemente antes de cumplir los cuarenta abriles. El rotundo éxito no podía ser mejor. Consecuencias del efecto de ciertas realidades, se mostraban y galvanizaban alrededor de una causa común los sentimientos de nosotros los afrodescendientes, históricamente marginados.

Dispuesto a reconocer la importancia del votante primario, esta vez, de aquí hay que rastrear la génesis de aquel señalamiento periodístico. Al transformarme en referente obligatorio del debate político, el hostigamiento se recrudeció al empuñar la credencial de parlamentario. ¡Ojo! Enconado hostigamiento; quizá sea la primera vez que me escuche así hablar. O a lo mejor, ya he olvidado que en otra ocasión

me he expresado en el mismo sentido, lo cual agravaría el asunto. Esto quiere decir, el ataque superó la etapa de sólo ataque, convirtiéndose en crónico y agresivo. Todo lo logrado, según los contradictores, de cierta manera, tiene relación con Salvador Arana, exgobernador de Sucre; Enilce López Romero, empresaria del chance; o los grupos paramilitares. A estas alturas ya no sé qué se puede hacer para aquellos que se ponen la venda en los ojos y niegan ver la verdad. ¡Qué distinta transcurría la rutina de estudiante! Nadie me previno que iba a pasar instantes tan tristes, instantes en que mi vida representaría, más que ningún otro, un tormento.

Ad portas de que la designación por elección popular se volviera ideal, por el contrario se tornó real, terriblemente vivo. Yo adquiría una orientación nueva ubicado en el corazón de la política nacional; y esa política, que ahora iba asimilar, de una vez tuvo sentido, asumiendo la tarea de convertirme en el yo de mi yo, o sea, el político. Aún así, ensalzados por unos, y acribillados por otros, por más optimista que salga del apartamento a ejercer las funciones de congresista, todos los días, en algún sector de la prensa nacional, surge la repetición de la repetidora. Adaptada a un objetivo, se mezclan, qué sé yo a qué absurdo de la imaginación alterada, cuando no hace escasas horas tal tema fue aclarado, pero no le dan trascendente difusión a mis explicaciones.

Sería bueno anunciar que esto comenzó hace años a apretarme el zapato, tanto, que sólo encontré una forma de desajustarlo: narrando la verdad a través de estas líneas. Hasta

sé de memoria los reiterados señalamientos que pretenden mantenerme de modo indefinido sobre una cuesta resbaladiza. Yo siempre callando, a la defensiva, a punto de acostumbrarme a la impotencia frente a las calumnias reiterativas, que en el fondo, lo único que persiguen es darle un rasponazo a mi credencial de parlamentario, sacarme del escenario político y dejar de ser un palo atravesado en la rueda de esa vieja casta que no acepta el surgimiento de personas que históricamente no han pertenecido a su círculo social, económico y político. Aparte de la facilidad natural de comprender, existen espinosos secretos detrás de bastidores que el público ignora, y que algún día habrán de revelarse, para que cada quien reciba lo que en justicia divina le corresponde. Sin deber un favor a nadie, tengo mis razones para refutar apartes del siguiente artículo periodístico:

Sucre, sin ‘Cadena’ pero amarrado

El poder de los políticos presos por vínculos con paramilitares lo ostenta un amigo de la ‘Gata’ y heredero de la casa de Salvador Arana. Misterio ronda el origen de su fortuna.

Por: Élber Gutiérrez Roa

Sucre sonríe, pero está triste. Ocho años han pasado desde que comenzaron las investigaciones sobre el terror paramilitar, el saqueo a las regalías del petróleo y la alianza entre políticos y criminales, pero los males están lejos de terminar. Quizá la única diferencia es que ya no se siente la atmósfera asfixiante de hace una década, cuando a la vista de todo el mundo los

paramilitares patrullaban las calles imponiendo a punta de masacres la ley del silencio sobre lo que allí ocurría.

Aunque los ‘paras’ no están, muchos de los señalados de cohonestar ayer con las autodefensas definen ahora el futuro de la región desde altos cargos del poder local. Si antes se acudía a las urnas con la presión del fusil de Rodrigo Mercado, alias Cadena, hoy la moda es la compra de votos a la tasa más alta del país. Hasta \$100.000 se pagaron en marzo pasado para favorecer a funcionarios nuevos con vicios de políticos tradicionales.

Exjefes paramilitares como Salvatore Mancuso y Edward Cobo Téllez, alias Diego Vecino, han señalado a dos concejales en ejercicio de Sincelejo de haber oficiado como sus fichas en la ciudad. Investigaciones ha existido, pero los lugareños no se hacen muchas expectativas al respecto, pues también tienen dudas frente a funcionarios de los organismos judiciales.

En medio de este ambiente emergió una nueva figura política en la zona. Una a la que todo el mundo le reconoce las mismas habilidades clientelistas de Álvaro “el Gordo” García, Érick Morris o Muriel Benito Revollo (excongresistas condenados por nexos con paramilitares), pero que parece tener mucho más dinero que aquellos y quien surgió en política de la mano del exgobernador Salvador Arana, también preso por vínculos con las autodefensas.

Se trata de Yahir Acuña, el mismo representante a la Cámara señalado de nexos con el paramilitarismo y la condenada empresaria del chance Enilce López, la Gata. El mismo que de

51.160 votos en las elecciones de 2010 (por el movimiento Afrovides) pasó a 126.097 en lista cerrada por el Movimiento 100 por ciento Colombia, su nueva empresa electoral. El mismo contra cuya elección la Sección Quinta del Consejo de Estado admitió hace dos días una demanda de nulidad por supuesta doble militancia, como consecuencia de su pelea con Afrovides.

¿Cómo logró hacerse al poder que dejaron los parapolíticos? Hay muchas leyendas sobre Yaho, el Negro o el Diablo, como este congresista es conocido en su región. Hasta se dice que se volvió rico gracias a una guaca de la Gata, situación que él niega. De hecho, no admite ser rico y cuando se le interroga sobre las jornadas en las que reparte dinero a manos llenas a mototaxistas o pizzeros, o cuando cierra los bares para regalar todo el licor del establecimiento a los parranderos de turno, asegura que se trata de una leyenda negra que le han inventado. De los mercados que en campaña se regalaron en su nombre, a través de bonos contramarcados con figuras de gatos, tampoco sabe nada. Dice que los bonos no existieron, pero *El Espectador* los encontró en Sincelejo (ver recuadro).

Según él, su proyecto político tiene como próximo objetivo la Alcaldía de Sincelejo y la Gobernación de Sucre. Ni siquiera se ha posesionado para su nuevo período en el Congreso y los habitantes de la zona tienen la certeza de que será candidato a la Gobernación, cosa que no resulta extraña, pues en su vertiginosa carrera Acuña no termina períodos en la corporación a la que es elegido para lanzarse en pos de un

cargo más alto. Para la Alcaldía de Sincelejo buscaría impulsar ahora al conservador Carlos Vergara, quien viene de perder precisamente frente al mandatario actual, Jairo Fernández, otrora amigo de Acuña y hoy su rival más enconado. Pelearon porque Fernández, ya como alcalde, se negó a recibirla en su casa. Acuña le reconoció a este diario que su amigo se alejó “como si no le conviniera que lo vieran conmigo”, pero nada dijo del dinero que, al parecer, Fernández no le querría pagar.

Desde entonces la oposición al alcalde ha sido enconada a través de la bancada del Concejo que lidera Acuña, cuya casa (la misma que fuera del condenado ex gobernador Arana) es el nuevo sitio de peregrinación política departamental. El lunes pasado, el controvertido representante pasó frente al Concejo y, excepto dos, los cabildantes interrumpieron la sesión para salir, uno por uno, a saludarlo.

Esto respondió Acuña al ser confrontado por *El Espectador* sobre sus peleas políticas, el origen de sus recursos y su cuestionada forma de hacer proselitismo.

¿Por qué le está dando tan duro al alcalde de Sincelejo? Porque es semejante a un Ferrari, pero no arranca. Cuestiona a la administración anterior, pero él ayudó a desordenar la casa, ya que fue concejal durante 20 años. Siendo tan joven y vigoroso ha hecho menos que el gobernador, que tiene 80 años.

¿Cómo va a decir eso, si al gobernador lo acaban de suspender por irregularidades en contratos? Pero lo ha hecho muy bien. Y no voté por él. Tiene dificultades, como todos,

pero hay avances en infraestructura hospitalaria y vial. Yo voté por el alcalde de Sincelejo y hoy tengo que pedir perdón a la sociedad y a mi pueblo por haberle ayudado.

¿Está bravo porque desde octubre el alcalde ya no lo recibe como antes? No. Yo en esa ocasión fui a visitar a mi amigo. Él y yo fuimos amigos mucho tiempo. Yo era visitante asiduo de ese edificio.

¿Y por qué no lo reciben ahora? No sé. En campaña todos somos útiles y después algunos ya no somos tan útiles. Yo no sirvo para ser la cortesana. Soy la esposa o no participo de la unión marital.

Usted es de esos amigos que no todos los políticos reconocen. Hay que ser transparentes y él en eso ha faltado a la verdad, pues en algunos espacios ha sido renuente a reconocer que nosotros lo apoyamos a la Alcaldía.

¿Por qué? No sé de qué tiene que avergonzarse. Soy un ciudadano de bien, decente, vengo de ser la mayor votación del país en Cámara de Representantes, con un acompañamiento político importante, tengo un perfil académico interesante.

También es amigo de la ‘Gata’ y de Juan Carlos Martínez, de quien se decía que manejaba medio país desde la cárcel. Ellos tienen sus responsabilidades penales y son individuales. Que la justicia los judicialice y lleve sus casos hasta las instancias donde tenga que llevarlos. Mi familia es de Magangué y negar que sepa quién es Enilce López es una mentira.

Pero usted ha reconocido su amistad... No es que sea amigo de ella. A mí se me ha malinterpretado cuando digo que sé quién es ella, porque ella es de Magangué. Y Juan Carlos Martínez, yo no tengo nada que ver con él.

¿También es equivocado decir que usted inundó de dinero las elecciones en Sucre? Yo soy un hombre humilde, que viene de las clases populares y con lo que tengo me siento satisfecho.

¿Hasta qué punto llegó su relación con Salvador Arana? La honorable Corte Suprema de Justicia tiene la verdad en sus manos. Conocí a Salvador Arana siendo gobernador del departamento de Sucre, en su último año de gobierno, porque yo era miembro del Consejo Superior de la Universidad de Sucre y él presidía ese consejo.

¿Y por eso es el padrino de su hijo? Me endosaron que él era padrino de mi hijo, que se llama Salvador, pero le puse ese nombre porque sobrevivió a una cantidad de complicaciones. No existe partida de bautismo, porque mis hijos no están bautizados.

¿Y tampoco es cierto que vive en la casa que era de Arana? Se la compré al Fondo Nacional del Ahorro a 20 años. No tengo nada que ver si quienes vivieron allí hicieron o no algo.

¿Cuánto valió su campaña al Congreso? Seiscientos y algo de millones. No quiero ser impreciso, pero estuvimos acordes al tope que permite la ley.

¿Esas cuentas incluyen los mercados que repartió en Sincelejo? Yo, la verdad... que se me investigue por eso. No le he dado nada a nadie como contraprestación para que se vote por mí. La gente votó por mí porque cree en un proyecto político nuevo que va con miras a la Alcaldía de Sincelejo y a la Gobernación.

¿Cuántos mercados repartió? Es que yo no doy mercados.

Claro, dio bonos para reclamar mercados... No di ningún bono, ni mercado. Yo, Yahir Acuña, no entregué un mercado.

Bueno, los dio gente de su campaña. ¿Y la plata que regala en Sincelejo? Me estás diciendo que cometí un delito, i por Dios!

Estoy preguntando por la plata que regaló. Si ser bondadoso es un delito, pues mea culpa. No puedo ver a un desvalido y si tengo la posibilidad de ayudarle a un enfermo, de dar diezmo de mi salario para las buenas obras o dar limosna, como dice la palabra de Dios... Nuestro Papa salió a la plaza en el Vaticano y les dio a los más necesitados sobres con recursos.

¿Y de dónde sacó tanta plata? Si miramos mis cuentas, entre lo que tengo y lo que debo, da negativo.

¿A cuánto asciende su capital? No estoy seguro. Tengo una casa, y un Mercedes Benz modelo 2000. Nada más.

¿A quién va a apoyar en las elecciones presidenciales? El presidente Santos tiene una tarea por terminar. Es la paz y le estamos apostando a la paz.

¿Y es cierto que piensa desde ya en ser usted candidato a la Presidencia de la República? Si uno se mete a la política es para aspirar. Final.

----- • -----

Al terminar de expresar estas palabras, el periodista abrió la mano y dejó caer algunas hojas de sus apuntes. Una de ellas vino a caer en remolinos cerca de mí. Transcurridas milésimas de segundos, más cortos o más largos, tuve una inspiración. Listo para dar una respuesta aguda, me adelanté súbitamente, evitando que cayera al suelo. A la expectativa de la confrontación, la cogí y la guardé en un bolsillo del pantalón para leerla más adelante, como símbolo de lo poco, pero lo único necesario que deseaba a él comunicarle; el inmenso caudal de desaciertos de exaltado sector de la prensa carente de brillo exterior. Apoyado en las pasiones desencadenadas señalé:

—Así son los artículos que tú escribes. ¿No será una manera de granjearte la buena voluntad de mis contradictores? Al lado de esto, captado el mensaje, se establece la máscara de acusar al perseguido; se le persigue, igual que perro de caza azuzado por su amo, porque ruedan rumores y señalamientos temerarios absolutamente infundados. En él, en ti, en mí, tres personas diferentes, es difícil, frecuentemente, identificar las normas que invoca el perseguidor. El perseguidor es ambicioso, envidioso y abstracto calumniador. Lleva su mentira como una marca de nacimiento. Seguramente lo animará y lo fortalecerá en busca de una sentencia para aniquilar al perseguido, un perseguido sin causa ni pruebas. En este sentido, ese soy yo.

A menudo reflexiono. Dejar de lado la balanza de la justicia no implica la posibilidad de afectar la sinceridad de una confesión; mejor dicho, el relato que cualquiera hace delante de un confesor. En este caso, usted que lee este libro, se dará cuenta que tiene algo de histriónico. Si la escucha Dios, a cuyo radar nada escapa, al cual no podemos engañar; allá en lo alto tendría que atestiguar que contra mí ocurren cosas de orden tan extrañas y tan perversas que sólo persiguen destruirme. Ellos, desprovistos de recursos ordinarios, y fundidos en una masa de sombras, incurrieron en soberbia, en el malvado espíritu del autoengaño. Así, pues, ya hechas pecados las mentiras por los accionantes, entonces, yo no podré lamentarme de mi suerte.

Esto último no quiere decir que sea un aniquilador de esperanzas, por el contrario, observe: rotos los paradigmas en las elecciones estudiantiles de la universidad, apoyado en un grupo de trabajo emprendedor, acudimos a todas las facultades, a todos los programas, a cada uno de los compañeros, para asegurar una mayor participación del alumnado. Advierto, este capítulo demanda de usted suma atención. La oposición fue deshonesta al cuestionar nuestro triunfo en franca lid. ¿Por qué? El estudiante universitario posee una peculiaridad fundamental que lo diferencia de una persona carente de esta clase de formación. Dispone de una capacidad de análisis y de crítica muy diferentes a la que puede tener cualquier individuo del común. Muchas veces, esa capacidad crítica lo convierte en un sujeto difícil de convencer.

A éste, se persuade con argumentos reales. De cabo a rabo, cuando logré convencer a la masa estudiantil, partiendo de razones sólidas y, en una cadena de objetivos, gané su respaldo. Junto a esta nueva coyuntura surgió el odio. Los damnificados aseguraron que utilicé todo tipo de artimañas para ganar las elecciones al Consejo Superior de Unisucre. Este común denominador que esgrimieron de modo reiterado, carecía de veracidad. Pretendieron descalificarnos de ser una opción ideológica al interior del claustro, por el hecho de pensar diferentes a ellos. El problema consistió en que el alud de nuestras inquietudes trajo una sana democratización en el proceso eleccionario de la representación estudiantil, haciendo añicos una hegemonía extrema que mantenía prisionera a la universidad. Esta tarea estuvo llena de obstáculos, sin embargo, hay que enfatizar, la intrepidez es una característica de quien renuncia a la inteligencia. Principio que apliqué en dispares circunstancias. Y generada la reconstrucción interna de una operación externa, redundo al evocar que me granjeé el reconocimiento de la comunidad estudiantil, de los profesores, de los trabajadores y de los miembros del Consejo Superior de la universidad.

A partir de mi paso por este último organismo se agudizaron los odios, simplemente, porque pensaba diferente, por atravesarme a sus mezquinas ambiciones, por proponer metas distintas, por desplazarlos en función de la dialéctica. Sumadas las historias urbanas, en ese frenesí de perversidad sin límites, corrían señalamientos como gestor de la infiltración de las autodefensas en la universidad. Que mi descollo político fue

auspiciado por el doctor Arana, que soy ficha clave de Enilce López, apodada La Gata. Estas son unas de tantas crónicas callejeras que se tejen a mi alrededor, que se solaza en divulgar determinado sector de la prensa y, lamentablemente, terminan permeando a la opinión pública, a las amistades, a los hogares, convirtiéndose en tema obligado de tertulias informales. ¡Ojo! También hay en ellas una resonancia de connotaciones muy profundas.

Mas, a pesar de que no hay suerte sin desgracias, resulta incuestionable que cada cual es responsable de sus actos. En este caso, inicialmente hay que recurrir al derecho universal que tiene todo ciudadano: el voto. Por lo tanto, el voto es secreto. Al ser el sufragio secreto, el elector decide a quien marca en el tarjetón. Tras la insaciable verdad, partamos que las elecciones al interior del feudo universitario se efectúan mediante el mecanismo democrático. ¿Qué quiere decir eso? En el cubículo, cada cual determina autónomamente a quién elegir. Partiendo de tal hecho, allí juega un papel muy decisivo el estudiante. Evidentemente, puesto en marcha el sistema participativo, bajo ese precedente, el delegado electo obtiene toda la legitimidad y un peso extraordinario de autonomía y de transparencia. Fuera de esto, luego de estar todo sobre rieles, pasaron así más de dos años de mi elección al Consejo Superior. Y muy coherente en una observación objetiva, el conjunto estudiantil fue benévolamente conmigo al reconocer el liderazgo, la gestión y la capacidad de trabajo.

Totalmente fantástica y en apariencia irrealizable, tuve la osadía de postular mi nombre al Concejo Municipal de

Sincelejo. En este punto comprendí que algún estudiante de Unisucre o de cualquier centro de educación superior del país, posee la capacidad de llegar a un cargo de elección popular. La mencionada aspiración causó resentimientos entre los antagonistas de turno; asunto que parece nunca acabar. No sobra anotar, la bestia interior de la envidia no duerme, se agazapa, se disfraza, lista a atacar para dar el zarpazo inclemente en el instante menos esperado. Quizá me desestimaron y comenzaron a propagar comentarios que en nada corresponden a la realidad. En este complejo juego de envidias, la voz de la calumnia es mentira; sólo la voz de la realidad es verdad... ésta es la razón por la que me estoy defendiendo.

Sobre esas cuestiones, no logro encontrar ninguna explicación satisfactoria. Digamos, por el contrario, se me ofrecen constantemente nuevas dudas. Ya, bien instruido del asunto, partamos de que la Universidad de Sucre jamás ha tenido una persona que haya sido víctima de acciones contra su integridad física, por algún tipo de diferencias políticas. ¿Qué significa eso? Que la discusión se ha dado en sano juicio y en base a los argumentos. A pesar de esto, los adversarios que perdieron la representación en el Consejo Superior, se han encargado de buscar la manera de inventar toda clase de sandeces, persiguieron desdibujar el trabajo que allí realicé. Inclusive, se atrevieron a afirmar que no hubo legitimidad en dichas elecciones. Es posible que, en derivación de su atormentada y febril imaginación, alegaron vicios en los procedimientos electivos practicados en la universidad.

Mientras tanto, tuve que sufrir las consecuencias de tales injurias. Y si el infierno existe, ellos tendrán que limpiar sus culpas en las calderas de Satanás, si no le piden perdón al Altísimo.

Todas aquellas aseveraciones son absolutamente falsas, dado que existen organismos de control académicos y administrativos encargados de velar por la transparencia de los procesos universitarios. Y, por sí lo anterior fuera poco, resulta imposible demostrar que la Universidad de Sucre estuvo infiltrada por los grupos de autodefensas. ¿Por qué? Porque nunca ocurrió, según mis vivencias. Hoy por hoy, no conozco, ni conocí, tampoco creo que alcance a conocer, la primera persona en la institución que haya sido vinculada a una organización al margen de la ley. Repito: esto jamás sucedió, ni lo hemos visto al interior del centro educativo.

A partir de la realidad mencionada, me atrevo afirmar, en la Universidad de Sucre jamás hubo ninguna clase de injerencia de las A.U.C. al interior del movimiento estudiantil, al menos, durante mi paso por mi querida Alma Mater. Esto resulta fácil de comprobar. Siguiendo el patrón de lo acontecido en otras regiones del país, si hubiera existido tal intervención, se habrían presentado casos de amenazas, homicidios, desplazamientos forzados de estudiantes, sindicalistas, profesores, directivos y otros hechos violentos que, lamentablemente, son propios del accionar de esas organizaciones criminales.

Las palabras sinceras son importantes para dar una fiera resistencia a las calumnias. Para mi asombro, por ser menos

enérgicas que las mías, este falso testimonio quedó en el ambiente, pero ahora mismo tiene que sepultarse. En demanda de mayor claridad, el ciudadano termina estigmatizado en la memoria de cualquier sujeto, similar a un acontecimiento especial fácil de recordar. El chisme, empujado por la calumnia, es una falsedad dentro de otra falsedad. Terribles cosas expresan de mí. Ad portas de que los insidiosos engaños trataran de abatirme, ya había renunciado al Consejo Superior. Esto afirma, cuando se efectuó el proceso de selección del nuevo rector, yo no integraba ese organismo directivo.

Establecida esta claridad meridiana, resulta material y legalmente imposible que yo hubiese participado en la elección del nuevo rector. No se puede echar en saco roto las nocivas secuelas de las calumnias. A veces sucede que el gestor no sincroniza el calendario, tampoco el lugar. Entonces, bajo el perverso influjo de una mentira obsesiva, no tuvieron el cuidado de armar las coincidencias de tiempo, modo y lugar para involucrarme en su trama maléfica, pues, depositaron en ella una fe supersticiosa para destruirme, que se volverá contra ellos al quedar al descubierto semejante patraña. Tal vez, el sitio de tan malintencionada gente no será el olvido, sino el manicomio.

Las infamias volvieron a destilar su veneno. Aún no me explico qué pudo impulsarlos a esa villanía. Unos meses después, detonaron el chisme de la presunta injerencia en la escogencia del señor vicerrector administrativo, como cuota de los supuestos acuerdos con las A.U.C. No cayeron en cuenta

que éste es un funcionario nombrado a discrecionalidad por el rector de la universidad, ¿Cómo habría podido influir en dicha designación, si jamás participé en elección alguna del nuevo rector? De este modo y por exclusión, una realidad de esta índole desvirtúa tales aseveraciones; en definitiva, insisto, es de público conocimiento que el directivo escogido, no procedía de algún gremio ajeno a la academia. En el pasado reciente había desempeñado el cargo de Secretario General de la institución educativa.

Realmente, estos son comentarios mal intencionados de los perseguidores, que siguen persiguiéndome con intención de desdibujar mi trabajo de liderazgo estudiantil y político. Movida por símil causa, originó una terrible agitación en un amplio sector de la opinión nacional. Por lo tanto, debe surgir la verdad frente a tales falacias, cuyo origen advertí hace unos años atrás.

Tal señalamiento es una complicada derivación del envilecimiento a que estoy sometido. Eso es algo que a nadie le gusta. Desatado el torrente de injurias más soeces, a todo esto, no haría mal en oponerme a la dinámica desenfocada de un segmento del periodismo que, en ocasiones, corre el grave riesgo de contribuir a la difamación, al carecer de evidencias para sustentar alguno de sus escritos. Quiéralo o no, generan un efecto demasiado complicado y devastador para mi carrera política. Así, dentro de los márgenes no moderados todo indica que tal sector de los medios de comunicación ya me juzgó y creo que hasta me condenó. A pesar de estar en curso

varias investigaciones, ningún acusador ha logrado presentar una prueba concluyente que me comprometa en tales delitos. Hecho el daño, nada es capaz de romper la inercia de una calumnia difundida; acelera la difamación por todos los rincones de la sociedad. Aprecie señor lector: si repasamos un párrafo del artículo de prensa anterior, tenemos:

—”Exjefes paramilitares como Salvatore Mancuso y Edward Cobo Téllez, alias Diego Vecino, han señalado a dos concejales en ejercicio de Sincelejo de haber oficiado como sus fichas en la ciudad”.

He aquí la alteración de la información. Hasta donde tengo conocimiento, Salvatore Mancuso, exjefe paramilitar, jamás ha señalado a Yahir Acuña Cardales en ninguna de sus declaraciones, ni dentro ni fuera del país. Sólo Edward Cobo Téllez, alias Diego Vecino, hizo referencia de mi nombre, en calidad de infiltrado en la Universidad de Sucre y reconoce que las A.U.C., no tuvieron ninguna intromisión en mi elección al Concejo de Sincelejo. A menudo, más adelante, manifestó que en el ejercicio de mis funciones de cabildante sostuve relaciones con ellos. ¿Cuáles relaciones? Me pregunto. Para perdurar a través de mí, tocó la tecla de la calumnia, para ver si yo bailaba al ritmo de sus pretensiones, o me blandara y esperar sufrir las consecuencias. ¡No señor! ¡Eso no! Llegó el ahora o nunca de reprochar estas canalladas provocadoras, orquestada quién sabe por quién o quiénes.

Yo entiendo el asunto así: son denigraciones horribles, provocadoras, premeditadas, humillantes, suficientes para

amotinar toda la adrenalina en mi lengua e inducirme a una salida en falso en alguna declaración que me comprometa. Frente a lo que dijo alias Diego Vecino, propietario de una sagacidad criminal, forjado con el ébola pestilente de la maldad sin límites, ni en el infierno, tampoco en el purgatorio, podrá obtener la bendición del reposo de su alma, sólo si pide perdón a Dios. Independiente a las sugerencias noticiosas, ese individuo no es el foco de la verdad; persiguió que me saliera de mis cabales en público, en las entrevistas y refutarlas abiertamente. Manoseadas las mentiras, una y otra vez, para lanzar otras falacias y tratar de sembrar el desconcierto en la opinión pública, me causó impresión sin dar muestra de flaqueza. Y producto de lo anterior, asumo un paso difícil, el más difícil, a la espera de una hipotética comprensión de parte de usted señor lector. La intensidad de la deducción, de la acción de la palabra, me conduce rápidamente a entrar en materia.

En sentencia de la Honorable Corte Suprema de Justicia de 23 de febrero del 2010, condena al exsenador Álvaro García Romero por nexos con grupos paramilitares, en la página siete, se consignan estos párrafos:

Resulta innegable la manipulación y la farsa que pretendió montar Diego Vecino, con el apoyo de los demás comandantes paramilitares, al quererlo hacer pasar como comandante político de Cadena, cuando en verdad no tuvo el control político de Sucre. Tuvo uno que otro aliado, como lo fue Muriel Benito Revollo, pero eso no lo convirtió en jefe político de Sucre.

No queriendo dejar nada al azar, queda al descubierto la farsa que pretendió montar alias Diego Vecino, al intentar hacerse pasar como comandante político de las A.U.C. en el departamento de Sucre, cuando en realidad, —*lo deja al descubierto la Honorable Corte Suprema de Justicia*— nunca ejerció el poder político en esta región. Esta claridad que sentencia la Honorable Corte Suprema de Justicia, tanto en los conceptos de farsa, como en el conocimiento concreto de las funciones de alias Diego Vecino en nuestro departamento y sus formas de entrelazarse, representan el principal paso para deducir que yo, YAHIR FERNANDO ACUÑA CARDALES, jamás sostuve ninguna relación con esa organización al margen de la ley. Es más, en varias oportunidades fui denunciante reiterativo de esas estructuras delincuenciales y, hoy, de las llamadas bandas criminales, en todas sus denominaciones.

Ya revelado el principal hallazgo de mi inocencia, que ayudó a dar luces en mi defensa ante la Honorable Corte Suprema de Justicia, yendo de la infancia hasta hoy, aporté las pruebas de comportamiento personal de mi vida pública. No sobra destacar que dichas acusaciones son amplificadas por un reducido grupo de periodistas *yahirtólogos*. No ajeno a este círculo vicioso, el conjunto de reporteros se especializó en sólo escribir de Yahir Acuña Cardales.

El escalamiento de tales infamias, secuela de las declaraciones de alias Diego Vecino, los nutrió de envidia, llevando y trayendo mensajes a la decadente y oligárquica clase política de Sucre. Entre otras cosas, la controversial

posición de un sector de periodismo nacional conduce a que, causante de tantas conjeturas, casi ningún columnista, hasta la fecha, ha hecho una defensa de mis derechos constitucionales. Con justicia, hacer énfasis, al menos, merecería el beneficio de la duda. Tal vez tener raíces humildes, de un barrio de invasión, de manera aguda y con mayor pugnacidad a nivel regional, la crítica arrecia en violencia y obra la tendencia de recurrir a la difamación, la cual utilizan de fórmula para insistir en expulsarme del panorama político y acallar mis preceptos participativos. Dando expansión a mi estado comunicativo, señalo que amangualados periodistas sólo reconocen un tipo de conceptos: sus opiniones. Resulta difícil dar y pedirles explicaciones, aquí y allá, por su propia voluntad, se empeñan en evadir las rectificaciones. Es cruel reconocer, caído hasta el derecho de refutar, dejan la sensación de no querer hacer referencia al acribillamiento del que soy objeto, lo cual, genera una inmensa desconfianza en su imparcialidad.

Naturalmente, no hay que olvidar que tengo otra perla por mencionar. A su modo complicado, melodramático y grandilocuente, dando descripciones crudas e imaginativas de asesinatos; al fin, perseguido por su conciencia, alias Diego Vecino, cuya pose de intelectual hedonista no logra acallar los desgarradores gritos de sus víctimas, que revolcándose en sus tumbas claman justicia, manifestó:

—Sí me conocía pero, nunca las A.U.C. proporcionó apoyo para llegar al Concejo de Sincelejo.

Sólo está vez, acariciándose su mentón facineroso, se esforzó por desmentirse a sí mismo ante un fiscal de la república. En la retrospectiva de este cotejo, por beneficioso, todo ello arrojó sobre mí una claridad trascendental imposible de eclipsar. La continua ola de mentiras de alias Diego Vecino me puso en el ojo del huracán de la opinión pública. Ahora distingo la posibilidad de cosechar las observaciones más penetrantes, a partir de tales declaraciones, explican todo de mi comportamiento intachable. Más de una vez, al inicio de estas calumnias, cuando meditaba a solas, tuvieron sus repercusiones nefastas.

Es evidente, en circunstancias de violencia generalizada, hay que señalar que nuestro país ha cambiado en unos aspectos, y muy pocos en otros, por ejemplo, la justicia. A todo esto, tras largas décadas de desolación y muerte, falta bastante por agilizar el sistema de investigación penal en cabeza de la Fiscalía General de la Nación. En la actualidad, ni qué hablar de los altos índices de impunidad. A fin de cuentas, consolida un eslabón fundamental de la justicia colombiana. No sea por ello una situación totalmente negativa; por el contrario, a diferencia de otras épocas, en eclípticos casos, ha sido eficaz para condenar a numerosos políticos, narcotraficantes, guerrilleros y paramilitares, inclusive, para combatir la corrupción.

Los estragos de la violencia han dejado huellas imborrables en la zona urbana y rural. Dicho conflicto moldeó la vida nacional por décadas y, en particular, el narcotráfico se convirtió en la principal fuente de financiación de los grupos paramilitares y guerrilleros que, a la final, crearon de él una mina de ganancias

que creció de manera continua, acumulando riquezas y capital. Dado este contexto, ambas organizaciones al margen de la ley arremetieron en alternas regiones para obtener poder político y provocar una ruptura de la institucionalidad. Sus objetivos y sus logros querían llevarlos más allá de la razón. Bien proclive a la especulación, todo indicó, los jefes paramilitares evidenciaron obligar al Estado, a tal extremo, de que los declarara héroes nacionales por salvar al país de la guerrilla. Apresurándose las autodefensas a procurarse este reconocimiento, no evadieron de medios para adquirirlo, hasta el punto que empezaron a infiltrar las instituciones estatales, en especial de la provincia. En todo caso, sometidas, desviaban sus recursos para tal organización delictiva, o cualquier cosa que les pudiera ser útil y tomarse su espacio para ir convalidando su presencia en los territorios dominados.

El departamento de Sucre no fue la excepción a este flagelo. Al respecto, interpretada en consecuencia, de manera diversa, las ramificaciones del conflicto, yo, YAHIR ACUÑA CARDALES, ***prefiero ser víctima que cómplice.*** A fin de aportar otra reflexión, traigo a este escrito predicciones antiguas. De pura casualidad menciono las de Rasputín. Presagiaron una serie de malos augurios para la humanidad: la raza humana sería aplastada por locos y malhechores, la sabiduría encadenada, y las leyes, redactadas por los ignorantes y los prepotentes. El castigo de Dios llegará tarde, pero llegará, solía repetir. Lo paradójico es que esto de una u otra apariencia sucedió en nuestra nación. Resulta innegable que bajo métodos destructivos los paramilitares intervinieron en Sucre. Así de

simple. A semejanza de dichos augurios, y no pocas veces en una correlación de testigos presenciales y precedidos por su残酷, surgieron nombres que causaban terror con sólo mencionarlos.

Continuando y desarrollando la manipulación criminal, similar a una araña que remienda la red para devorar su próxima víctima, se creían indestructibles, amos y señores de la región. No había medios cómo detenerlos. Apoyados en verdades finitas, ha de entenderse la intrincada guerra, en el sentido de que no se acabó de verificar hasta hace escasos años atrás, llegada la desmovilización de las autodefensas.

El problema consistía en que los señalamientos apresurados no significaban el final, sino el principio de todo. A fin de cuentas, enriquecidos de nombres de ciudadanos reconocidos del departamento, sólo faltó implicar en tal asunto al yerbatero Cefe Morales, el Curalotodo. En adelante, mi situación no ha dejado de empeorar. Sometido a una intensa controversia política y de opinión, impuso mi atención en este penoso tema de las sindicaciones de alias Diego Vecino, basado en asuntos de oídas. De hecho, esto se volvió una reacción en cadena. Así que pongo a su consideración esta pregunta:

—¿Cuáles son las reales razones de esta emboscada patrañera? ¿Por qué me escogieron a mí y a otros tantos inocentes?

Para nadie es ajeno que los paramilitares, apoyados en estas falsas afirmaciones quisieron presentar un *fructífero* balance

en el departamento, bailando en la danza de las mentiras, y éstas se basaban en el cálculo de sus maldades. Sí, afirmados en sus leyes arbitrarias, disparaban al aire y gritaban:

—¡Aquí nosotros somos el paisaje, aquí nosotros somos protagonista!

Este panorama trajo grandes contrastes. Por un lado, la gran mayoría de políticos de Sucre fuimos sindicados de vínculos con las autodefensas. La guerrilla, a su antojo acusaba a varios alcaldes de prestar ayuda a esas organizaciones y seguía extorsionado a su antojo, lo mismo que los grupos antagónicos. En fin, la ecuanimidad se había extraviado, y los límites entre lo útil en política y lo válido en lo ético, pretendieron ser supeditados a las decisiones de las A.U.C., situación que se extendió a lo largo y ancho del territorio nacional.

Sí, reconozco que soy bastante necio; por eso no deseo olvidar. A través de los siglos, algunos filósofos afirman: el compromiso del político consiste en aplicar la filosofía del servicio. Reside en servir más allá del mero rosario de necesidades de las comunidades menos favorecidas, pues, desde el comienzo de los tiempos, la imagen que el mundo ha presentado al ojo humano, después de los conflictos religiosos y políticos, es de miserias. No es otra cosa que el empleo de la fuerza del hombre contra el hombre. Ha sido y será así, hasta que deje de pisotear a su hermano y abandone la ambición insana que potencializa el egoísmo; son los poderosos resortes de la lucha política y económica del planeta. Así el asunto, el mundo es movido por la ambición y el egoísmo. Las naciones

mantienen su estructura, gracias a la unión de estos dos factores, inclusive, las actividades del hombre están dictadas por la ambición y el egoísmo. En esta puja brutal de intereses, dichos conflictos cesarán hasta que el humano asuma la tarea de convertirse en servidor de su prójimo y no de su propio yo.

A pesar de todo, sigo siendo una persona corajuda y levantisca, sin temores ante los riesgos de la política. Los que me conocen saben que nunca haría daño a persona alguna. Ésa es la razón por la que no quiero dejar las cosas así. No logro evitarlo. Alias Diego Vecino sabe de mi inocencia. Fiel a su tradición sanguinaria no manifiesta nada más. Fuera de lo que ha expuesto, no puede crear otra barbaridad. ¿Acaso sí? Amanecerá y veremos...

Pasemos por alto dos meses de adelantamiento, después de las elecciones parlamentarias. Todos los días son buenos para despertar, todos lo son para cambiar. A través de este desfile de recuerdos, dentro de los límites de lo humano y preparado para todo, recorro las calles de Bogotá. Rodeado de acompañantes me movía lento, tranquilo, impasible. A la vez, aglomerándose los transeúntes en las vitrinas de almacenes de venta de televisores, veían un partido de fútbol de la selección Colombia, atrapados por el maleficio de la caja de cristal. A través de ella asistían a una trasmisión de la realidad, a una enfermedad de los sentidos que distorsiona su percepción del mundo y les infunde un estado de expectativa, donde las necesidades desaparecen en el determinismo de los sentidos.

Yo contemplaba el paso apresurado de los bogotanos. Acostumbrados a usar gabardina y paraguas, expelían aire enigmático de cachacos situados en esta época acelerada e impredecible. Arrastrado de un lado a otro por algunos paisanos que me reconocían, anduve la carrera séptima, hasta llegar a la plaza de Bolívar. Y sin pretensiones críticas, tuve el espacio justo para observar las paredes amarillentas del Capitolio Nacional y el Palacio de Justicia, manchadas de excrementos de palomas, ajenas al agua y al jabón, por lo menos, hacía unos cuatro o cinco años atrás. Está vez, a pasos lentos, frente a la Catedral Primada de Bogotá, me santigüé, dándome cuenta que a través de ese signo invoco a un Creador que me protege a toda hora, al tener presente la oración: La armadura de Dios.

A cada metro recorrido me acercaba más a conocer de fondo la cruda realidad nacional, interesado en acelerar los trámites burocráticos para mi posesión de parlamentario. A la potente fuerza de un cuajado entendimiento, me sentí orgulloso por los méritos que me otorgó el elector primario. Ya había dejado a mano derecha el Palacio de Justicia, a la izquierda, la Catedral Primada de la Capital. Por cierto, rodeé el monumento central al libertador Simón Bolívar. En una acumulación empalagosa de curiosidad, reconocí el Palacio Liévano, allí funciona la Alcaldía Mayor de Bogotá, ciudad que sobrevive a costa del afán permanente de sus habitantes.

No hay que exagerar, incorporado al elenco de personajes del Congreso de la República, empecé a mostrar los primeros

síntomas de esa euforia que envuelve a ciertos primíparos en víspera de posesionarse en calidad de parlamentarios. Una euforia que se ensaña en los hábitos ajenos y se robustece en los propios. Al menos, de acuerdo a mi curiosidad, escuché un orador espontáneo en el rectángulo donde se erige la estatua del libertador. Optando la pose de un desafiante caudillo popular, a todo pulmón vociferaba:

—Soy la reencarnación de Goyeneche. Soy el doctor Gabriel Antonio Goyeneche en una versión mejorada. Les recomiendo a los políticos: si no puedes vencer a tú contradictor, corrómpelo, perviértelo, inocúlale tus hábitos... ja, ja, ja, pronto será tu aliado.

Antes de ser retirado por varios policías, agitado por anhelos atrasados de protagonismo, elevó, el puño y concluyó:

—La revuelta del 9 de abril de 1948 que parecía ser el fin de todos los males pasados, no fue sino el precursor de todas las calamidades que iban a sobrevenir. El asesinato de Jorge Eliecer Gaitán sólo sirvió para implantar la bota militar, luego consolidar, a través de una coalición llamada Frente Nacional, la dictadura de los partidos tradicionales. Su efecto nocivo fue el desprecio por todo aquello que no fuera ni liberal ni conservador, o de otros credos distintos al catolicismo.

Y comenzó a mirar un poco pánfilamente, como si le resultara fácil descifrar lo que pensaba el auditorio. Infló los pulmones de aire y terminó:

—Si bien no estaba legalmente prohibido, en ese entonces, el ciudadano del común no tenía cabida en ninguna rama del poder público, reservada sólo a liberales y conservadores. Este modelo político sólo sirvió para apadrinar la corrupción y el clientelismo en nuestra patria. Cada presidente elegido en ese período no era simple causa de aquel pacto entre liberales y conservadores, sino efecto de un mal que venía socavando la república. Empezó en el período de La Patria Boba, mal que invadió poco a poco al país entero.

De los ocasionales espectadores, creo, pocos sabían a qué se refería y, de esos pocos, yo era uno. Cuando a la hora de reflexión, de analizar, la curiosidad vino a mí. Fue en esas que dejé de escuchar esta deliberación callejera.

Apenas conocido por unos periodistas, atravesé la entrada principal del Capitolio Nacional. Dejándome de importar muchas cosas personales, evoqué que logré llegar por el trabajo de una camada de estudiantes que descollaban en la Universidad de Sucre, de la gente marginada y del pueblo. En cuanto a la ruptura del esquema tradicional de la política regional, viejos caciques reticentes me declararon la guerra, demonizándome, satanizándome y resulté perseguido por la envidia de egocéntricos sectores de la clase dirigente de Sincelejo y nacional. Cómo que sí y no, poco me daba cuenta del peligro de la calumnia suspendida sobre mi cabeza, igual que la espada de Damocles. No es que fuera evasivo, simplemente, trataba de ganar un espacio político en Sucre. Atando cabos, ellos le tienen horror a la luz que el estudiante

universitario está proyectando; alumnos que pasan los días comiendo privaciones. De una orilla a otra, por tales sacrificios y abnegación total, los cambios seguirán su curso.

Impresionado por el discurso incisivo de aquel tribuno callejero, ascendí de prisa por las escalinatas de ingreso al capitolio. Allí, dos hombres asesinaron al general Rafael Uribe Uribe, el 14 de octubre de 1914. Plantado en el esfuerzo de la interpretación, descubrí, encima del edificio, las esculturas de varios dragones alados, símbolos mitológicos de influencia de una cultura que había claudicado siglos atrás. A la entrada, también sobresalen dieciocho columnas de mármol amarillento. En las cornisas, reposan nidos de palomas, las cuales están en un constante apareo y ronroneo. Al interior, la vista ofrece la plazoleta Tomas Cipriano de Mosquera, cuatro veces presidente de la república, apodado “El Mascachochas”, inició la transformación de nuestras instituciones políticas y económicas.

Y puesto sobre aviso de tal magnicidio, entré al Salón Elíptico del Congreso. Ahí se celebra la sesión conjunta de ambas cámaras. Pasados unos segundos, me produjo cierta opresión escolástica el ambiente. El piso está cubierto por una alfombra roja, muy roída en varios puntos, y las paredes destacan la palidez del mármol amarillento. Ahora aprecio una sucesión de sillas forradas del mismo cuero de venado que tapiza el asiento de mi despacho. El recinto está dotado de sistemas electrónicos para el control y la información durante las sesiones del Congreso. No vacilé en atribuir esa selección

decorativa, tan sobria y confortable, a cualquier decorador de tendencia conservadora del interior de país. El fresco que sirve de fondo al sitial de la mesa directiva, ilustra el arribo del libertador Simón Bolívar a la inauguración del régimen constitucional de Colombia en la Villa del Rosario de Cúcuta el 3 de octubre de 1821, rodeado por otros próceres de la independencia. No desentonan con el propósito de cada sesión conjunta. Cerca a la puerta de ingreso, en el instante en que una auxiliar del aseo avanza por el pasillo principal, descubrí en lo alto los palcos vacíos de las barras, iluminados por el resplandor rojiazul de un cóncavo vitral.

En irremediables circunstancias, metiéndose a redimir culpas ajenas y bendecir diablos, medio enredado en los juncos de los compromisos particulares, por orden del Presidente de la Cámara Alta, se cancela el acceso del público. Así, ambas Cámaras, pueden en plenaria aprobar leyes de interés nacional, sin testigos.

Lo más terrible de esto, todo lo aprendido en la aventura universitaria resultaría un mísero bagaje de experiencia para la existencia que iba a emprender. No exento de comentarios irónicos, carecía de conocimiento del andamiaje de la política nacional. En los meses siguientes, después de mi posesión, trabé relación con parlamentarios de diferentes militancias, la mayoría simpatizantes del recién posesionado presidente, Juan Manuel Santos Calderón y, entre chanzas, satirizaban sin disimulo al doctor Álvaro Uribe Vélez, expresidente de la República, por considerar que pretendía cogobernar junto al

nuevo Presidente, sostiene la optimista creencia de que la racionalización y la pacificación van juntas de la mano.

Del expresidente Uribe, al que muchos ven digno de todos los elogios, dicen que jamás descansa, excepto en el sueño. Y en el sueño sostiene acalorados debates con sus detractores.

El día menos pensado, cuando asistí a una de las sesiones de plenaria de la Cámara Baja, en representación de las negritudes, por sorteo quedé incluido en la Comisión II Constitucional, encargada de ventilar los temas de Política Internacional, Defensa Nacional y Fuerza Pública. Puedo jurar, ejerciendo el derecho a legislar, comprendí que empezaba un sendero difícil, y todo lo que hacía, no lo hacía por los mismas circunstancias que mueven a los demás. Justamente, fuera negro o blanco, rico o pobre, guapo o feo, porque mi madre me hubiese dado o no la bendición, estos y otros motivos, determinan nuestras acciones ante otras personas. Por eso sabía que ninguna de tales causas nada me explicarían. Y bastando que hubiese cumplido mis deberes de parlamentario, dentro de esta divagación, la ofuscación me conminó a una tarea que nunca imaginé: postularme a integrar la Comisión de Acusaciones de la Cámara de Representantes. Las cosas no podrían ir mejor. Y no sólo eso, acumulando un cumplido, tras otro, quedé incluido en ella.

Dedicado en cuerpo y alma a esta misión, resultó terrible no poder trazar un esquema de trabajo investigativo. Así pues, no siendo capaz de adivinar el razonamiento de los otros integrantes, y tras conversiones cordiales, francas y objetivas,

bregué imponer un voto de celeridad de cada proceso, con el objetivo de mostrar resultados concretos. En la práctica, constantes miembros fueron absorbidos en los complejos vericuetos de la política, impregnada de mañas tradicionales.

Aparentemente, en un santiamén, acostumbrados colegas me desbarataban la iniciativa, al no asistir a la convocatoria de sesión. Adentrándose, incluso, a la pasividad del pasado de esta célula investigativa, exige más diligencia y dedicación que la mera actividad cotidiana.

A voluntad de la fuerza del período, tal vez fue ayer noche aquel lapso de emoción en que asistí a la Comisión de Acusaciones. El ambiente congresional manaba inflamable, y sólo faltaba la chispa que prendiera la hoguera de la discusión. A partir de esto, retenido en importantes reflexiones de carácter político, resistí con paciencia el acalorado debate, donde me llevé tremenda sorpresa. En conexión a la constancia cristiana, exclamé:

—¡Dios, santo!— cuando el pleno de la comisión me asignó la investigación del polémico caso de las llamadas chuzadas a altos servidores del Estado, personalidades y magistrados de las altas Cortes, involucra al doctor Álvaro Uribe Vélez, expresidente de la nación.

Por un capricho del destino, sin apelación a mi voluntad, estaba a punto de intentar comprender cómo había llegado a esa instancia de dirigir la investigación contra un exmandatario de la república. A este respecto, la opinión nacional enfocó su

atención en el organismo legislativo. En todos los sentidos, de acuerdo a los entendidos, les causó una buena impresión el cambio de dinámica que bregué imprimirle a la célula corporativa, la cual se había convertido en un auténtico desperdicio jurídico e institucional. Para ser más preciso, a pesar que técnicamente, y en contra de lo que se repite una y otra vez, en tantos años de existencia jamás logró estructurar una acusación formal de algún aforado o alto funcionario público, ante la Cámara de Representantes. Bajo el aparente hermetismo de los hechos, necesitaba urgentemente cualquier clave para descifrar el enigma de la impunidad, que, si no consiguiera comprenderla del todo, me sería útil. Analizado este inocultable detalle, respiraba seguro de resistir ese reto inesperado. No tenía temor, convencido de resistir la última, la más difícil de todas las pruebas: la indagatoria.

En una perpendicular referencia de respeto a las leyes, dejo claro que para mí, siempre, el señor expresidente Uribe, igual que cualquier ciudadano colombiano será libre de culpas hasta que se demuestre lo contrario, aferrado a los principios constitucionales de la buena fe y de presunción de inocencia.

¿Qué aspecto tendría yo ese día, el investigado, al poner en marcha ese polémico asunto donde hay mucha tela por cortar, el estar delante de un tema de opiniones polarizadas? Aún más, al destilar el brillo mercurial de las cámaras enfocándonos, y los periodistas, libreta de apuntes en manos, preocupados de excavar tantos detalles oscuros, seguramente tratarían de acorralarme a base de preguntas. Enseguida empezarían

a tomar notas después del cálido momento de camarería expresado en la antesala del recinto. Para el despecho de los asuntos comunes, sospechando, advirtiendo tal problema, no tendría dudas y tampoco quería hacer el ridículo. A todo esto, alguna vez vi al entonces Presidente andando en desfiles militares. Parecía que en cada paso que marcaba, pisara la cabeza de un enemigo.

El hecho es que, casualidad o no, mi asignación de investigador del señor expresidente fue una decisión madura y soberana de los miembros de la Comisión de Acusaciones. Del mismo modo que se había restringido la información, había que hilvanar, tejer, trenzar interminables hipótesis del tema. En consideración a las diferencias de planteamientos, en varias sesiones se discutió la materia en estudio. Se puede decir, sin temor a equivocación, para tal desenlace sólo influyó la conciencia de la mayoría de los integrantes de dicho pulmón legislativo. Pese a no ser abogado y tener un pregrado de Ingeniero Civil, con especialización en Gerencia Pública y una Maestría en Gobierno Municipal de la Universidad Externado de Colombia, paso a paso, y a fuerza de sondeo, había mostrado estar en condiciones de asumir tal encargo, al expresar estrategias idóneas para conocer la auténtica naturaleza del delito en mención: verbo y gracia, su procedencia, quién dio la orden, etc., asociada al exilio de María del Pilar Hurtado, directora del entonces Departamento Administrativo de Seguridad.

A lo largo de sus dos períodos presidenciales, y en la medida en que pasaban los años, Álvaro Uribe Vélez

generó controversias, extendiéndose sobre él un manto de acusaciones, según las cuales, mantuvo vínculos con los paramilitares, a espaldas del pueblo colombiano. Y para desmentir estos presuntos nexos, encontró el único modo de rebatir tales señalamientos, el único lenguaje por medio del cual puede ser oído por sus contradictores, es recurrir a los argumentos de la Seguridad Democrática. Bastante más de lo que en principio se podría imaginar, está siempre tratando de encontrarse a sí mismo en la palabra reiterada por él: la democracia. Más allá de cualquier emoción, posee ciertas capacidades histriónicas, renegado a su impericia actoral. En el esquema de su actitud combativa, estaba sentado en el banquillo de los acusados, el exponente del cautivismo tropical, tal y como se puede apreciar en un despacho judicial. Fuera de las apariencias terrenales, conocidas las credenciales de sus actos y sin importarle el pasado, aparenta simbolizar la encarnación de tres virtudes: la tolerancia, la generosidad y la educación. No obstante, él tampoco es perfecto; tiene sus fallas, igual que cualquier humano. Ya de vuelta a todo, incapaz de escandalizarse o sorprenderse, cuando se ve obligado a responder cosas largas y pesadas sobre su conducta, reposa de mal agrado la mirada y, de inmediato afilando el índice, riposta:

—¡La siguiente pregunta señor periodista!

Sentado allí, olvidado de sí mismo, él mismo se obligó a sonreírle a las cámaras de televisión, dejando los dientes al descubierto. Desde que tomó asiento en el banquillo de

los acusados no volvió la mirada hacia atrás. Yo especulaba mentalmente que él podía sentir en la nuca muchos ojos observándolo y que, tras diversas peripecias mentales, comprendió que carecía del poder de conmutar esa escena y, buscando preguntas en el futuro, al no obtener respuestas, tuvo que regresar a su presente. A la luz del día, lleno de designios inciertos, resaltaba su perfil delgado, de frente alta, con sus pómulos lisos; encima de su nariz recta unos finos anteojos, protegían sus ojos zarcos; peinado de costado, bastante canoso. Conocedor de los entresijos del poder, había adquirido una concepción definida y decidida para combatir a la guerrilla que, según sus palabras, no constituía sino una fuente de terror y desarraigo; más que nunca, había que perseguirla incansablemente. Pese a su fuerte temperamento, permanecía tranquilo en primera fila; los brazos cruzados, apoyados sobre el escritorio, de cara a nosotros los miembros de la Comisión de Acusaciones.

El escritorio está delante del recinto y, en ángulo recto, a la derecha, se concentró la aglomeración de periodistas. En esa posición, él parecía ver con los ojos del cerebro el cuadro de sus intervenciones durante los consejos comunales que desarrollaba en la provincia, como si fuera él mismo quien estuviera sentado en mi silla. Y lo más inusual, era que nunca yo había deseado tanto interrogarlo a fondo, como en esta ocasión, porque en ese instante yo buscaba la verdad. Ahí reposaba el hombre que acusan de vínculos con los paramilitares, pero que a la vez, había extraditado los miembros más destacados de esa organización criminal.

No le diré cuántos años llegaron a pasar por mi cabeza, bueno, ocho polémicos años en que permaneció en la presidencia de la república. Había recibido todos los reconocimientos por combatir la guerrilla a través de su política de Seguridad Democrática. Es obvio que debe sospechar habladurías detrás de aquella cortesía de la que participan todos cuantos tienen tratos con él. Seguramente le causan algún resquemor por sí mismos. De modo, apenas los saluda y convertido en una piedra fría, parte quién sabe adónde, a domar su carácter activo. No sin alguna desconfianza enfatiza:

—Las instituciones y los sentimientos nacionalistas fomentan el espíritu democrático de la república. Por tal razón, es preciso obrar con corazón grande y mano firme.

Este concepto pinta el fondo ortodoxo de su filosofía, y se haya reproducido en incondicionales seguidores políticos.

Me atrevo a expresar que un sentimiento de orgullo le subía, de momentos, a la cabeza, y le hacía pensar en abandonar el recinto de la Comisión, trasladarse a su hacienda La Guacharaca, o a la otra finca llamada el Ubérximo. Puesto que en una de estas propiedades, empeñado en mantener su espíritu controversial, no sería raro que sostuviera una batalla verbal con la mula que de una patada le lastimó la rodilla, rodeado por un rígido bosque de estacas de color negro, cuyas puntas rojas chorreadas llaman la curiosidad indebida.

Pasaron los minutos y, confirmado el quórum por el secretario, se dio por iniciada la audiencia en la Comisión de

Acusaciones de la Cámara de Representantes. El reloj marcaba las diez de la mañana. En consecuencia, dada la fuerza verbal de los participantes, por más de tres horas se prolongó la diligencia, para empeorar el ambiente marcado por un fuerte discernimiento entre el doctor Álvaro Uribe Vélez y este servidor. En una fugaz consulta al señor secretario de la célula legislativa, obtuve acceso instantáneo a cifras de afectados y otros indicadores esenciales para el interrogatorio. A partir de esto, ratifiqué conocer los argumentos para investigarlo formalmente. Sediento de la verdad y deseoso que la opinión pública supiera si el colombiano del siglo estaba vilmente calumniado, o si había participado en los delitos que se le endilgaban.

—Aquí está plenamente identificada la conducta punible, la posible conducta punible, por la cual estamos investigando al señor expresidente Álvaro Uribe Vélez. No es otra que la que está consignada en la ley, a la exigencia del instante, fustigué.

El sindicado hizo una mueca de cansancio y pidió el uso de la palabra.

—Me preocupa el aumento de su parcialidad en mi contra, cuando dice usted que está identificada la conducta punible.

—¡Claro que sí!, interrumpí.

¡Y cómo se enojó el señor expresidente! ¿Quién me hubiera dicho, entonces, el mal genio que él detona? Para manejar, más o menos, el torrente de intervenciones de colegas y del abogado del doctor Álvaro Uribe, el Presidente de la

Comisión instó a la cordura. A la vez, un gesto de contrariedad irreprimible le afluía en la cara. A los pocos segundos, no hubo excepción, las emisoras y la televisión trasmitían el debate; la mayoría de ellas interrumpieron su habitual programación. Algunas cadenas televisivas, menos dispuestas a contrariar a su fiel público de medio día, insertaron un recuadro al costado derecho de la pantalla del televisor para suministrar realidad y protagonismo al debate. Pero luego, la discusión se tornó canalla, nubló mis intenciones y destruyó mi paz mental. Apareció en lugar de la convicción, la duda; en lugar de la claridad, la confusión; en lugar de la normalidad, el caos. Pasado el acalorado rifirrafe, la defensa, a cargo del jurista Jaime Lombana, propuso la suspensión de la audiencia.

Cerré y abrí los ojos, y volví a ser yo mismo. No pensaba contenerme y, ajeno a la idea misma de la espera, expresé mi desacuerdo por considerar que echaba mano a una táctica para dilatar este asunto que suscitó el interés de la opinión pública.

Las reacciones de las barras respecto a la solicitud de postergar la diligencia fueron variadas. La prensa, en especial, criticó con dureza tal aplazamiento. A decir verdad, de eso sólo quedó una simple expectativa para continuar el proceso, por el cual, según el sindicado, negado a la consistencia de la prueba, pidió se le concedieran plenas garantías para concurrir de nuevo a la Comisión. Así resultó en evidencia, acorde con mis argumentos, semejaba más una maniobra de dilatación que una real voluntad de aclarar los hechos.

Indudablemente, el doctor Uribe Vélez es una persona excepcional. Al tenerlo en frente, en calidad de sindicado, lo escuché respetuosamente. Cautivado por las palabras en tono de monólogo, durante varios minutos, me inquietó profundamente. Estoy seguro de no haber conocido, antes ni después, hombre que me hiciera sentir tan aguerrido. Tampoco recuerdo a nadie que haya enfrentado con tanta valentía el desafío de los grupos armados al margen de la ley y soportar todo tipo de críticas y señalamientos. Es el único hombre público, de los que he conocido, que me hizo comprender lo que significa ser tolerante ante las injurias. Lo que significa representar los derechos de los electores y respetar la libertad de los demás. Hoy que lo pienso, resulta paradójico que un estadista de esa envergadura estuviera señalado de cometer esta clase de delito.

A la sombra de más aciertos que desaciertos, no hay que ignorar que en busca de potenciar el crecimiento económico del país, sucesivamente, él dotó a las fuerzas militares de elementos tecnológicos destinados a contrarrestar los embates de los grupos ilegales. Esto ayudó en gran medida a su éxito a través de la renombrada Seguridad Democrática. Numerosas anécdotas positivas y negativas, en torno a su figura, destacan sus valores humanos y lo relacionan con su deseo de una patria segura y en paz para los colombianos.

No sólo dándole hospitalidad a las especulaciones de la duda, el señor expresidente, apasionado por la política, radicalizó la expresión congelada en una mueca que no admitía preguntas.

Tras ser elegido el Colombiano del Siglo, fue abucheado a la salida por familiares de las víctimas de los falsos positivos, que exhibían pancartas clamando justicia. Dispersados por la policía al resistirse a evacuar la sede legislativa, el escenario mostró tener acentos de mitín de desplazados por la violencia. Obligado a evidenciar su profesionalismo, el doctor Jaime Lombana, a duras penas conseguía satisfacer su apasionado deseo de auto notarse y, no sabiendo a qué pretexto recurrir, radicó en la Secretaría de la Comisión de Acusaciones una queja disciplinaria para que se investigara por supuesta parcialidad a este servidor. Sentadas las cosas así, no habría de otra que procurarme un ángel tutelar. Finalmente, en menos de lo que canta un gallo, de Representante Investigador pasé a ser un Representante Investigado. Así mismo, también anunció interponer acciones penales contra el suscrito.

Y otro detalle más, es obvio, existen incontables personas que discrepan de las actuaciones del doctor Uribe, y se dedican al estudio exclusivo de sus errores o de una variante de alguno de sus logros en la Presidencia de la República. Cada vez más convencido, aportando su capacidad de trabajo y aplicando alternativas de políticas económicas, se convirtió en un mandatario inolvidable.

Yo había quedado un poco traspuesto. A la par, segregado en pequeños grupos, salía el tumulto de asistentes del recinto. Ni el defensor ni el sindicado respondieron preguntas a los periodistas, las cuales hubieran suscitado razonamientos interminables. A los pocos minutos había desaparecido todo

el mundo, y el Presidente de la célula legislativa ordenó cerrar las puertas del salón.

En todos los casos, igual que cualquier colombiano, el expresidente siempre cuenta, de mi parte, con la presunción de inocencia, hasta que se demuestre lo contrario; partiendo, desde luego, del principio de buena fe.

A todas luces, es necesario dejar claro que, si bien, miembros de la opinión pública reclaman resultados a la Comisión de Investigaciones y Acusaciones de la Cámara, estos, difícilmente pueden darse, desde mi óptica, por dos hipótesis:

- 1.- El procedimiento es paquidérmico y está diseñado para no avanzar.
- 2.- Los investigados (Presidentes, Magistrados, Fiscales Generales de la Nación, entre otros) han sido prohombres que, a pesar de múltiples cuestionamientos, difícilmente terminan convertidos en sujetos de una conducta penal que pueda desembocar en una posible acusación. No hay que perder de vista que estos hombres y mujeres, en su mayoría, han reflejado las más excelsas cualidades.

Casi sin pensar en ello, para mí no era un reto despreciable. De cara a la proliferación de rumores, si evito el encargo legislativo, habría generado la impresión de no asumir el genuino interés de desempeñar mi papel de parlamentario investigador, y hubiera denotado incapacidad para liderar el proceso. Tal vez los fracasos de otras investigaciones, durante la existencia de la Comisión de Acusaciones, cavarán su propia

sepultura bajo la pauta del círculo vicioso de la impunidad. Complementan el panorama de hechos significativos que jamás llegaron a fondo. En síntesis, no existe excusa para señalar, a raíz de controversiales fallos inhibitorios que producen revuelo en la opinión nacional, para bien o para mal, hay que respetarlos como parte integral del sistema institucional delineado en nuestro ordenamiento jurídico.

La crítica al sistema, y de las variantes que acabamos de considerar, contempla que lo más frustrante de este panorama jurídico parte de la falta de voluntad de algunos integrantes de la Comisión de Acusaciones. Dado el raquitismo del método investigativo, los funcionarios aforados continúan en sus cargos sin inconvenientes. A veces, dadas sus influencias, torpedean la búsqueda de pruebas contra ellos y ningún proceso muestra algo concluyente. Frente a la evidente falta de mecanismos idóneos de pesquisas y anticuadas formas de avanzar, en comedida mañana, al pleno de la Comisión propuse, en sesión cerrada, se involucrara la Fiscalía General de la Nación en el apoyo de encontrar pruebas y se estableciera una estrecha relación con la oficina anticorrupción de la Presidencia de la República. Puesto que el actual esquema resulta inapropiado en su diseño y capacidad operativa, tratándose de un asunto tan delicado, recibí de todos los miembros de la Comisión un chispazo de solidaridad. Por supuesto, surgió algo dispendioso; la propuesta está sujeta a gestionarse a través de un proyecto de ley.

En cuanto a la palabra gestionarse, conllevó a que, la excitación inicial terminara en un verdadero síncope. A

la tesis que se aprobara la ley, menos atrofiada por los condicionamientos particulares, dicho apéndice investigador, recobraría la confianza institucional que demanda la población en general, al conocer las evidencias en cada caso, partiendo de una investigación ágil y seria con el apoyo técnico de la Fiscalía General de la Nación. El país, a pesar de estar acostumbrado al supuesto lentejismo de la Comisión de Acusaciones, recibiría un real impacto al romperse la inercia de una presunta impunidad producida por variables factores. Esa tendencia en la célula legislativa tiene que desaparecer o desaparece ella. Al ser objeto de general censura, no son pocas las voces enérgicas que proponen eliminar tal Comisión de Acusaciones, a la que algunos, sarcásticamente, denominan Comisión de Absoluciones y, en su lugar, crear un alto tribunal encargado de investigar las actuaciones de los funcionarios aforados.

Asechado por palpitaciones indecibles de la contrariedad, menciono un puñado de hechos, del efecto de la política, de las dimensiones ideológicas y étnicas, que originó a la vista de nuevas elecciones para el Congreso de la República, fricciones que estallaron e hicieron crisis al interior del movimiento Afrovides, al aproximarse el final del período en calidad de representante de las negritudes. Totalmente opuesto al estado de armonía, no resultó fácil superar tales escollos donde coincidían nuestras lejanas esperanzas de redención y las oscuras ideas del futuro. Ya no había nada de la calma de otros tiempos, y el destino se nos puso delante para dar respuesta a la más osada de las preguntas: ¿Cómo unir nuestros ideales en una causa?

Puestos los ánimos en el más alto nivel de disociación, los efectos políticos negativos pueden resumirse así: el divorcio entre los directivos de Afrovides trajo la consecuente pérdida del norte ideológico de la organización, ante lo cual, Sixto García, presidente, planteó la posibilidad de postularse a la Cámara de Representante por la circunscripción especial de los afrodescendientes. Eso empeoró la discordia. Sixto, a la defensiva, tenía esa cosa en el rostro, estimulaba que alguien quisiera quitarle las gafas oscuras, *de forma metafórica en este caso*; abrirle los ojos, *también metafóricamente hablando*, y evitar que le aullara a la luna, *literalmente hablando*. Tras de lo ocurrido, sin una necesaria evaluación, todo indicó que el movimiento político había zozobrado y, este a su vez, liberó el manejo de las tensiones a partir de que la organización puede solicitar al Consejo Nacional Electoral la personería jurídica, como movimiento político de minorías.

Al margen de una dosis de utopía, la situación descrita revela que las dos organizaciones son complementarias y caras de la misma moneda, al transformarse Afrovides, de organización en movimiento político, bajo el nombre de Cien por Ciento por Colombia. En todo caso, permitió la continuidad de los postulados trazados por Afrovides. Y a través de la transformación en movimiento político llamado Cien por Ciento por Colombia, solitario y perenne, ajustado al hábito de trabajar por la comunidad, seguimos por otro lado, lejos de abandonar nuestras bases, raíces y militancia.

A raíz de admirables antecedentes, Cien por Ciento por Colombia desea plantear a la sociedad un sano debate sobre

el asunto renovador de las costumbres políticas, ingrediente indispensable que propuso la Convención Nacional, acorde con el crecimiento de simpatizantes que hemos alcanzado. A riesgo de tener problemas en el futuro inmediato, contiene el vigor de la renovación. Obviamente, tal situación de discrepancia interna, de alguna forma alertó a mis detractores que se oponen a la dinámica social que vamos a imprimirlle a nuestras acciones, generando posibilidades de participación y de progreso en las diversas comunidades del país. Quizá de ese modo se pueda demostrar que la política tradicional se mantiene en un círculo interminable de promesas incumplidas. Claro está, no va ser una inquietud pasajera. Partiendo del lenguaje de nuevas propuestas, hay que cultivar el sentido de pertenencia y el compromiso de lucha demostrados por los delegados a esta gran convención, y redoblar esfuerzos para que Cien por Ciento por Colombia cumpla con su misión de servir a la comunidad.

Cien por Ciento por Colombia es un movimiento político de minorías étnicas del país. Dada esta condición, la reglamentación electoral le concede mantener su personería jurídica, en virtud de elegir un representante en el Congreso de la República. Este punto de referencia le permite otorgar avales para candidaturas a cuerpos colegiados, alcaldías y gobernaciones. Dicho sea de paso, el proyecto político evolucionó y culmina en la transformación de la organización Afrovides. La convención general del 10 de noviembre de 2012 decidió rebautizarlo con el nombre: Cien por Ciento por

Colombia, cuya junta directiva fue escogida democráticamente por la asamblea nacional del movimiento.

El ingreso a escena del nuevo movimiento permitió inscribir ante la Registraduría Nacional mi aspiración a la Cámara de Representantes del 2014; ya no por la circunscripción especial de comunidades negras —a la que llegué a través de Afrovides— sino por el departamento de Sucre. Fue un procedimiento legal reconocido por el Consejo Nacional Electoral.

Algunos sectores políticos de Sucre trataron de señalar que este evento carecía de legalidad. La razón es obvia, intentaron defenderse de la acogida favorable que recibía el movimiento Cien por Ciento por Colombia. Ellos, con propósitos oscuros y ambiciones protagónicas, buscaron el posible favorecimiento de habilidosos funcionarios públicos para sepultar esta legítima expresión de la democracia. La dimensión real del ataque se produjo el 2 de diciembre de 2014. La abogada Diana Parra Rodríguez solicitó al Consejo Nacional Electoral la revocatoria de la Resolución 3203 de 2013 que avaló tales modificaciones. La demandante afirmó: hubo una serie de violaciones de derechos a la hora de legalizar 300 personas como miembros de Afrovides para llevar a cabo la convención y crear el movimiento Cien por Ciento por Colombia. De acuerdo con dicha petición, el elemento común de sus argumentos es la intriga que apuntala una feroz persecución política. A prueba de razones estatutarias, resulta evidente que ajustada a las reglas imperantes, la junta directiva de Cien por Ciento por Colombia quedó compuesta por los miembros que libremente eligió la convención en pleno.

Por lo menos, hoy sé, lo más significante que incomoda a mis contradictores, es no haber aprendido a desarrollar la virtud de la paciencia. Son incapaces de tolerarse a sí mismos y persiguen la descalificación colectiva de esta propuesta de origen popular. Hecha una previa concertación entre los asistentes, todos participaron activamente en las decisiones, de principio a fin, viendo la oportunidad para reabrir el debate de la reforma del nombre, donde todos estuvimos de acuerdo. Entonces, dadas estas explicaciones, puedo afirmar:

—Aquí no hay nada ilegal. Aquí lo que existe es una persecución declarada. Y si hay alguna persona a la que le incomodan las cosas, desafortunadamente es así. Le doy la bienvenida a las diferencias dialécticas, porque esas diferencias son las que me alejan de otros políticos. En todo caso, en esas diferencias está la fortaleza de Cien por Ciento por Colombia.

Una vez establecida y reconocida la personería jurídica del movimiento, quedó demostrado que ni en el transcurso de la asamblea y tampoco en la convención hubo actuaciones irregulares.

Pensando en el uso singular que doy a la capacidad de análisis, a mi juicio, no hay injurias que no revelen sus propósitos; y sus autores recurren a todo tipo de artimañas para sepultar el naciente movimiento popular, liderado por un hombre de extracción humilde. Digno de un pasquín, en el suplemento del chisme callejero, más el caudal de sus mentiras y su capacidad de difamación inagotable, así de rápido y sin pensarlo, sueltan los agravios junto a sus enjambres de odios.

En tanto, se puede afirmar, allí donde se engendra el odio, se engendra además la envidia. También se puede entender que en todos los tiempos cada quien tiene un llamado. En este sentido, he llegado al convencimiento de que mi lugar en esta existencia es servir a mis semejantes. A la final, no evitaré pararme en medio del camino del devenir para hacerlo sesgar por el rumbo que señalan las ideas nuevas; ideas que la cólera de algunos pocos desean despedazar. Eso menos me asusta.

Soy consciente que mi capacidad de servicio atraviesa por una época difícil. En fin, prefiero creer lo contrario, pero no subestimar las posibles consecuencias desfavorables que traigan para mí, más, si en este asunto no sintiera las secuelas del regio disfavor. Pues, si hablo de la ingratitud infinita, sólo deseo mencionar que he resistido a cuantas pruebas me han querido someter. Esto, en mi caso no es una simple frase de cajón. Generando un impacto positivo en la gente del común, la expectativa más grande se puede reconocer mediante mi labor en el Congreso. Confundido mi nombre dentro del catálogo de ilustres parlamentarios, espero haber hecho un papel medianamente aceptable. Quiero ser modesto. Eso me obliga a permanecer en la controversia política, cerrando la puerta a cualquier apelación a la palabra rendirme, dado el enorme sacrificio derrochado en defensa de una verdadera participación de los excluidos de siempre.

En el transcurso de la convención me encontraba bastante tensionado. Por primera vez asumía la complejidad de dirigir un movimiento político, sobre lo cual, si bien había

participado antes en esta clase de reuniones, éstas habían sido dirigidas por el senador de turno. En esta oportunidad, casi toda la responsabilidad recaía sobre mis hombros, puesta a consideración una plataforma ideológica elaborada por nosotros mismos, previamente discutida por los integrantes de la organización naciente. En resumen, contenía el todo o nada de nuestros ideales y, bajo mi dirección o inspiración, estoy seguro que llegaremos bastante lejos.

Y es cierto, a veces el político también se apoya durante el día junto a la ventana de su vivienda. En otras más, canta solo o escucha música que trae lejanos recuerdos. Al cabo de un rato aparece la esposa, o los hijos, o los amigos. En ocasiones traen buenas noticias y en otras no.

Recostado en una silla metálica, observo la ciudad de Sincelejo. Paralelo a esta panorámica, sobresale el verdor de los árboles. A lo lejos, rugía el rum-rum de los moto-taxistas en su estampida después del cambio del semáforo rojo, amarillo y verde. Yo, al caer la tarde dorada, obedecía al imperio de analizar, bebía agua en el mismo vaso de siempre. La cuestión de fondo es que ya había visto en la política cosas que más me valdría no haber visto. A prueba de odios, seguí sentado tranquilamente, sentado donde meditaba.

En la habitación está la cama nupcial. Encima de la cabecera permanece un Cristo de plata; a la derecha, un biombo pintado con figuras orientales, tres sillas tapizadas con exceso de relleno. Sobre el tocador se acumulan diversos objetos de aseo personal, con lazos de satín color fucsia que pertenecen a Milene. La puerta del baño interno se mantiene entreabierta;

la luz amarillenta derramaba claridad a ese ambiente de cisterna, cepillos de dientes y espejos. Sobre mi mesa de noche descansa un lirio de cera dentro de un garrón azul.

El cuerpo, cumpliendo sus funciones metabólicas por instinto, reposa en este lugar donde logro estar tranquilo y meditar. Para estar un rato sosegado, cada vez que respiro oigo el latido de mi corazón; tiene un centenar de venas en derredor, por las cuales el alma recorre toda la anatomía y llega al cerebro donde incuba la conciencia del hombre. No entiendo del todo el funcionamiento del corazón, aunque escucho su latido. No alcanzo a creer que sólo fuera por respirar y estoy lo más quieto posible, pero lo sigo oyendo. Entonces, se me ocurrió un ejercicio muy curioso. E igual a ciertas imaginaciones disponibles, uno sabe lo que pasa cuando se está interiorizando; bueno, me remonté a la infancia. Pensaba similar que en aquella época, y luego traté de convertirme en un chico meditando a la orilla de una cancha de fútbol. En ese tipo de cosas, en especial, elevar cometas y, al llegar el momento, hay poco viento y brego con mucha intensidad en elevarla y, a la final, lo conseguí. No era tal el miedo que sentía, y me preguntaba si sería capaz de remontarla de nuevo. Recordé que ya había sucedido y, cómo lo hacía; se lo enseñaría a los otros amigos. Por supuesto, podía elevar la cometa sin viento. Sí, tenía que seguir encumbrándola. Y resultó verdaderamente impresionante. Ahí sentado, cerré los ojos con mucha fuerza y me dije:

—Voy a elevar la cometa, estoy en el barrio Uribe Uribe de mi natal Sincelejo.

También pensé en lo mucho que había vivido allá; tantas fantasías experimenté allí. De modo, convertido en chiquillo, recé, y luego me quedé completamente quieto y esperé. De pronto, al abrir los ojos, imaginé que sería demasiado tarde para mirar. Si lo hacía, lo estropearía todo, entonces, si no miraba, la cometa se iba. Seguro que no pasaría nada, y para espantar pensamientos pesimistas, tuve que contar estrellas. Al principio decidí contar hasta treinta y cinco, luego, sentí que era demasiado corto y enumeré cuarenta. Enseguida se me ocurrió, si no miraba el instante exacto, conllevaría a que fuera demasiado tarde para elevar la cometa, y me pareció muy acertado hacer esto que observé al volver al pasado: captada la oportunidad de los vientos, era la variante de tomar la osada determinación de luchar para que nuestro movimiento conquiste la gobernación de Sucre. Viendo la real posibilidad, no podía postergarla, de lo contrario, sería tarde.

Esta era la señal de extrema perplejidad que yo esperaba, y sucedió exactamente. Más adelante, me asusté alguna vez porque mis proyectos se cumplían con tanta precisión y jamás ocurría nada imprevisto. Al cabo de varias jornadas empezó el duro trabajo de atender las comunidades y delegaciones de los municipios del departamento, en las que veo deseos de trabajar por su región, al compás de las necesidades. Al acudir a mi indispensable nota personal, sostuvimos un diálogo constructivo para concretar qué modelo de desarrollo se adapta a la comarca. De modo paradójico, traigo esta semblanza de un sabio pescador de Tolú: cuando uno se casa con una mujer soltera, se empieza desde el principio... pese a los problemas. Pero cuando uno se casa con la exmujer de otro, se empieza,

tal vez muchos años más atrás, en el punto de partida de otro y con todas las dificultades. En este caso, seguramente, me casaré con el departamento de Sucre y asumiré toda la carga de complicaciones que vienen desde su creación, quedando al descubierto el poco interés que hubo por resolverlas.

Al menos, a juzgar por comentarios de la gente de a pie, estas condiciones obedecen al clamor de los ciudadanos que anhelan elegir un gobernador que no pertenezca a esa vieja estructura patronal, que por décadas ha usufructuado el poder político y mantiene al departamento en el estado de postración en el que se encuentra.

Es mi deber decir que muchos de sus miembros han contribuido al poco desarrollo que hoy tiene la región y, algunos otros, incluido el suscrito, hemos sido cómplices al depositar nuestro voto, en varias ocasiones, en su favor. Por eso, en esta época y sin más aplazamientos, llegó el instante en que todos los sectores sociales gobiernen juntos, y Sucre dé un salto al desarrollo integral.

No digo que no tengo un amor propio, desmedido, ni que soy demasiado accesible al elogio, ¿quién no lo es más o menos? Al fin y al cabo, todos somos débiles, frágiles, fracasados, si permitimos que esa faceta nos domine. Por otra parte, también somos fuertes, resistentes a todo. Pienso que, en el caso de la denominada oligarquía de Sucre, ni ella ni nadie le aguantan andar más en la política de persecución, tan fuerte que resalta, tiene gran talento. Al menos, debía echar mano

de la escrupulosidad y disimular sus defectos más que los de otros; además, meditar el giro que toman sus calumnias.

Utilizados todos los expedientes de las experiencias, aconsejan que lo que más necesito y, por dicha, lo que más tengo ahora, es fe; estoy seguro que en este crucial instante de mi carrera política, ella es indispensable. Por lo demás, basado en un poder realista, a porfía tengo los pies apoyados sobre la tierra, por estar liberado de mantener las apariencias de cara a la sociedad.

Y de vuelta a la habitación, dando la sensación de apresuramiento y de complacencia, Dios, a través del ejercicio de volver a la infancia, me indicó el riesgo de una postergación. En aquel trance le habló a mi corazón y lo sentí. Yo iba a renunciar el miércoles y no el martes. Pasada desapercibida esta consideración, salí disparado a imprimir la carta, al ser provocado por el espíritu de la anticipación, y no caer en una posible inhabilidad, claro, además así desmentir el supuesto viaje a España. Acaso para ellos, ¿Sincelejo está situado en la península ibérica?

A juzgar por el relato, mi alma vaga en otros lugares. Sin tener que contar con la ayuda interesada de nadie, yo descansaba allá en la capital de Sucre, en la habitación del apartamento, regido por la auténtica filosofía que orienta el bien en el alma. Similar a una práctica necia, me ejercita el estar meramente allá. Había encontrado un lugar adecuado en la rutina y lo escogí por considerarlo el único que deseaba. Y sabía que en Sincelejo, en la pura soledad, por un rato, estaría abstraído

viendo una tromba de viento alzándose a la distancia. Rodeado de mis propias precauciones y errores, el tornado advirtió que acababa de cumplir treinta y cuatro años. Procedo de las clases populares; eso genera escollo, resquemor, prevención en determinados sectores de la sociedad, en especial, en una tan excluyente como la sucreña.

En cuanto a mí, es de público conocimiento que cursa una investigación en la Corte Suprema de Justicia, producto de anónimos, de acuciosos intrigantes que vienen de lejos. Entre otras cosas, aquí me tienen, dándole la cara al país. Soy un hombre respetuoso de la institucionalidad. A esos individuos les digo que estoy sentado en la puerta de mi casa. Más original y premonitoria, la Sagrada Biblia sentencia:

—La verdad la veremos con el tiempo, es la ley de la vida.

Según mis hipótesis, no entiendo por qué algunos columnistas se han ensañado contra mí. Medio país sabe quién es Yahir Acuña Cardales. Para mi alivio, con tanta inquina demostrada por estos sujetos, si existiera una prueba o indicio de punibles que me comprometieran, ellos no dudarían un segundo en ponerlas en conocimiento de las autoridades competentes. Jamás en mi vida he tenido un problema con un humano, donde yo no sea víctima. Comprometidos en su oficio, los periodistas responsables, los cobija el imparcial deber de decir las cosas buenas y las que, a su entender, son malas. Eso sí, aclaro, no quiero parecer que sufro de “victimismo”. Aprendido el alfabeto de la sinceridad, me vería a mí mismo

igual que un pastor cristiano incomprendido por los feligreses que no reconocieron sus virtudes y lo arrojan de la capilla.

Profundamente conmovido esbozo estos recuerdos. Por primera vez en tantos años, la conciencia tiró de mí para comprender que iba a tener que pelear y demostrar mi inocencia, dada la omisión de tendenciosos periodistas, tan precipitadas que cada uno de los detalles permanece tan vivo comparable a las imágenes de una película. Mas, cuando el consciente no está acompañado de sentimientos de desilusión, y si de sentimientos de coraje al conocer una calumnia, calumnia de mil rostros que contamina y sustenta otras calumnias, contaminantes más y más, me siento aferrado a la fe y al deseo de justicia. Y para la muestra un botón, observe:

Publicación del diario El Tiempo, el día 6 de febrero de 2010

Informe de inteligencia de la Armada salpica a fórmula para la Cámara del hijo de 'la Gata'.

La candidatura de Yahir Acuña, el ex concejal y ex diputado de Sucre, podría enredarse por cuenta del escándalo de la parapolítica.

La candidatura de Yahir Acuña, el ex concejal y ex diputado de Sucre que desde esta semana se convirtió oficialmente en fórmula para la Cámara de Héctor Julio Alfonso López, hijo de 'La Gata', podría enredarse por cuenta del escándalo de la parapolítica.

Acuña, elegido por el 'delfín' de la empresaria del chance Enilce López para su regreso al Congreso después de tres años

de retiro, aparece en documentos de Inteligencia de la Armada como parte de la ‘estructura política’ de las autodefensas en ese departamento de la Costa.

Acuña era concejal de Sincelejo y de allí saltó a la Asamblea de Sucre. Como diputado, ha causado polémica por su férrea defensa de ‘La Gata’, quien es considerada su madrina política. Incluso, sostuvo una dura discusión con el Comandante de la Policía en el departamento por el desarme del aparato de seguridad de las empresas de Enilce López, que la Supervigilancia declaró ilegal.

En el 2003, la Armada empezó a golpear las estructuras ilegales de Rodrigo Mercado Peluffo, alias ‘Cadena’. Tras varios meses de seguimientos y allanamientos a fincas utilizadas por los ‘paras’, esa fuerza entregó una serie de reportes que fueron la base, tres años después, para el arranque formal de las investigaciones por la parapolítica.

Acuña es mencionado en un informe oficial al lado de dirigentes sucreños como Muriel Benito Revollo, Salvador Arana, Jorge Luis Feris, Nelson Stanp y Álvaro García Romero como supuesto apoyo político del Bloque ‘Héroes de los Montes de María’.

Todos ellos, salvo Acuña, fueron procesados. Arana, padrino del hijo de Acuña, acaba de ser condenado a 40 años de cárcel por la muerte del alcalde de El Roble Eudaldo Díaz, cometido por ‘Cadena’.

En el mismo documento, que se basó en el famoso computador del jefe paramilitar ‘Juancho Dique’, se hacen

graves señalamientos contra la ‘Gata’, el cuestionado empresario de Cartagena, Alfonso ‘El Turco Hilsaca’ y varios exmandatarios de la Costa.

EL TIEMPO intentó ayer comunicarse con el exdiputado y ahora candidato a la Cámara. Con Héctor Julio Alfonso, los dos forman parte del PIN, Partido de Integración Nacional, que recogió fuerzas de Convergencia Ciudadana y Apertura Liberal, partidos duramente golpeados por las investigaciones de la infiltración ‘para’ en el Congreso.

REDACCIÓN JUSTICIA

Publicación eltiempo.com Sección Fecha de publicación 6 de febrero de 2010 Autor (Aquí finaliza la publicación del diario El Tiempo).

Según la anterior publicación, en documentos de inteligencia de la Armada Nacional aparece mi nombre como parte de la “estructura política” de las autodefensas en el departamento de Sucre.

Nada más reñido con la realidad, tanto en el contenido del supuesto documento de inteligencia, como su propia existencia.

Pues bien, la fuerza de la verdad brilla de forma intensa que en ocasiones las explicaciones sobran: La Brigada de Infantería de Marina No. 1 desvirtuó la existencia de tal documento de inteligencia. Mediante certificado señala que revisados los archivos de anotaciones y registros de inteligencia llevados en esa unidad militar, no se encontraron registros o anotaciones de Yahir Acuña Cardales.

RESERVADO

BICENTENARIO
de la Independencia de Colombia
1810-2010

FUERZAS MILITARES DE COLOMBIA.
ARMADA NACIONAL



BRIGADA DE INFANTERIA DE MARINA No.1

Nº 0549 / MD-CG-CARMA-SECARC-CIMAR-CBRIM1- B2BRIM1. 01 MAR 2010

Corozal, Sucre

Señor WALTER TUIRAN ALVAREZ
Coordinador C.T.I. GAULA SUCRE
Unidad Investigativa GAULA SUCRE
Parque Industrial y Comercial Troncal Occidente Sincelaje-Sucre

ASUNTO : Respuesta Solicitud

En respuesta a lo solicitado en su oficio No. 005 FGN-CTI/GS, de fecha enero 21 de 2010, el cual trata de una solicitud de verificar si en las bases de datos de esta unidad, aparecen relacionadas en orden de batalla de grupos subversivos o en organigramas de bandas delincuenciales, colaboradores o auxiliadores de grupos al margen de la Ley las siguientes personas: [REDACTED] Jahir Acuña Cardales y [REDACTED]

Por lo anterior, con toda atención me permito informar que revisados los archivos de anotaciones y registros de inteligencia que se llevan en esta Unidad Militar, no se encontraron registros y/o anotaciones de los antes mencionados.

Atentamente,

Coronel J.M JAIME ERNESTO PRECIADO PUENTES
Comandante Brigada de Infantería de Marina No.1

REVISÓ: TCCIM H.S.R.M.
JB2BRIM1

ELABORÓ: TICB D.A.M.P.
JARCHO B2BRIM1



El resultado de la información recolectada está sujeta al artículo 248 de la Constitución Política* únicamente las condenas proferidas en sentencias judiciales en forma definitiva tiene calidad de antecedentes penales y contravencionales en todos los órdenes legales y sentencias Y-444. De igual forma es resultado del análisis de documentos e intercambio de información con otras agencias. Los nombres relacionados pueden tratarse de homónimos o seudónimos.

RESERVADO

Documento publicado por el diario *El Espectador*, donde se tachan los nombres de otras personas vinculadas, para proteger su identidad.

No niego que la publicación del diario *El Tiempo* laceró profundamente mi corazón. Pero, igual, sentí un intenso coraje al comprobar cuán bajo pueden caer aquellos que se han declarado mis enemigos, al atreverse a fraguar semejante montaje, involucrando a una entidad tan respetable como la Armada Nacional y abusar de la buena fe del periodista y de ese reconocido diario. Empero, no puedo dejar de señalar que una simple verificación o confirmación en la fuente, hubiese bastado para que el reportero descubriera la falsedad de tal información.

Claro está, el torbellino de la mentira puede producir confusión y generar angustias pasajeras, lo que no impide que el albor de la verdad encuentre resquicios por donde penetrar y resplandecer. Tantas calumnias condujeron a que el diario *El Espectador* investigara y publicara sobre las mentiras y contradicciones de alias “Diego Vecino”.

Publicación del diario *El Espectador*, el 4 de agosto de 2011

‘Diego Vecino’ habría mentido sobre infiltración ‘para’ en Unisucre.

Aunque el ex jefe de las AUC habló de la injerencia del representante Yahir Acuña en la elección como rector de Unisucre de Rafael Peralta, el legislador no era parte del Consejo Directivo en esa designación.

Por: Elespectador.com

Este jueves se empezaron a establecer nuevas situaciones que se pudieran haber presentado en el **departamento de Sucre con la influencia de los paramilitares en la política local**.

Aunque el excomandante **Edwar Cobos Téllez, alias 'Diego Vecino'**, se ha referido acerca de la **infiltración de las Autodefensas Unidas de Colombia en distintos escenarios** departamentales en las versiones libres que rindió a finales de abril en Barranquilla ante el Fiscal 10 de Justicia y Paz, algunas de sus aseveraciones, de momento, carecen de pruebas reales.

Ese es el caso de cómo 'Vecino', quien dirigió el bloque Héroes de Los Montes de María, **aseguró que en esa labor de influir en la Universidad de Sucre** les colaboraron el presidente de Asojuventud para la época, Jáder Castilla Cuello, **y el entonces concejal de Sincelejo (2004-2007), Yahir Acuña Cardales, actualmente representante a la Cámara.**

Según publicó el diario El Heraldo sobre la versión del comandante 'para', **"el parlamentario era el vocero de los egresados en la mesa directiva del alma máter"**.

"A través de él penetraron la Universidad (entre 2001 y 2005) y captamos una parte importante de los entes Departamentales", afirmó.

'Diego Vecino' igualmente aseguró que tanto Acuña como Castilla **"influencian en la elección de Rafael Peralta Castro como rector"**.

Elespectador.com conoció una serie de documentos que demostrarían que el congresista Acuña no tuvo injerencia en esa elección.

Primero, está que aunque ‘Vecino’ aseguró que Castilla hizo parte de dicha elección, en el Centro de Admisiones, Registro y Control Académico de la Universidad de Sucre certifican que **“el señor Jader Castilla Cuello no es, ni ha sido estudiante de esta institución”**; lo que, a su vez indicaría la falta de veracidad, en ese sentido, en las afirmaciones del ex jefe paramilitar.

De otro lado, en dichos documentos se encuentran las fechas en las cuales **Acuña Cardales hizo parte de las directivas de Unisucre y la elección como rector de Rafael Peralta Castro**; en donde se demostraría que el actual representante **“no representó a los egresados —como lo afirmó ‘Vecino’- ni tuvo participación alguna en ninguna de las designaciones de rector de Peralta Castro”**.

En caso de demostrarse que Edwar Cobos Téllez trató de implicar a políticos con las Auc con afirmaciones de hechos falsos, quedaría avocado a la exclusión de los beneficios de justicia y paz.

Frente a ese tema, cabe anotar que existe ya un fallo emanado por la Corte Suprema de Justicia en donde fue seriamente cuestionada y desmeritada la acción de ‘Vecino’. En el caso de la Corte Suprema de Justicia en contra del exsenador Álvaro García Romero, ahí se desmiente que ‘Vecino’ sea un jefe político de las Autodefensas.

“Resulta innegable la manipulación que pretendió montar Diego Vecino con el apoyo de los demás comandantes paramilitares, al quererlo hacer pasar como comandante

político de Cadena, cuando en verdad no tuvo control político de Sucre. Tuvo uno que otro aliado, como lo fue Muriel Benito Revollo, pero eso no lo convirtió en el jefe político de Sucre”, cita el fallo; así mismo en ese mismo fallo se compulsan copias para que sea investigado por Falso Testimonio, pero a la fecha no se tiene conocimiento que dicha investigación se haya iniciado.

En los próximos días se conocerá la verdad sobre el futuro de ‘Diego Vecino’ en justicia y paz y las eventuales pruebas que pueda presentar sobre quienes de momento implicó en sus versiones libres; de los cuales muchos de ellos por estar en curso la investigación y estar sujetos a la reserva sumarial no han iniciado las acciones en su contra por falso testimonio y fraude procesal, quienes solo esperan resolver su situación jurídica para tomar las acciones del caso contra el ex jefe paramilitar.

(Aquí finaliza la publicación del diario El Espectador)

De igual manera, el diario El Espectador, en publicación del 23 de agosto de 2013 publicó una copia del recibo del pago que efectúo al Fondo Nacional del Ahorro, donde se desvirtúa otra calumnia más, según la cual, el apartamento que actualmente habito era propiedad del exgobernador Salvador Arana (condenado por parapolítica) y se estableció en archivos del Fondo que fue adquirido mediante un crédito hipotecario a 15 años que todavía estoy cancelando.



Recibo De Pago No.	2015061070001572
YAHIR FERNANDO ACUÁA CARDALES	
CR 30 #23D-75 EDIF VERONA APTO 303	
SINCELEJO - SUCRE	



(415)7707208260016(8020)00009254292905

RECIBO DE PAGO – PESOS

Favor leer instrucciones al respaldo

Crédito No.	9254292905	Sistema De Amortización				CUOTA FIJA	
TOTAL CUOTAS	CUOTA ACTUAL	CUOTAS PENDIENTES	CUOTAS EN MORA	INTERÉS CORRIENTE EFECTIVO ANUAL	INTERÉS MORA EFECTIVO ANUAL	FECHA DE CORTE	SALDO DE LA DEUDA EN LA FECHA DE VENCIMIENTO
130	46	84	0	11.47	17.21	10/06/2015	\$ 332,135,736.66

DISCRIMINACIÓN DEL VALOR A PAGAR

Concepto	Valor
Valor Cuota	5,577,007.68
Valor Seguros	424,270.44
Saldo Vencido	0.00
Honorarios	0.00
Gastos Proceso Ejecutivo	0.00
Otros Cargos	0.00
Comisión F.N.G.	0.00

VALORES APLICADOS EN EL MES	
Concepto	Valor Pesos
Mora	55,802.85
Seguros	421,250.48
Interés Corriente	3,034,982.98
Abono A Capital	2,556,596.01
Anticipos	6,045,938.99
Otros Cargos	0.00
Honorarios	0.00
Gastos Proceso Ejecutivo	0.00
Comisión F.N.G.	0.00
Coberatura F.R.E.C.H	0.00
Total Aplicado	12,114,571.31

Subtotal	6,001,278.12
Menos Anticipos Por Pagos	42,250.29
Menos Anticipos Por Cesantías	0.00
Menos Coberatura F.R.E.C.H	0.00
Valor Total a Pagar	\$ 5,959,028.00
Pagui Antes De	06/07/2015
Fecha De Pago	
Valor Pagado	

VIGILADO
ESTÁNDAR DE CALIDAD



(415)7707208260016(8020)00009254292905



FC-FO-008

Recibo De Pago No.	2015061070001572
Crédito No.	9254292905
Nombre	YAHIR FERNANDO ACUÁA CARDALES
Fecha De Pago	Dia Mes Año

Únicamente cheque de gerencia y/o efectivo

Cod. Banco	No. CTA Cheque	Valor
Efectivo		
Total		

FC-FO-008

FASCÍMIL DEL RECIBO DE PAGO AL FONDO NACIONAL DEL AHORRO

A diferencia de otros, a medida que avanzan las intrigas yo salgo de la oscuridad. Va agrandándose en mi espíritu la pequeña semilla que había cultivado en la universidad, y creo que cualquier mañana me llegará hasta la barba. Mas, si esto pasa, no alcanzo a manifestar otra cosa que no sea el compromiso y, en una especie de consejo personal, llegué a persuadirme que puedo continuar con decoro el camino trazado para que un militante de nuestro movimiento político llegue a la gobernación de Sucre. Aparte de lo que se pueda pensar, esta aspiración causa rencor y descontento en otros sectores de nuestra sociedad. En este sentido, el día a día se hace más asfixiante. Lejos de caer en las múltiples franjas de la intolerancia, a mi modo de comprender, es una prueba de resistencia, efecto de una naturaleza mezquina. En el presente caso aparece el carácter egoísta de todas las intrigas y, en medio de estas contradicciones reales de los adversarios, inspirados por la venganza, existe una división tal de sus objetivos que constituyen la serie más lógica de sus actos personales.

Más que por un mérito y por mi juventud, acabo de despertar a la vida de la conciencia. Aboga en mi favor contra el hecho mismo de haber sido señalado de ser un infiltrado de los paramilitares en la Universidad de Sucre. ¿Qué es todo eso, sino una exageración de la aplicación de la calumnia? Lejos de ser cierta, esta aguda controversia generada por el esquema adversarios versus Yahir Acuña, magnifica lo irracional, la cual bastó para que un reducto de periodistas me tenga entre ceja y ceja.

En el cotejo del desempleo y la pobreza, sobre lo que hice y dejé de hacer en tal sentido, en estos mismos dominios habría sido más bien un estorbo para cualquier tipo de infiltración ilegal. Por eso, *prefiero ser víctima que cómplice*. Perdón, aún no he terminado, en la inconcebible elasticidad de la denigración, sigo siendo objeto de una persecución sin tregua ni descanso. Opuestas al menor reparo, me persiguen las asechanzas de mis enemigos. Y allá, en Sincelejo, procedente de una población marginada, enfrento todo clase de ataques. De manera que no se trata de salir corriendo y volver a las fauces del tigre sin entrenarse, por lo menos, un poquito antes.

El hecho de gozar de la voluptuosidad del análisis, condujo a especular. Acorde a las antipatías que generamos las personas venidas de abajo, en sus reuniones privadas, la llamada oligarquía asegura que no tenemos méritos. Según ellos, los hombres de esa condición no perdonan cuando llegan al poder. ¡Ay del que los haya visto de moto-taxista, cobrador de bus urbano, vendedor de yuca, humillados y sometidos! ¡Ay de los que los hayan visto suplicar el valor de una fórmula médica! ¡Huyan a mil leguas de distancia, éhos no obtendrán perdón jamás!

¡Qué odio profesan a los que surgimos de abajo, tantos miembros de la clase elitista! En su apología represiva, suponen que buscamos revancha. Éste es un concepto, por lo menos, superado en todos los sentidos. Acerca del asunto de la suerte, el destino me inoculó la intrepidez de lanzarme al ruedo, sin insensatas premeditaciones, a esta empresa que

otro quizá no hubiera osado, evitando llegar al estado en que me enmohería y hundiría plenamente en el yugo de los obstáculos políticos del país: *si no tengo plata no puedo aspirar*. Si no me arriesgo a intentarlo ahora, tendría que empezar a repugnarme.

Al atreverme a desafiar el poder del dinero, apoyado por un grupo de estudiantes universitarios, frente a la maquinaria electoral, estuvimos en desventaja. No por eso, dudamos del triunfo; el instante exigía ganar para darle otro aire renovador a la política regional. A este respecto, no tanto sean minusválidos los comentarios de influyentes medios de comunicación en los procesos de decisiones electorales, merma la posibilidad de autonomía de algunos organismos de inspección y vigilancia del Estado.

Incidiendo en un aspecto crucial en el movimiento Cien por Ciento por Colombia, el Consejo Nacional Electoral, en un hecho que impone la desarticulación al juego con la carta étnica de nuestro movimiento, resolvió retirarle la personería jurídica y fijó con admirable habilidad los fundamentos del fallo, frente a una minoría conformada legalmente por una fuerza que ratificó en las pasadas elecciones. Quiéralo o no, aquel enorme esfuerzo responde a un derecho de acuerdo a las leyes, merece el respeto de los altos magistrados, a pesar de las intrigas de alto vuelo provenientes de la desgastada clase política del departamento.

Analizado este aspecto, las instituciones encargadas de velar por la ecuanimidad en el ordenamiento constitucional

no deben vacilar en proteger nuestros logros. Esto conlleva a recordar que *“dad a Dios lo que es de Dios, y no quidad al pueblo lo que es del pueblo”*.

Colocados fuera de todo derecho para sostener la personería jurídica, las reglas constitutivas de nuestra democracia son muy claras y precisas, y no hay que ser un gran jurista para interpretarlas, porque, dentro de la observancia de la ley se derivan de la misma democracia. Se entiende que cualquier movimiento de minorías étnicas, para conservar la personería jurídica, basta elegir un parlamentario al Congreso de la República; normas que cobijan al movimiento político Cien por Ciento por Colombia, artículo 108 de la Constitución Nacional.

La verdad, la indiscutible e imperiosa verdad, reza que el despojar de su personería jurídica a nuestro movimiento de minorías, obtenida en un Estado de Derecho, engendra una contradicción con las leyes electorales y marca el penoso alumbramiento de otro capítulo oscuro de nuestro trasegar político. No cabe duda, en tal determinación han quedado sepultados los argumentos relativos a los Derechos Humanos y Constitucionales, también de cara a la realidad mundial. El fallo me puso los pelos de punta y, tiene que servir para relativizar el principio de igualdad en cualquier estado social de derecho.

La puja en torno a los cargos de elección popular será siempre una competencia por el apoyo o el rechazo de la población. No tiene nada de extraño, si lo justo está representado en las leyes, y justo significa acatarlas, no habrá más alternativa

que deducir que justo es aquello a lo que a los poderosos les interesa, y que justicia es doblegarse con resignación a sus intereses.

Frente a la decisión del Consejo Nacional Electoral, que dejó sin personería jurídica al movimiento Cien por Ciento por Colombia, reitero mi posición de respeto a la institucionalidad colombiana. No obstante, me reservo el legítimo derecho de no compartir tal determinación, razón por la cual, acudiremos a la instancia que el ordenamiento jurídico nos permite; en este caso, el Consejo de Estado, para recuperar lo que consideramos nos pertenece en derecho.

De infinidad de situaciones adversas que he afrontado y han dejado huella en mi vida, esta significa un estímulo más para no desfallecer y continuar en la lucha cueste lo que cueste. Para bien o para mal, imprimen su cicatriz en la bitácora de nuestra existencia. Algunas no las elegimos, sino que son impuestas, como el anterior fallo, y otras son ineludibles, son producto del destino. A la larga, las encontramos en el devenir; desatan circunstancias importantes que transforman las jornadas comunes en días trascendentales, como sucede este amanecer del 14 de enero de 2015, al enterarme de tal sentencia. Leída esta desagradable noticia en la prensa, hubiera perdido, sin duda, la calma, si mis desesperados pensamientos no hubieran encontrado una salida que me permite esperar más allá de toda esperanza. Una luz de pequeñas vibraciones provoca la sugestión del frío de la sabana cundiboyacense, atravesó la bocanada de niebla que surge del fondo de la garganta de los cerros orientales. En el transcurso de la

madrugada me dediqué a analizar y de mis labios sale una prolongada plegaria.

Inmerso en el asunto, deduje, no sin cierta inquietud, por algún motivo serio comparo el estado cambiante de la política con El Retrato de Dorian Gray*. En esta obra literaria el autor escruta el mito de la eterna juventud, al recrear el tema de un pacto satánico para preservar la belleza y estar eternamente joven. El pintor queda fascinado por la inigualable hermosura de Dorian, su joven modelo, quien vive en plena era victoriana disfrutando todos los placeres, sin límites ni prejuicios. El pintor declara que sería dichoso si Dorian pudiese conservar tal belleza para siempre. Este antojo se traduce en un pacto que lleva a Dorian a cometer todo tipo de atrocidades, hasta llegar al crimen. A medida que avanza la novela, y que el protagonista se sumerge en el vicio, en contraposición con el desesperado anhelo de eterna juventud, dentro de un refinamiento social, se presiente un tenebroso final.

Bien apoyados en textos novelísticos, partamos de que aquel cuadro tenía vida, el cual no precisa interpretaciones bíblicas o mitológicas. Sólo imaginar el retrato de Dorian Gray emociona por sí mismo y comunica al lector la ilusión de haber sido pintado por la historia; si, por la historia, pareciendo tratarse de una radiografía de la evolución política del hombre. Entonces, hace muchos lustros, la política dejó de ser una actividad más o menos fascinante y se hizo expresión de sus propios vicios. En el retrato están la aprensión y el desasosiego

* (The Picture of Dorian Gray) es una novela escrita por el autor irlandés Oscar Wilde. http://es.wikipedia.org/wiki/El_retrato_de_Dorian_Gray

de las tormentas desatadas por el hombre a través de sus ideales caducos y, también, ese sentimiento de pérdida cuando nuevas teorías políticas pasan al cuarto de San Alejo, más que un pretexto, son revocables. Interpretar el retrato de Dorian Gray es zambullirnos en los intrincados vericuetos del sufrimiento. Tanto en el cuadro como en la historia, a la vez, aparecen las muertes para defender el sistema, engrandecer caprichos personales. Aparecen las guerras, adecúan que vayan a su encuentro nuevas ideas, conllevan a que la política permanezca joven, renovada por individuos que le imprimen contemporaneidad.

Comprenderá que yo no estaba en disposición de distinguir esta similitud entre el cuadro y la política, donde no sólo se llega a las atrocidades, sino que también se llega al crimen, a los asesinatos, a la destrucción de países, incluso a la inmolación de pueblos enteros. Por la rigidez de la locura aconteció la segunda guerra mundial. Sin escrúpulos, millones de humanos fueron inmolados por los nazis. Entonces, surge el plan Marshall, que maquilló los horrores del cuadro que dejaba atrás la historia, semejante a los estragos que los crímenes de Gray causaban a su retrato. Las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, ligadas a la empresa de la guerra-política, pusieron un nuevo rostro al término capitulación, donde se estableció una renovación construida sobre los cadáveres impregnados de radiactividad, y emergió el alba de la era nuclear que rejuveneció el lienzo de la historia universal.

Aquel óleo, en la novela, estaba empezando a descascararse, a sentir dolor, a envejecer. El marco de madera

se había carcomido por el peso de tantas muertes, del tiempo. Permanecía guardado en el ático, bajo llave; recibía ese calor de madriguera donde asimilaba las atrocidades del propietario, del modelo, de Dorian Gray. Situación similar acontece en el marco jurídico que sustenta la organización social de las naciones, el cual tiene que renovarse al ritmo de la humanidad, para emerger rejuvenecidas las instituciones.

Idéntico sucede en la política. El tiempo y las atrocidades deterioran las ideas, los sistemas económicos, engrosando explosiones de guerras. Aplican el lema, matar sin causar daño. La humanidad puede vivir en paz consigo misma a partir de una nueva doctrina de índole social. Así se rejuvenece el rostro de la historia, pero el cuadro del hombre envejece, se deteriora, agoniza sin poder morir, tormentosamente agitado por violentas pasiones, pasiones violentas que no envidiarán generaciones venideras.

La noche fue un páramo propicio para las cavilaciones cuando ya las deducciones se han convertido en una mercancía caduca. En estas y parecidas torturas empleé las horas que me separaban del amanecer. Con la complacencia de haber alcanzado muchos logros, se acrecentó mi alegría expectante al comprobar que no eran impresiones pasajeras, sino, una realidad que continuará por el sendero correspondiente.

Sólo tuve que analizar algunas deducciones políticas para recuperar el ánimo. Ya a salvo de tantas reflexiones pesimistas siento que mi vida se extiende, sin angustia de nada y sin odio a nadie, libre de las intrigantes fuerzas del pasado.

En esas, empujada por el viento, una hoja de papel traspasó la ventana que permanece abierta y, después de rebotar en las paredes, desciende suavemente a mis pies. Y pasa lo de siempre. La alzo del piso y no me atrevo a leer su contenido. Luego, giro hacia el cuarto dispuesto a descansar. Excavando dentro de las rutas que mi razón desconoce, y bajo el peso de una paradoja, me invadió una implacable exigencia de leerla. Allí dormía un destino preciso que mi alma combativa, repentinamente aceptaría. A la danzarina luz del amanecer la nota expresa.

—Yo creo en ti.

A fin de cuentas, no hay que rechazar la concepción que brinda el universo, menos semejante advertencia, sin encontrar la verdadera respuesta de tal enigma, que no puede expresarse en palabras sólo para satisfacer mi curiosidad, mi curiosidad provinciana; y, por lo tanto, encarar a solas lo que tuviese por delante, en mi tierra poblada de los que se autodenominan mis enemigos y de los que son mis amigos. Acto seguido, en cuestión de segundos, disparado por el resorte de la lucha, entiendo, todo el tiempo he vivido para la política. Junto a la entrada, resuelvo empacar las maletas, regresar al terruño y entregarme a un debate electoral bastante reñido, listo a desafiar el patronato político establecido, a pesar que algunos están unidos por reacción instintiva, en una especie de cofradía, empeñados en defender su ancestral fortín político. Y yo, sólo me aferro a Dios que me ha dado la oportunidad de cultivar la confianza del pueblo.

